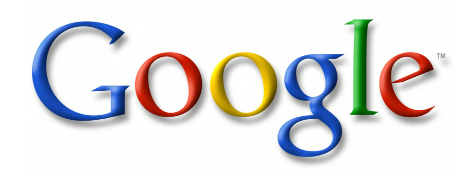
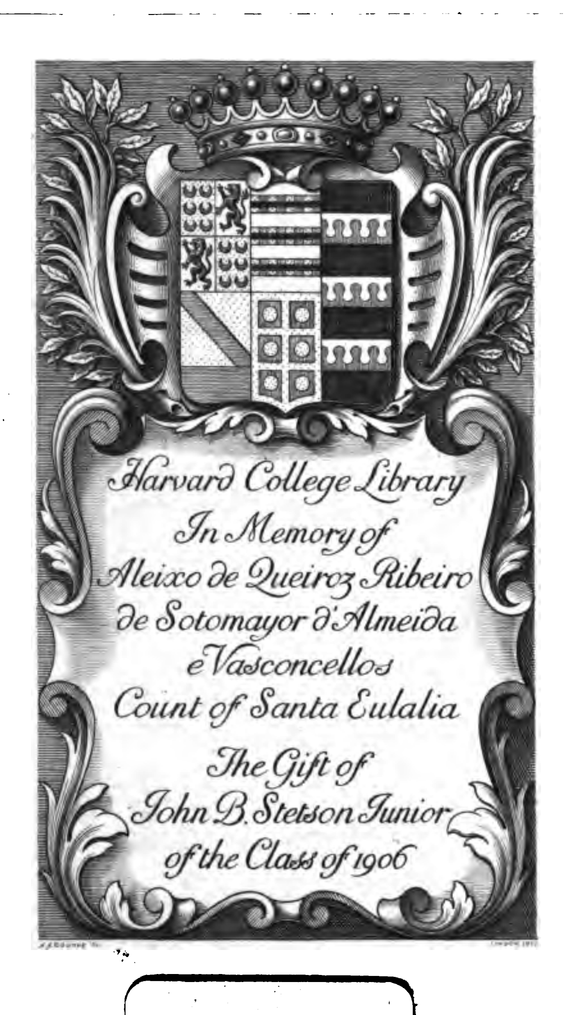





Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

# NOVELA CONTEMPORÁNEA

# PALOMAS Y GAVILANES

POR EL DOCTOR

CEFERINO DE LA CALLE

ILUSTRADA POR

M. ARELLANO, grabados de ORTEGA




BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

LIBRAIRIE GÉNÉRALE

1886



# PALOMAS Y GAVILANES



Establecimiento Tipográfico de Alberto Nuñez, Piedad 135

6

# PALOMAS

Y

# GAVILANES

POR EL DOCTOR

CEFERINO DE LA CALLE

ILUSTRADA POR

M. ARELLANO, GRABADOS DE ORTEGA

(**Segunda edicion**)




BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

LIBRAIRIE GÉNÉRALE

1886

N

*A la más simpática sociedad que he conocido: AL CLUB DEL PLATA, dedica esta obra*

EL AUTOR.



# I

## El principio de un drama

Espiraba el año 1874, que habia sido nefasto para la Repùblica Argentina; año de conmociones populares que trajeron,

en pos de sí, regueros de sangre y el malestar consiguiente á una perturbacion política, que dejaba odios y deseos de venganza en la mitad, por lo ménos, de sus habitantes.

Nos encontramos en una de las provincias argentinas, cuyo nombre no hace al caso; en un rincon del antiguo Vireinato, circundado por altas montañas cuyos picos se alzan orgullosos hasta las nubes; donde la naturaleza se ostenta magestuosa con toda la grandiosidad de su poder; donde los valles se disputan á porfia, como celosas ninfas, la amenidad y galanura de sus paisajes, la frescura de sus prados, lo poético de sus cascadas, lo agreste de su vegetacion, la pureza de su cielo y lo grato de su ambiente; en un rincon, digo, donde forman el delicioso valle seis empinados cerros cubiertos de verde follage de poleo, romerillo y abrojo que rastrean por el arenisco suelo de sus vertientes, y que poco á poco van dando lugar al algarrobo, al moye y al espinillo de doradas aromas, que en pequeños y dispersos bosques tapan los de-

clives por donde constantemente murmuran saltones regatos y estrechos rios de trasparente agua, que envian los deshielos de la cordillera, para poetizar los valles y fertilizar el suelo, de suyo árido é ingrato.

Circundados los cerros por espesa neblina, los rayos del sol la hacen elevar poco á poco, como si se presenciaran los efectos de cuadros disolventes, dejando ver entonces un paisage de verde follage, por donde salta la perdiz y la tímida paloma, por donde discurre el zorro hambriento y salta el leoncillo.

Los suaves declives llenos de cortadas tan agrestes como poéticas, están surcados por multitud de atajos que, ora se estrechan, ora se ensanchan, como si sufriesen el movimiento vermicular de una monstruosa serpiente, para llegar hasta la planicie del valle, á donde afluyen tres cristalinos arroyos, que cansados de gritar al ser estropeados por tanto salto, y dejarse arrastrar por entre tanto pedregal, se deslizan mansamente hasta confundirse con el rio que dulcemente los recibe, murmu-

rando cariñoso en señal de agradecimiento, y correteando caprichosamente por el valle, describiendo graciosas curvas y juguetonas evoluciones.

En este sitio asienta su planta la ciudad de..... favorecida por cielo purisimo, ambiente saludable, exquisitas aguas y poéticas montañas, donde pace el ganado vacuno, trisca la cabra y bala la oveja; y, entre cuyas selvas, saltan millares de estraños y vistosos pajarillos, que continuamente entonan himnos de alabanza á la risueña naturaleza, que les brinda sus galas y su abrigo.

Esta ciudad de agrupadas casas, presenta un gracioso contraste con sus construcciones modernas llenas de capiteles corintios y dóricos, con sus columnages, graciosas cornisas y vistosa ornamentacion, al lado de vetustos edificios de pesada fábrica, enormes balconajes de retorcidos barrotes, estrechas aberturas, descomunales rejas, y clásicas puertas de tableros con salientes clavos, y sin que falte el aldabón en forma de galgo con la boca abierta y lengua fuera.

Mezclado lo antiguo con lo moderno, resulta un especial consorcio, parecido al que presenta una biblioteca de sábio, donde al lado de primorosos cantos llenos de dorados, se encuentran tomos de antiguas obras forradas en pergamino con sus garabateadas signaturas y estrañas letras, que resisten á los siglos.

En esta ciudad, á que aludo, se encuentran viejos testimonios de un tiempo que fué; y, sus iglesias, su Cabildo, sus plazas, sus alamedas, sus conventos, sus acequias y hasta sus patriarcales costumbres, denotan bien á las claras su procedencia española.

Escaso el elemento estrangero que, con sus habitantes disfruta la vida sosegada y primitiva, su poblacion es genuinamente criolla. Por escepcion se ven ojos azules ó cabellos rùbios; campea el color moreno própio de la criolla; brillan como carbunclos los ojos negros que indican pasiones fogosas, y las largas trenzas más negras que el azabache, ondulan en aquellos cuerpos tentadores y lascivos.

Supersticiosos y fanáticos hacen alarde de rigorismo religioso, y la más insignificante falta, el menor desliz, causan general escándalo, que una rogativa ó un triduo necesitan neutralizar en el acto.

*
* *

Era la tarde de un dia del mes de Diciembre; el sol abrasaba cayendo como lava sobre el arenoso suelo de la ciudad; y, sin embargo, la poblacion se agitaba. Algun acontecimiento habia venido á turbar su reposo, porque el vecindario discurria afanosamente por todas partes: unos, se asomaban á los balcones preguntando á los vecinos; otros, salian á las puertas deteniendo al conocido transeunte que cruzaba rápido como quien vá á comunicar una noticia de sensacion; y, por todas partes, se formaban corrillos comentando algo.

Pronto circuló la exacta version de lo su-

cedido, y allí fueron mayores las exclamaciones, los aspavientos, las persignadas, y todas las manifestaciones que traducen el asombro y la indignacion al mismo tiempo.

La ciudad estaba conmovida profundamente y no se hablaba más que del asunto reciente; y, á grandes y chicos, hombres y mujeres, viejos y niños, pobres y ricos, se les veia agitados y nerviosos, como si por ellos pasase una corriente eléctrica que pusiera en conmocion su sistema nervioso.

Los muchachos abrian desmesuradamente los ojos y se metian en todos los corrillos para saber lo que se trataba; pero, al instante, eran despedidos; aguzaban el oido, y cesaban las conversaciones, viendo las guiñadas y señales de inteligencia, que á las claras daban á entender, estar vedado á los niños el tema de la conversacion general.

Veamos que ocurria en la ántes tan sosegada ciudad, y lleguemos hasta la plaza principal, donde se apiña el gentio frente al Departamento político.

El peculiar murmullo que caracteriza las oleadas de las conmociones populares, resonaba por todos los ámbitos de la irregular plaza, estando reconcentrado delante del antiguo caseron de grandes balconages donde se destacaba un escudo pintado sobre medallon de hojalata. Era el Departamento de policia á cuya ancha puerta se abalanzaban miles de personas, que no lograban contener centinelas de órden público, machete en mano.

Allí estaba detenida una china sirviente que lanzaba agudos gritos, y se mesaba con desesperacion los cabellos, ocultando el rostro bajo un pañuelo negro y deslucido.

Lo sucedido era esto. A las tres de la tarde, hora en que solo dentro del baño se podia vivir, y reinaba la más completa soledad en las calles de la ciudad, como si la vida se hubiese suspendido al concertar una trégua con el astro rey; á esa hora de silencio y paralizacion, dejáronse oir en plena calle los desgarradores gritos que lanzaban dos jovencitas de trece años la una y catorce la otra, hermanas,

y atrayentes y hermosas como puede serlo el capullo que está convirtiéndose en rosa al caer sobre él los primeros rayos del sol de la mañana.

Estas dos niñas, en completo desórden, en un estado de locura, clamaban al cielo desesperadamente, denunciando un escandaloso abuso de que habian sido víctimas, de una violacion tan infame como brutal, llevada á cabo en una casa, al parecer respetable, y con dos niñas de la primera sociedad.

A los gritos acudieron los vecinos que, enterados del caso, armaron una griteria infernal; llegaron los padres y los amigos que intentaban tomar sangrienta venganza; y, por último, intervino la policia que prendió á la sirviente de la casa donde tal crímen se habia cometido.

La autora era buscada por todos los rincones de la poblacion; y los culpables, mientras tanto, galopaban con direccion á la sierra; pero perseguidos por el desesperado padre que corria sediento de sangre para lavar su afrenta.

Los gendarmes cruzaban á rienda suelta en todas direcciones; el gefe político echado atrás el kepí, entraba y salia con precipitacion, daba órdenes, gritaba, y todos le observaban rabioso y colérico por la inutilidad de sus pesquisas; todos seguian sus movimientos, y todos estaban suspensos de sus órdenes.

Por fin, llegó un sargento seguido de cuatro vigilantes, y sin echar pié á tierra, gritò al gefe:

— Misia Juana está en la Catedral, mi coronel!—decia, haciendo el saludo militar.

—Pronto, mi caballo!—vociferaba nervioso el gefe ajustándose el fagin.

Como flechas partieron los soldados detrás del coronel, y numeroso gentio les seguia con direccion á la Catedral, donde debian prender á misia Juana.

*
* *

Este personaje gozaba fama de virtuosa y honorable. Siempre metida en las iglesias, ocupada constantemente en novenarios y suscriciones para socorrer familias necesitadas, tenia por estos hàbitos abiertas las puertas de la mejor sociedad, donde era recibida sin repugnancia á sus antiguas costumbres, que una vida ejemplar de veinte años habia del todo desvanecido. Cuando jóven tuvo sus trapisondas; pero, su actual conducta, es decir, su modo de ser especial de tantos años, habia borrado aquellos deslices, y, hasta la hora del fatal acontecimiento, estaba considerada como la más virtuosa y ejemplar señora de toda la ciudad.

Viuda de un caudillejo, pasaba su vida sóla con una muchacha que la policia habia llevado á la prefectura. Esta misia Juana habia conducido á su casa á las dos niñas, hijas de un estanciero querido y respetado en la ciudad, con el pretesto de acomodar un bazar que, á beneficio de una sociedad religiosa, debia abrirse á los pocos dias.

La familia dejó con gusto ir á las niñas para que ayudaran á la religiosa señora en su cristiana tarea, y al poco rato se encontraron sorprendidas por dos conocidos políticos, que concertado tenian con la infame encubridora la entrevista, prometiéndose escenas lujuriosas con aquellos capullos que la naturaleza ostentaba tan bizarros y atrayentes... Los infames llevaron á cabo su intento, mientras misia Juana se escurria hácia la Catedral de la manera taimada que puede hacerlo una víbora al penetrar en su cueva, despues de haber hincado sus venenosos dientes en el cuerpo de la víctima.

El resultado ya se ha visto. Las niñas pudieron salir á la calle pidiendo auxilio, y el pueblo indignado agolpándose á las puertas de la Catedral para sacar de aquel lugar sagrado á la infame mujer, que, segun declaracion de las niñas, habia cometido aquel acto tan repugnante y atrevido.

Al ser sorprendida en el templo aquella mujer, no se inmutó. Al contrario, aparen-

tando indignacion y altivez, salió con el gefe político protestando del atropello de que era víctima.

—¡Ya no se respeta ni la casa de Dios!... ya las personas honorables están á merced de cualquiera que pretenda ultrajarlas!...—decia sin atrever á fijarse en las turbas que la miraban con ademán airado, oyéndose bien distintamente las voces con que trataban de acometerla.

—¡Mala mujer!... infame!... hipocritona!...

Misia Juana, como si nada oyera, seguía increpando el gefe político.

—¡Esto es más que un atropello!... si señor, es el mayor de los escándalos conocidos!... Estar una en el templo del Altisimo, en la casa de Dios... y ser arrancada á viva fuerza, y conducida como un criminal, esto es espantoso; pero no importa!... más sufrió nuestro Señor Jesucristo por nosotros. Que Dios no se lo tome á Vd. en cuenta,—decia con acento solemne al gefe político. ¡Sacar-

me á mi del templo...á mi... á mi!—esclamaba con voz sofocada.

—Menos charla, hipocritona!—decia el gefe de policia imponiéndola silencio, mientras el compacto grupo que le seguia gritaba y apostrofaba intentando arrastrarla.

Una vez que llegaron al Departamento político, el pueblo quiso tomar justicia por su mano, y de buena se escapó la infame, que sin atender á insultos ni á acometidas seguia impertérrita con sus protestas.

—¡Pongo á Dios por testigo que soy inocente de lo que quieran acusarme!... soy una señora de respeto que me conoce bien toda la ciudad! y no hemos de tardar en ver como se castiga á los que quieren deshonrarme á mi!... á mi!...—y ponia las manos cruzadas como pidiendo al cielo justicia.

El pueblo rugia al ver que se le escapaba la presa, y la gritería subió de punto al penetrar misia Juana en el Departamento.

—¡Tambien á ti!.. pobrecita!.. tambien á ti!... como si fueras una criminal,—decia al

encontrarse con la sirviente. ¡Pero, señor! ¿por qué es este atropello? . . por qué se nos insulta trayéndonos á la policia?...

—Póngame incomunicadas á estas mujeres!—decia el gefe, dirigiéndose á un oficial, para que el pueblo oyese el mandato.

En medio de los gritos de la sirviente, y el llanto desesperado de la vieja, fueron conducidas á dos calabozos, mientras el pueblo lanzaba sobre ellas maldiciones é insultos de los que no hacian caso, como personas superiores á quienes una equivocacion pone en trance semejante; y esto era precisamente lo que más irritaba á las turbas, que empezaron por aspirar el vértigo de la venganza.

Al anochecer quedó desierta la plaza, y en el seno de las familias seguian los comentarios, no faltando quien osase defender, aunque debilmente, à misia Juana.

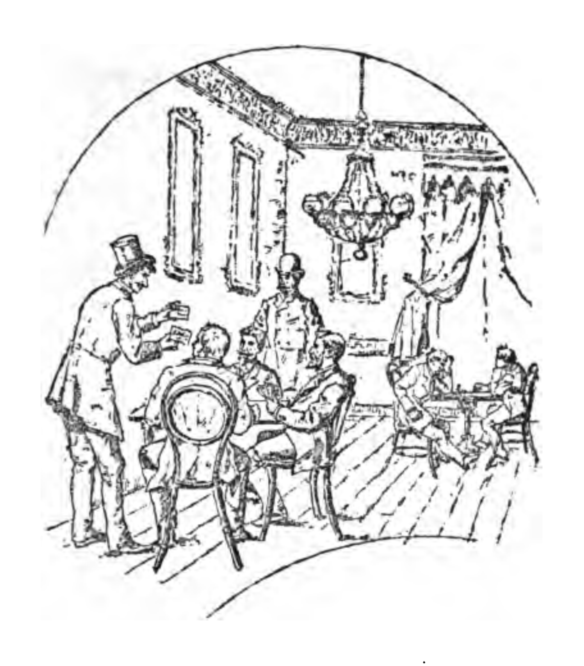
Ya llegada la noche, volvió á agitarse la ciudad, con la entrada de D. Ernesto, que atado codo con codo traia á uno de los criminales para entregarle á la autoridad. Tre-

menda debió ser la lucha para tomarlo, porque ámbos estaban cubiertos de sangre.

El hogar de la ultrajada familia estaba invadido por las principales personas que acudian, en trance tan amargo, á compartir el dolor tan natural, despues de hecho tan escandaloso y salvage, lamentando que el infame criminal se hubiera escapado á las garras de D. Ernesto; pero con el consuelo de entregar al menos uno en poder de la justicia.

El gefe político desplegó partidas en seguimiento del fugitivo; pero, en el fondo, se alegró de que hubiera huido, porque era uno de los más influyentes personages políticos de la provincia, á quien tenia que proteger!....





## II

### Hilachas

Don Celedonio Carlingue, era uno de los más asiduos concurrentes al Club del Plata. Tronara que lloviera, él acudia

para pasar un par de horas entre el salon de lectura, la mesa del tresillo ó jugando una partida de casin.

Retirado de los negocios, hacia unos pocos años, no sabia cómo emplear el tiempo que ántes le absorbian la Bolsa, la barraca y la correspondencia quincenal para Europa. Todo lo habia dejado cediendo á los ruegos de su esposa, que deseaba verle tranquilo y gozar sosegado de la posicion que habia conseguido. Y, efectivamente, se retiró de los negocios para aburrirse soberanamente en los primeros tiempos, pues sin nada que hacer, y acostumbrado al diario *teje y maneje* de ir por la mañana temprano á la barraca, almorzar á las diez y media, pasar en la Bolsa hasta las tres y despachar más tarde en el escritorio hasta la hora de comer. Digo, que esta falta de actividad le producia un malestar indefinible, hasta que, aceptando otras ocupaciones y respirando otro ambiente, pudo por fin entrar en carrera y gozar de la vida de un modo distinto.

Hasta sus cincuenta y cinco años, en que solo el trabajo ocupó su atencion, no tuvo tiempo de notar su pasion culminante; es decir, que no habia podido desarrollarla como exigia su fogoso temperamento. Excelente esposo y cariñoso padre de familia, tenia para su señora Amalia ternura y amor, y para sus hijos Alfredo y Rosaura acendrado cariño, que rayaba en locura.

No conoció otras pasiones; hasta que, desligado de los negocios y libre su imaginacion de las trabas que los números y los cálculos traen consigo, hechó de ver que se aficionaba demasiado á los tiernos *capullos*, que lozanos y atrayentes se destacaban en el ocaso de su vida. Tímido en los primeros ataques, no tardó en connaturalizarse con las prácticas usuales, y sacar partido de su edad y posicion para obtener las primicias en flor que causaban su pasion dominante.

Sobrexcitada su sangre con las luchas en que constantemente se hallaba metido, se sintió capaz de acometer temerarias empre-

sas, con mayor vigor del que hubiera pensado.

No podia ver con calma una traviesa jovencita de rosadas megillas, pelo corto, naciente seno, pierna torneada y faldas á las rodillas. La desenvoltura propia de los catorce años le ponia en crispatura; y, al aspirar con fruicion el aroma que exhala la fruta precoz que solamente ha sentido el contacto de la brisa, y á la que solamente el rocio refresca su aterciopelado cutis, el buen señor esperimentaba un aturdimiento parecido al principio de la embriaguez, y en erótico amodorramiemto, desarrollaba su pasion genésica que ya le dominaba, sin él darse cabal cuenta.

Bastó una conversacion para hacerle sentir la curiosidad; luego, un primer ejemplo lo sacudió violentamente, y despues poco á poco al saborear las primicias que su deseo instintivamente apetecia, quedó convertido en un sátiro de robusta complexíon orgánica.

Alto de cuerpo, grueso de pecho y corto de cuello, tenia un aspecto venerable, una

especie de cara de obispo, pues afeitado y rosado siempre el semblante, presentaba una fisonomia bonachona; sus ojos despedian amabilidad, y con la sonrrisa siempre en los labios, era el caracter más simpático que se podia conocer.

Afable en su trato, y desprendido siempre, era un cumplido *gentleman*, que daba tono al Club del Plata del que, como se ha dicho, era asiduo concurrente; á los recibos y conciertos llevaba invariablemente á su familia, siendo uno de los caballeros más cumplidos que pisabalas alfombras del gran salon.

*
* *

No recuerdo quien dijo que ser sócio del Club del Plata era algo cursi. Sus razones tendria á no dudarlo cuando tal concepto expresó; pero juro por mi ánima que no lo comprendo. Donde reina el buen tono y la ele-

gancia; donde revolotean fantásticas hadas rozagantes de hermosura y esplendor; donde concurre la aristocracia de nuestra sociedad; donde se citan la distincion y el buen gusto, alli, no puede haber nada *cursi*.

Sus espléndidos salones, sus tertulias, sus conciertos, sus reuniones, denotan buen tono; y, el Club del Plata, será siempre el digno émulo del aristocratico Progreso con toda su rigidez y estiramiento.

Su gran salón de conciertos tiene brillante historia. Allí, han resonado las delicadas concepciones de los autores clásicos; alli, se han hecho aplaudir los más eminentes cantantes de nuestra escena, y los maestros más autorizados del mundo musical. Todavia repercute en sus bóvedas la voz de Stagno y de Tamagno; todavia percibimos los acordes del contrabajo del inmortal Botesini, y, en una palabra, su atmósfera está saturada de arte, como un templo cristiano, del incienzo que, en vaporosa nube, se eleva hasta la divinidad, perfumando el sagrado recinto.

El gran salón decorado con gusto, es de os más vastos de Buenos Aires. En los dias de recibo, los bustos se multiplican en sus ricas lunas, y la profusion de arañas derraman contrastes de luz de poético efecto. Sus altos artesonados parecen bóvedas de templos antiguos donde resuenan armónicas las melodias de la orquesta; pero, lo que dá carácter al Club, no es esto, ni su biblioteca, ni sus espléndidas dependencias, es el salon de juego en el que departen los jóvenes en animado bullicio, al lado de viejos reposados. Allí se sienta el capitalista al lado del humilde empleado, el curial frente al médico, el político junto al industrial, el ministro cerca del estudiante, hasta formar un todo armónico de jovialidad y de franqueza, y allí se destaca el buen tono desprovisto de etiqueta y rigorismo.

Cerca de una mesa, donde se agrupan los aficionados al bullicioso *ecarté*, discurren, afirmando los codos, dos recalcitrantes jugadores de ajedrez, embebecidos en una jugada, mirando el tablero y poniendo sus cinco senti-

dos en el movimiento de un arfil, sin oir lo que pasa á su alrededor y sin fijarse en otra cosa que en el mate.

En otra mesa se juega al mónte, donde todas las miradas convergen al naipe del banquero, sin oirse más que el ruido que producen las cartas al salir de la baraja, y alguno que otro *juego, copo, me retiro.* En otra parte, están los amantes del tresillo, y en los ángulos de la mesa los aficionados que con calor discuten una jugada, clara y sencilla para ellos que ven las cartas del jugador y de los contrarios, armándose la disputa por la salida tal ó cual, por si falló ó dejó de fallar, ó por dejar ó no dejar correr un caballo.

En otra mesa, cerca de la estufa, charlan sosegadamente unos cuantos veteranos, hablando de politica, de la espedicion tal ó cual, del valor de los frutos, de la compañia de Colon, mientras jóvenes calaveras toman sangrantes *filetes*, ó costillas para pasar noche de trueno.

Unos rien, otros disputan, estos conversan,

aquellos observan el juego, y todos gozan un momento agradable sin que se note nada *cursi*, nada chavacano; antes, por el contrario, todo dispuesto y todo bien ordenado para que allí reine la cultura y el buen tono.

*
* *

Ya eran pasadas las nueve cuando, D. Celedonio Carlingue, entró en el salon de juego, dirigiendose derechamente á un grupo, que en derredor de una mesa tenia preparado todo para la partida de tresillo; dispuestas las barajas, arregladas las fichas de marfil, y el consabido platillo en el centro.

—¡Ah, D. Celedonio, D. Celedonio!—exclamaba uno con acento misterioso, y en señal de reconvencion.

—¿Cómo tan tarde?—preguntaba otro, que se entretenia con los ochos y nueves.

—Se pasó el tiempo señores!—contestaba

Carlingue, colocando el sombrero en la percha que tenia al lado.

—Asi seria de entretenida la ocupacion!—decia á su vez el tercer compañero. ¡Este D. Celedonio anda en malos pasos!...Antes por nada de este mundo faltaba á la partida, exacto como un cronómetro inglés; pero, de un tiempo á esta parte, tiene descompuesta la maquinaria, porque cuando viene, llega tarde ó se levanta más temprano que de costumbre... ¡Ah, calaveron, calaveron!!!...

Carlingue despues de barajar empezó á repartir las cartas.

—¡No sean maliciosos!!... Que se divierta!...Que gane esta noche!... Esa es la espada!...—decia á sus compañeros, al darles la última baza.

Los curiosos se acercaron mirando con interés las cartas de los jugadores, y poniendo interés en la primera jugada, mientras á él le entregaba un mozo una carta, cuyo sobre detestablemente escrito no presentaba señales de limpieza; sacó sus quevedos y afirmándo-

los en la punta de la nariz con un movimiento automático, rasgó el sobre y empezó la lectura de unos gordos garabatos, mientras un travieso jugador mirando el sobre socarronamente, abria desmesuradamente los ojos indicando cómico asombro.

—Hola! hola!... ¿Con que, esas tenemos, amigo? Yo conozco mucho esa letra!...

—Qué?—preguntaba Carlingue, al sentirse tocado en el hombro y suspendiendo la lectura.

— Que yo conozco mucho la letra de la secretaria! camastrón!— le decia mostrándole el sobre roto.

— Se equivoca mi amigo,—se limitaba á contestar mientras metia la carta en el bolsillo, como no dando importancia al asunto.

—Alto, alto; espere que vamos á cotejar; y, con toda la lisura del mundo, mostraba otro sobre ajado, que efectivamente era de la misma letra.

— Fijense, fijense y digan que no es la misma mano quien esto ha escrito,—decia con

aire de triunfo. ¡Ya sabemos ahora à qué atenernos! ¿Con que usted tambien sabia el escondite? ¡Calle!... Demetrio Lopez!!... ¿con que usted se llama alli Demetrio Lopez?—seguia diciendo en el mismo tono misterioso. Choque esa mano!... y lo felicito amigo Carlingue, choque sin escrúpulos, es usted hombre previsor con haberse bautizado allí!.... Pero cuidado con doña Catalina que, con ese aire de zonza que tiene, es más lista que una ardilla.

Carlingue trataba de desviar la conversacion, pues no le gustaba aparecer como viejo alegre entre sus amigos; y, la terminacion de una jugada difícil, vino en su ayuda.

—No señor, no podia ser puesta, si Camelago hubiera fallado el caballo en vez de dejarlo correr,—decia á un mirón, el que habia hecho la puesta. ¡Pero fijese que era la segunda jugada de copas!... y aunque hubiese habido otro descarte, su obligacion era fallar, porque estaba adelantado en dos bazas. ¿Que nó? ¡Pero hombre!... si la salida fué de bas-

tos!!! fallo yo con uno bajo y me contrafallan; sale del rey de copas y pasa! . . . pues á la segunda copa debió fallar para evitar el codillo, porque los triunfos no se habian tocado todavia!!...

— No era esa la jugada,—esclamaba otro miron;—usted al ver que se habia adelantado en dos bazas debió pedir defensa.

—¡Pero hombre! con un juego de cuatro estuches y caballo montado queria usted que pidiera defensa! !...

—A otra, á otra, déjense de tanto discutir, — interrumpió Carlingue, juntando los naipes y entregándolos al que tenia á la derecha, echando un vistazo al reloj.

—¿Qué! ya está con prisa? ¡ pues hombre, acaba de sentarse y ya mira el relój. Para esto más valiera no haber empezado el juego.

—No se enoje amigo Suarez, usted al recibir un codillo se pone nervioso !...

—Y usted sin que se lo dén, lo está siempre! —respondia el interpelado con sequedad.— Apuesto cualquier cosa á que usted se levante

esta noche ántes de la hora de costumbre!— decia guiñándoles un ojo á los compañeros.

—Adivinó usted!...

—No lo decia yo!...

— Pues, créame que lo siento !... Pero la obligacion es ántes que la devocion.

—Buena obligacion es esa, amigo Carlingue!!... Ya sabemos de lo que se trata, ya lo sabemos!!... ¡Pero, cómo diablos se las compone esa vieja para hallar tales cosas!!.. Hace unos dias fuimos allí con Camelago, y nos presentó... vamos, de lo más esquisito...!

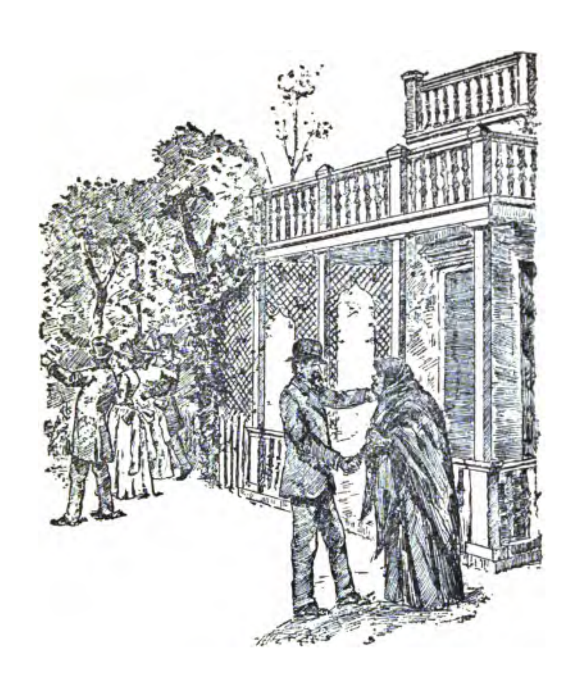
—A mi lo que más me admira,—decia Camelago,— es el cinismo con que cuenta sus trapicheos!... Sin ir más léjos, el otro dia se gozaba en explicarnos el modo cómo tuvo de llevar á Elisa; ya saben, la sobrina del coronel Cienfuegos!... Y todo por una venganza: juró que se la pagaria y se la pagó, pues, á los pocos dias, la sobrina ocupaba la misma pieza donde Cienfuegos armó el escándalo.

— Es atroz, muy atroz !— se limitaba á decir Carlingue.

El juego siguió hasta las diez en que despues de mirar repetidas veces la esfera del reloj, se levantó don Celedonio pidiendo disculpa, en medio de las indirectas y alusiones de sus amigos de tresillo, que adivinaban la clase de ocupacion que le hacia dejar el juego.

A los pocos instantes se oyó el rodar de un carruaje y el Club siguió en su animacion acostumbrada, con sus partidas de tute, de primera, de ecarté y de billar, envuelto en la atmósfera azulada que producia el humo de tanto habano.





## III

### Consecuencias

Estanislao Roque, iba de mal en peor. Habia concluido los pocos haberes que, como piltrafas, le quedaron de su antigua po-

sicion, y llevaba unos cuatro meses haciendo gambetas para escurrir el bulto á sus muchos acreedores. En el restaurant, le habian suspendido el crédito; no encontraba sastre que le vestiese; y, en ninguna confiteria, podia asomar, pues en todas partes tenía cuenta.

Ahora, le acosaban en su madriguera, porque le pedian el cuarto que ocupaba en el tercer piso del *Universelle*. No se resignaba á abandonar su habitacion falta de luz, ni su cama de rotos elàsticos, donde tendido indolentemente hacia el inventario de su vida, risueña al principio, y triste y negra ahora, como noche sin luna.

Si llamaba al mozo, éste no acudia, conociendo al cliente; pocas veces encontraba agua en el lavatorio; y, los baños que eran su recurso, tambien se los tenian cerrados. Por su cuarto, no andaba la escoba, así es que se revolcaba entre basura y puntas de cigarros, encontrándose sitiado; pero él no queria darse por entendido, aunque notaba que las sábanas tenian algo más que roña, y firme,

en sus trece, de no salir de aquella especie de pocilga, refugio de aquellos deshechos que el oleaje de sus desgracias habian arrinconado en tal sitio.

Sus antiguas relaciones se disiparon, como azules espirales de humo que se dilatan en el espacio del olvido; sus amigos de otros tiempos huían de él, temiendo la acometida indispensable del que se encuentra sin recursos y precisa vivir; pero, en medio de esta dispersion, aún le quedaban algunos políticos que no se atrevian á rechazarle terminantamente en prevision de alguna evolucion rápida é inesperada de nuestra política aventurera.

Parecia que, sobre Estanislao Roque, pesaba la fatalidad. Poco á poco fué desmoronándose su fortuna entre pleitos y sumarios, hasta dar con él en las antesalas de los ministerios. Hablaba con éste ó con aquel personage; le recibian bien; se procuraba la vacante apetecida, y, cuando él intentaba tomar posesion de ella, se encontraba con otro en su lugar, como por arte de *Birli-Birloque*.

Solicitaba dinero del Banco, y, en la solicitud, se leia claro: *Concedido*; estendia la letra y al ir á cobrar lleno de esperanzas, en las que cifraba la reconstruccion de su fortuna, encontraba la más amarga decepcion. Se habia reconsiderado y no se podia descontar.

Si un antiguo conocido, condolido de su aflictiva situacion intentaba protegerle, era lo más seguro que á los pocos dias pasaba sin saludarle. Era indudable que alguien seguia sus pasos, y desbarataba con arte sus cálculos y proyectos, oponiéndose al logro de sus deseos.

Cuando, abatido su espíritu, se convenció de que tenía cerradas todas la puertas, tuvo una feliz inspiracion acordándose de Misia Juana, que años hacia no veia, y que debía estar en Buenos Aires; pues, siendo él quien, con más empeño, trabajó en su favor para el arreglo de una causa, y como por consejo suyo se trasladó á Buenos Aires, creía fácil encontrar ahora en la vieja el apoyo de que tanto necesitaba. Con este objeto se puso en campaña regis-

trando cuanta iglesia y capilla existe en la ciudad. Nada. Misia Juana no parecia. Nadie le daba noticia de esta señora. No dejó rincón por registrar, hasta que abatido y desalentado por lo infructuoso de sus pesquisas, tuvo un encuentro tan casual como feliz, que hizo renacer las resueñas esperanzas que ántes habian ocupado su calenturienta mente, para procurar salir de su estado lastimoso.

*
* *

Huyendo de la vida de la ciudad, uno de esos dias de negro *spleen*, y procurando al aire libre dar rienda suelta á su imaginacion, forjando proyectos al respirar otra atmósfera que no pesase tanto sobre sus infortunios, para con calma coordinar sus ideas y trazarse un plan definitivo, encaminó sus pasos con direccion á Palermo, subiendo por el Paseo de Julio en una noche serena y despejada del

mes de Diciembre, procurando dejar en la ciudad los siniestros espectros y horribles fantasmas que le infundian pavor y continuo sobresalto.

La leve brisa del rio refrescaba el ambiente que, con grata fruicion, aspiraban los paseantes, sombrero en mano, y de la que tambien disfrutaba la hetereogenea poblacion de fondines y casas de inquilinato, bien en las azoteas ó sentados en las puertas, obstruyendo las veredas.

Pensativo y meditabundo iba caminando Estanislao Roque por bajo de la Recoleta, sin fijarse en los millones de luciérnagas que revoloteaban en la atmósfera describiendo fantásticas líneas con sus fosforescentes luces; no oia el canto del grillo, ni el áspero chirrido de la cigarra, ni siquiera fijaba su atencion en los carruages descubiertos que, como flechas, cruzaban el camino; no veia el fantástico aspecto de la ribera del rio orlada de verde follage, donde terminaba el claro espejo de sus aguas al reflejarse los blancos

rayos de la luna; pasaba por entre quintas y jardines sin darse cuenta de la vida animada de aquellos sitios, por donde correteaban cientos de niños, detrás de las luciérnagas, con su infantil bullicio; por donde murmuraban frases de amor recatados amantes en los parterres y bosquecillos; por donde cruzaban fogosos caballos y esbeltas amazonas; nada de esto le llamaba la atencion, pues caminaba distraido ollando con su planta tan pronto el cascajo como la arena, la gramilla que el abrojo, y sin parar mientes ni en los pianos, cuyas notas llegaban hasta él, enviando raudales de melodias tan tiernas y tan espresivas como puede ser la manifestacion del amor primero.

Llegó á la entrada del paseo de Palermo, y torció á la derecha, desviándose del camino, para perderse en el bosque y los jardines. A su paso, cesaba el *raj-raj* de las ranas oyéndose la zambullida en los pequeños lagos donde, como en el rio, reverberaba la luna con deslumbrante efecto. Los grupos de cedros y aro-

mos formaban poética negrura. Allí, sin vacilar, se dirijió Estanislao Roque, huyendo de los jardines y parques, que le recordaban, en confuso, los de su antigua estancia. Ello es que murmuraba al pasar, palabras entre dientes, y que su fisonomia mudaba de aspecto, expresando tan pronto la rabia como la alegria, la desesperacion como la calma, para venir á quedar en un estado de indiferente abatimiento, especie de idiotismo en que las facciones nada revelan. Cansado debia estar cuando á la vista de un banco, aceleró el paso, dejándose caer pesadamente en él, y exalando un imperceptible suspiro.

Mientras tanto, los carruages cruzaban como saetas la avenida de las palmas, haciendo rechinar el cascajo; los fogosos animales despedian rayos de sus bruñidas guarniciones y piafaban con orgullo, resonando las risas y la algazara de las personas que iban en los vehículos para dar dos vueltas á la luz de la luna, apearse un rato, y escurrirse en seguida con direccion á la ciudad, dando paso á

otros carruages que hacian lo mismo hasta las diez de la noche.

De cuando en cuando, se percibia el galope de los caballos y la media rienda al entrar en la avenida; luego, cesaba todo, y se oian las risas en el café, donde se desbordaba la cerveza, mientras la cabalgata daba un respiro á los caballos.

Algunos viandantes discurrian por los jardines y paseos laterales, mientras otros indolentemente recostados en los bancos al pié de las hermosas palmas, y haciendo figuritas con el bastón, disfrutaban de la hermosa noche que invitaba á la voluptuosidad, sumergiendo el espíritu en dulce arrobamiento.

*
* *

—No le veo; pero yo siento su influencia! — decia entre dientes Estanislao Roque, tendido á la bartola. ¿Quién puede ser

sino que él? Es el mismo, que me persigue hasta en mis ensueños! . . . Juró anonadarme y lo ha conseguido!...—seguia diciendo, mordiéndose las guias del bigote.—¡Ya lo creo que lo ha conseguido! . . .. Y, por una parte, no tengo el derecho de quejarme,—murmuraba, afirmando el codo en el banco, para sostener con la mano su cabeza.—Yo fuí quien . . .! Maldito capricho!—pensaba con rábia, al recordar la causa de su precario estado.—Ella era linda,—proseguia—lo recuerdo todavia; tenia una cabellera hermosa. . . luego catorce años, y era tan coquetilla! ! . . . Ah! . .—suspiraba, acordándose de aquel momento.—Si las hubieramos tratado mejor, tal vez no hubieran dado el escándalo! . . . Luego, el maldito cambio del gobernador! . . . ¡Amigos! ! — seguia diciendo, al mudar de postura.—Para buena cosa sirven los llamados amigos! ... Cuando se cae en desgracia, se concluyen las amistades! . . . Vale más no pensar sobre aquellos sucesos! . . .—y levanándose perezosamente del banco, se dirigió

al café, cruzando por los jardines y dejando atrás el templete de las bandas.

Al entrar en el arenoso suelo de la especie de plazoleta que tiene delante el café, vió dos carruages parados allí, y unos caballos atados á la cadena del cerco; se internó, tomando asiento en una mesita rùstica, para pedir cerveza del país. A su izquierda, y dentro de un cenador cubierto de enredaderas, departian libremente algunos jóvenes con espansiva jovialidad. Se oían los murmullos de unos en voz baja, y los estallidos de francas risotadas de otros ; el choque de los vasos, el abaniqueo, y ese caracteristico fuego graneado que se produce al encontrarse revueltas várias parejas en sitio solitario, donde abundan las cosquillas, sobran manotones, y escasea la formalidad. Despues de un rato de locura, mientras que Estanislao Roque apuraba la cerveza, sintió el arrastrar de sillas, el chocar los vasos y el rodar de las botellas vacias, apareciendo dos parejas y detrás una señora de negro ropaje que pre-

tendia hacer de mamá. Ellas, parecian muy jóvenes y sin recatarse el rostro, pasaron insolentemente delante de Estanislao Roque, que ni se dió por entendido; pero, al contemplar la silueta de la señora que marchaba detrás, se levantó repentinamente, dejando caer la silla, y dirijiéndose á ella con seguridad:

—Juana...—esclamó al acercarse,—misia Juana!...

—¡D. Estanislao!!!..—contestaba ella, mirando asombrada al que tenia delante y conociéndole por la voz.

—Hace tiempo que la busco por todo Buenos Aires sin poder dar con su paradero,—la decia estrechándola las manos.—¡No sabe lo que celebro haberla encontrado!...

—Esperen ahí un momentito, que ya voy,—gritaba á las parejas que seguian caminando.—¿Se acuerda D. Estanislao de nuestros tiempos? Muchas veces he pensado en usted. ¡Yo tan pobre, ya lo vé! tengo que ganarme la vida como Dios me dá á entender.

—No me hable señora, no me hable!...

porque si yo la contara á usted ! . . . Parece que me persigue la fatalidad ; me he quedado casi en la calle!—decia con angustia, no queriendo confesar su actual posicion. ¡ En la calle misia Juana ! . . . en la calle ! . . .

—Mire D. Estanislao, llámeme Catalina, porque asi me llaman todos,—decia zalameramente la vieja, golpéandole la mano,—y no se acuerde que me llamaba Juana ! . . . Vaya por casa D. Estanislao, y allí conservaremos, calle de . . . núm. . . no se olvide, eh? . . .

—¡Qué me voy á olvidar ! . . Mañana me tendrá usted por allí. No quiero detenerla, hasta mañana Catalina ! . . . No sabe el alegrón que he recibido al encontrarla,—decia, sacudiéndola las manos familiarmente.

—Pues, hasta mañana, porque ahora estoy ocupada; adios.

—Adios. No es tan mala la suerte,—decía, para sí, frotándose las manos al ver alejarse á la vieja.—¡Demonio de Juana!.. digo Catalina! . . . siempre metida en estos enredos, y sirviendo lo mismo á Dios que al diablo!....

Despues de pagar la cerveza, se encaminó por la avenída Sarmiento, taconeando ufano y con un aire más resuelto del que ántes tenía; se fijaba en las robustas palmas, cuyos brazos eran mecidos mansamente por la brisa; mira ba la trasparencia del azul firmamento, y gozaba con el efecto de cam- biantes fulgura ciones que des- pedian los do- rados mundos; la luna le pare- cia más bella y poética; el can- to de las ranas en los estanques lo encontraba sublime; el chirrido de la ciga rra y el continuo zumbido de los coleópteros le parecia agradable, y divisando la verdura de los parques limitados por los blancos ca- minos de cascajo, y observando los negros contornos de los pinos y los cedros, de los



eucaliptos y magnolias, se convenció de que todo aquello era en extremo bello y atrayente.

Ya no cruzaban carruages, la vida seguia su curso animado en la ciudad con sus conciertos al aire libre, y con sus paseos por las calles Florida y Victoria.

Tomó el tramway en el Parque Tres de Febrero, y cruzando calles llegó por fin al *Universelle*, donde, como la mayor parte de los vecinos, se sentó en el corredor, esperando la una, en zapatillas y mangas de camisa.

Los mosquitos estaban saturándose de sangre en las caras y manos de los huéspedes; dentro de las piezas, donde apenas se podia respirar, esperaban los muy taimados á la víctima, descansando en las paredes ó jugueteando por la pieza hasta que llegara el monento oportuno.

Las doce y media marcó el gran reloj empotrado en el frente, y Estanislao Roque, dejando abierta la puerta de su cuarto, se tendió cuan largo era encima de las moteadas sàbanas, empezando á pegar manotones á

diestra y siniestra para espantar á los mosquitos, que empezaban á iniciar el primer ataque á las trincheras. Se generalizó en toda la línea, y en todas las partes al descubierto; lo mismo cara, pies y manos, cuello y pantorrillas fueron invadidos por el aguerrido ejército que, al ver las primeras bajas en sus filas, y contemplar los cadáveres que yacian en todo el campo, arremetieron con brioso empuje lanzando al aire sus zumbidos, hasta acosar al enemigo y obligarle á replegarse entre las sábanas dejándole expuesto á una asfixía.

Viendo la retirada, cubrieron todo el campo zumbando coléricamente y sedientos de sangre, hasta encontar un flanco por donde empezar otro ataque; tan pronto era un piè, como un brazo los que sufrian la acometida, y entre defensas y ataques, y en lo mejor de la escaramuza quedó Estanislao Roque rendido de fatiga en poder de sus enemigos, y soñando con un mundo de hartura, donde habia recobrado su antigua posicion, y tornaba á ser el hombre político de su provincia, des-

lumbrante de riqueza y de poder, y en medio de jovencitas de catorce años, y doñas Juanas que venian á brindarlas con toda sumision y acatamiento.





# IV

## Centro de operaciones

En uno de los más apartados barrios de la ciudad, cuyas calles sin empedrar todavia presentan fangales y pestilentes charcos llenos de cenago, por donde saltan las crias del asqueroso sapo; en uno de estos sitios, donde el tránsito se hace dificil en

tiempo de lluvias, donde faltan las veredas, y en caso de encontrarlas, ellas son á retazos de ladrillo desigual con sus altos y bajos consiguientes; en uno de estos sitios, donde faltan las casas y sobran los huecos y tapiales, por donde crece la cicuta, el hinojo, el yuyo colorado y el cardo: por uno de estos sitios, existe una casucha de pobre aspecto, que, como la mayor parte de las que se ven en los arrabales, todavia en estado primitivo, ni nos chocan por lo malas, ni llaman la tencion por su estraña arquitectura, sabiendo que son el remate de la ciudad, el principio de las construcciones rurales, tan pobres como destartaladas, en las que se desparrama el elemento criollo, que ántes holgaba en el rancho de paja, y que ahora va sustituyendo por la pieza de ladrillo y techo de zinc, ó de teja, la cual en tiempo humedo parece que destilara amargas lágrimas, llenando el suelo de agua y la habitacion de insana humedad.

Al remate de una larga calle, cuyas casas

clarean como un trigal mal sembrado, está implantado un bajo tapial de ladrillo tan desigual como mal colocado, que presenta una estrecha abertura ó puertecilla con malos pasadores. Agachando la cabeza para no tropezar en el marco, se entraba á un húmedo patio de ladrillo como de tres varas de ancho, el que tiene á su derecha un cuerpo de edificio sin rebocar, compuesto de tres piezas de azotea, ni altas ni bajas, ni bien dispuestas, que miran al Este.

A la izquierda, y en el remate del tapial, un sùcio gallinero hecho con cañas y fleje; en el centro del patio, un pozo de balde, y en el fondo una mala cocina que despide incesantemente un humo denso y ácre como de leña de sauce y huesos mal pelados, que la estrecha puertecilla de la cocina vomita á borbotones, llenando el sitio con su olor característico.

La batea y el brasero de hierro andan tan pronto en una parte como en otra, lo mismo que el tinglado donde posa el loro.

Si penetramos en las habitaciones, vemos tres piezas cuadradas; la primera de preferencia, con piso de tabla, luciendo en el techo sus tirantes de pino de tea, tiene una cama matrimonial con antigua colgadura, colcha de *crochet* y pequeño almohadón de plumas, y encima de él una gran muñeca que, por el sucio aspecto de sus volantes, indica un uso diario ó muy frecuente, cuando ménos.

Un gran ropero de espejo y seis sillas, un ordinario lavatorio con su servicio correspondiente donde no faltan polveras y artículos para mujeres, forman el mueblage, siendo el principal adorno, una mesa redonda con tablero de mármol, encima de la cual descansan dos churriguerescas figuras de yeso, un par de macetas con flores de papel, y, ùltimamente, una lámpara de kerosene con pié azul y bomba esmerilada.

Un solo cuadro pende de la pared; un cuadro especial de figuras de cajas de fósforos que, sin órden ni concierto, han amontonado

para llenar el estrecho marco, en cuyos ángulos están colocados tres retratos de vulgar apariencia y confusa imágen, que la luz se encarga de ir poco á poco borrando.

Esta es la habitacion de preferencia, pues las otras dos, solo tienen camas de hierro que se balancean al acercarse á ellas; cubiertas por colchas de cretona, unas cuantas sillas y unos cuadros almarrazados por algun delincuente pinta-puertas, que ha querido estampar la muerte de Santa, no sé quien, en un lecho de flores, y en los otros dos, mujeres griegas con un monigote que debe ser algun niño.

La ùltima pieza de piso de ladrillo y mugrientas paredes, parece un arca de Noé. Alli, están continuamente acostados dos gatos encima de un baùl; un perro semi-pelado, semiratonero que toma la cama por su cuenta; una percha que sostiene enaguas y vestidos enlodados; un tres piés con una palangana de hoja de lata, una cómoda de pino, y multitud de cachivaches, entre ellos, una guitarra que espera largar de sus cuerdas un pericón, un malambo ó un cielito.

*
* *

Esta casucha, de tan póbre apariencia, ha hospedado, aunque momentaneamente, á personas que pasan por distinguidas en nuestra sociedad. Por aquella puerta tan baja y estrecha, han penetrado sombreros de castor y elegantes gorras de terciopelo; por aquel húmedo pavimento del patio, han arrastrado vestidos de raso, y cruzado aristocráticos piés calzados de charol ó raso; en aquellas pobres sillas, han descansado preciosos bustos y arrogantes figuras; en ellas, han depositado muchas veces costosas pulseras, ricos brazaletes y preciosos abanicos, y tambien tirado perfumados guantes y pañuelos.

En la luna de aquel espejo, se han contemplado muchas figuras interesantes, llenas de atractivos y belleza; aquella luna, ha reproducido escenas de diversa índole; ella, ha visto enlazarse calenturientamente algunas parejas,

ha presenciado el aquilatamiento del placer culpable, y á sus anchas ha retratado bellos rostros que, al salir al aire libre, se han recatado cuidadosamente temerosos de que alguien los sorprendiera.

Aquellas paredes, han escuchado palabras de amor; ellas, han sido testigos de protestas y juramentos, de mentiras y engaños de todo género; allí, han resonado histericas carcajadas y leves suspiros, y en aquella atmósfera han envenenado su conciencia preciosas criaturas, y elegantes caballeros que con la mayor galanteria se saludan en Palermo y en la calle Florida.

Aquella casucha de mala muerte, cuyo aspecto nada revela, y, que, por su insignificancia, nada parece contener, se asemeja al libro más insignificante de la biblioteca, de un medroso, que entre sus hojas esconde los billetes de banco que no crée seguros en los cojones de su escritorio. Se ve el libro y no llama laatencion; pero, si abrimos sus páginas, nos encontramos con un tesoro inespe-

rado; de igual manera esta casa nada dice; pero, si observamos su mecanismo, encontraremos escenas que causan asombro.

Esta era la casa de doña Catalina, aquella infame mujer misia Juana, que habia cambiado de nombre y de provincia. Ya no llevaba la máscara que tan carácteristica le era. Al tratar varias veces á una persoma, aparecia con todo el cinismo y con toda la hediondéz que le era tan peculiar de su estado.

Habia caido en Buenos Aires, como una plaga social, para quitar honras, fomentar pasiones y destruir ilusiones, siempre. Pocas veces salia á la calle, y cuando era de absoluta necesidad, cubria su rostro con un gran pañolón y procuraba claudicar al andar, para que nadie pudiera conocerla.



Cayetana, que hacia las veces de secretaria, era aquella criollita que sufrió con ella aquel arresto en su provincia natal. Se iba haciendo jamonuda, ganando sus carnes lo que perdia su vergüenza. Era el brazo ejecutivo de la vieja, que mandaba la maniobra, y ella la ejecutaba, como hace un gefe de brigada al evolucionar sus cuerpos para cumplimentar la órden del general.

Esta Cayetana, hizo su aprendizage en compañia de doña Catalina, cuando vivian sosegadamente en su provincia natal. Era, entónces, una criolla de mirar severo, de airoso cuerpo y de una morbidez de carnes que hicieron las delicias de varios aficionados.

Contaba, cuando la tomó la vieja, quince años, y era tan huraña que solo una veterana pudo domesticarla.

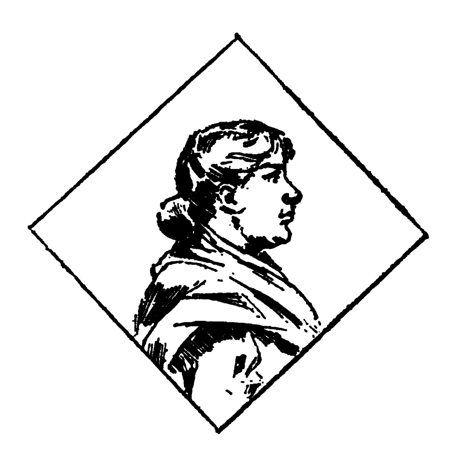
Repuesta del primer susto que le dió la autoridad, y despues de pasar mil apuros, se vino á Buenos Aires, donde era, para la casa, la persona indispensable para entrar en un colegio; meterse en casa de una familia con

un pretesto que acudia veloz, como el rayo, á su precoz imaginacion; hacer acopio de jóvenes bonitas, y llevar la correspondencia en gordos garabatos para avisar á los señores, y la encargada de la tramoya, es decir la que, con solo descorrer un pestillo y abrir una puerta, dar unos cuantos pasos por el patio y toser en distintas tonalidades, simulaba entradas y salidas, para presentar primicias que acababa de retirar de otra mesa.

En estas evoluciones se podia observar su travieso ingenio, aparentando venir sofocada por larga caminata, al presentarse delante de algun impaciente que esperaba largo rato, cuando la muy ladina venia de la cocina, y, solo habia abierto la puerta, para que saliera el pájaro de la primera pieza, y anidara en ella, el de la segunda, como si llegara en aquel momento lo que le presentaban con tanto misterio y precauciones.

Esta secretaria era la que reclutaba el genero de sirvientes, cazándolas con el anzuelo de las cartas de la vieja; y, la que, por últi-

mo, se metia en todas partes preguntando por el estado del enfermo, ofreciendo alguna co-



cinera ó mucama, y desempeñando valientemente su papel que estaba reducido á dar un aviso ó entregar alguna carta.

Desde la aparicion, en esta casa, de Estanislao Roque, la secretaria sufria más contrariedades. Su postizo esposo, pariente de la vieja Catalina, llevaba una vida propia del rufián; visitaba todos los almacenes donde tomaba, repetidas veces, la *mañana*, *la tarde* y

*la noche*, y volvia á casa entonando un cielito; y con ganas de armar camorra con el intruso. Cleto la maltrataba sin fundamento, y se temia una catástrofe el momento más impensado.

A Estanislao Roque, que probó de sus primicias, le parecia tener algunos derechos sobre ella tambien, y de aquí que Cleto le mirase con ceño adusto y se limitase con descargar sobre la secretaria toda su rabia, lo que ella sobrellevaba con paciencia, porque estaba enamorada del rufián, como les sucede á las perdidas de su clase con el hombre que, á más de vivir á sus espensas, las maltrata brutalmente.

Estanislao Roque, servia en la casa para llevar cartas y partes á las personas copetudas, para ayudar en alguna tramoya y para interesar el ánimo de algun personage, á fin de obtener una colocacion.

Este era el centro de operaciones y estos los prinsipales actores que movian la ciudad con sus maquinaciones y sus sorpresas, con

sus cábalas y planes friamente concebidos y ejecutados por ellos con ayuda de otros auxiliares que, más adelante, daremos á conocer.





## V

### Recuerdos amargos

Don Ernesto Gonzalez Lopez, hacia unos seis años que vivia en Buenos Aires. Dejó su provincia natal, y en ella el aprecio de todos, para tomar asiento en el Senado Nacional, donde hacia una figura espectable por la rectitud de su carácter inflexible y su talento natural.

Su elegante casa de la calle de Maipù, indicaba una posicion encumbrada. Por el ancho zaguán entraban y salian frecuentemente el landó y el coupé de la familia, luciendo magníficos caballos *de sangre*, que coqueteaban lo mismo en Palermo, que en la calle Florida.

Manteniéndose fiel á sus principios políticos, y ageno de fraudes y rastrerias, su opinion pesaba mucho en la balanza, y con razon estaba considerado como uno de los hombres rectos y probos del teatro social argentino. La severidad de sus costumbres alejaban de su casa á esa *turba multa* de merodeadores, siempre dispuestos á hacer la corte á la fortuna, y revoloteando siempre en derredor de fiestas y recibos.

En su despacho no se veian esas caras de dudosa procedencia, que invaden los bufetes políticos; esos tipos patibularios que, vestidos correctamente, dejan adivinar su carta de naturaleza; esos estraños personajes improvisados en un dia, que han surjido del fondo del

charco, al revolver el cenago, mostrándose en la superficie por obra de la casualidad ó de la audacia, que tanto impone á cierta parte de la sociedad. Nó. Eran personas conocidas y respetables las que desfilaban por su casa, para oir la opinion autorizada de don Ernesto, ò recibir un consejo sano y honrado.

Contaba á la sazón sesenta y dos años; pero demostraba tener más edad. Su cabeza era cana, de grandes entradas, patilla poblada y blanca como la nácar, y un cierto aire de melancolia, que habian dejado impreso hondos pesares. En las pronunciadas líneas de su cara, pronto se notaba al hombre tenaz en sus ideas y su cútis sombreado por el sol y la intemperie, al hombre de campo que, montado en brioso corcel, galopa leguas y más leguas por vasta llanura sin cuidarse del sol y de la lluvia.

Don Ernesto, con su trabajo y con el gran valor que tomaron los campos, habia conseguido una fortuna que representaban sus miles de vacas y sus muchas leguas de campo bien poblado.

De noble carácter y desprendido, no tardó en ser una de las principales figuras de su provincia, debido á lo cual llegó á Buenos Aires para representarla en el Senado, sin vinculaciones ni compromisos, y dàndose uno de los raros ejemplos de eleccion verdaderamente popular, pues los recomendados por los gobiernos tuvieron que retirarse al ver la imposibilidad de luchar con una persona que encarnaba la verdadera opinion del pueblo y contra quien se estrellarian todas las artes y maquinaciones que, nuestra política rastrera, acostumbra á poner en ejecucion en parecidos casos. Por esto, todos le respetaban, porque era el senador independiente por temperamento y por eleccion.

Cuidaba con prolijo esmero de su familia, era solícito y cariñoso con sus hijas Ernestina y Beatriz, de veinte, la primera, y diez y nueve años, la segunda; juntos iban siempre á Colón ocupando su palco; juntos á la Recoleta y Palermo, y juntos estaban fuera de los momentos que, á D. Ernesto, le robaban las

sesiones; no queria alejarse del lado de su familia y hasta para ir á misa á la Merded lo hacian juntos.

Las dos hermanas conservaban un aire de timidéz y acobardamiento, no en armonia con su edad. Muy poco, ó nada, salian solas, y, cuando lo hacian, iban con la vista baja, como temerosas de ver gente, ó ruborizadas cuando alguien se fijaba en ellas, y sin pararse en las tiendas de modistas, ni en los bazares para curiosear las novedades, como hacen todas las jóvenes al salir á la calle para ver y ser vistas.

Ernestina, de mayor edad, aunque pareciera gemela de Beatriz, parecia siempre recelosa y desconfiada; no tenía esa mirada franca de otras niñas, era retraida, y áun con sus limitadas relaciones conservaba una frialdad por la que era ridiculizada en la sociedad, calificándola de *guasa* y beatona.

Beatriz, aunque tambien adolecia de las mismas genialidades, tenia momentos de espansion en que daba rienda suelta á su carác-

ter festivo, en el fondo; pero no en la forma, pues cuando echaba de ver que no estaba en carácter, se reconcentraba y mandaba callar á su corazon, cubriéndolo con la máscara del indiferentismo.

En la casa de don Ernesto no se oian esos gritos de íntima satisfaccion; esas manifestaciones comunes en las jóvenes; esa algazara característica, ni ese continuo loquear de los diez y nueve años.

Al caminar, su paso era mesurado, su continente severo, y sus ademánes más própios de monjas que de jóvenes bellas y elegantes, que pertenecen á la primera sociedad argentina. En el teatro permanecian mudas, como bustos inanimados, sin demostrar la íntima satisfaccion, ni el entusiasmo que producen los arranques artísticos. Sus gemelos, por excepcion, se dirigian á la salida de alguna artista para fiscalizar su traje y percibir sus retoques.

La señora de don Ernesto, misia Paula, era una matrona que infundia respeto con su

porte distinguido y maneras aristocráticas, á la antigua; de cincuenta años, de blanca y espesa cabellera, tambien se echaba de ver en ella el tinte melancòlico de familia; su sonrisa forzada y su circunspeccion estaban de acuerdo con ello. Era piadosa, sin exageracion; pero no perdonaba sermòn ni novenario, y en toda funcion de iglesia, se podia notar su presencia con toda regularidad.

Hasta el cochero de la casa, gallego entrado en años, era severo; se mantenia rígido y grave en el pescante, sin cambiar con sus colegas de oficio esas significativas y truhanescas miradas própias del auriga; no contraia las líneas de su cara por nada de este mundo; permanecia estirado con las riendas en la mano, como queriendo guardar relacion con el carácter de la familia á quien servia.

Sobre esta familia circularon ciertos rumores vagos, algo más persistentes que los que generalmente acompañan á la instalacion de algo importante en una ciudad. Su aparicion provocó algunos cuchicheos y frases

de doble sentido, que poco á poco borraron el trato franco y noble de D. Ernesto, hasta evaporarse como sucede con las invenciones que produce la envidia y el despecho.

*
* *

Una de las relaciones de D. Ernesto, era la de Carlingue que, desde muchos años atrás, le habia vendido sus frutos, y la relacion comercial pronto se trocó en amistosa, si bien no con aquella intimidad que la familia Carlingue hubiera deseado.

Debido á esta relacion, Alfredo Carlingue, jóven de veinte años, visitaba la casa con frecuencia, y á ella sabia ir tambien su hermanita, de vez en cuando, no por deseo propio, sino por acceder á los deseos de sus padres. La niña no encontraba alli más que frialdad y rigorismo, que no se avenian con su carácter bullicioso y travieso. Amiga de algazara, y

retozona como puede serlo una gacela en medio de verde pradera, causaba la nota discordante si daba rienda suelta á sus impulsos juguetones, siéndole forzoso permanecer séria durante el tiempo de la visita, y esto la mortificaba grandemente, como es facil suponer.

No le sucedia así á su hermano Alfredo, que siempre salia satisfecho de aquella casa. Al conocer á la familia, pronto fijó sus ojos en Beatriz, llamándole mucho la atencion aquella severidad y circunspeccion tan estrañas. Criado él casi en el campo, pues atendia desde los quince años la estancia del padre, acostumbrado á la vida aislada, y poco frecuentes sus viages á Buenos Aires, simpatizó con Beatriz para la que guardaba todas sus atenciones, que eran bien recibidas por ámbas familias.

Alfredo, ya habia notado que, en la intimidad de sus confidencias, era Beatriz expansiva y franca, y esta doble cualidad le tenia aprisionado, hasta el punto de pensar en unir su destino al suyo.

Despues de terminada su visita, en la que anunciaba su viaje á la estancia, los esposos Gonzalez cuando se despidieron de sus hijas estampando en sus frentes el beso cariñoso de todos los dias, tomaron asiento en el despacho, corriendo las fallebas de las puertas para no ser importunados.

—¿Qué te parece Paula?—preguntaba D. Ernesto, apoyando el codo en el almohadón del confidente.

—Qué quieres que me parezca... Alfredo, es un jóven de mérito, posée cualidades muy recomendables... educado, laborioso, como pocos á su edad... sus padres, amigos nuestros, todo está bien... aún diré más, creo que no encontrariamos para Beatriz un jôven más recomendable, más decente, más caballero... pero!..

—¿Qué? no te agrada Alfredo?..

—No es eso, Ernesto!.. no es eso, sino que ahora...

—Porsupuesto,—interrumpia D. Ernesto, adivinando el triste pensamiento de su esposa.

—Por lo demás...—seguia diciendo la señora,—le acepto gustosísima. Beatriz le prefiere, y esto seria lo bastante para que á mi me agradase; ya van teniendo edad nuestras hijas y me parece justo que tratemos de...

—¡Me da miedo!..—exclamaba con tristeza D. Ernesto.—Temo las explicaciones, y creo que ellas son necesarias. No puedo olvidarlo,—seguia diciendo con rabia, cerrando los puños.

—Mira, mi Ernesto;—decia tímidamente la señora, sentándose en el confidente al lado de su esposo,—vale más no revelar nada!..

—¿Qué dices?..

—Yo... Ernesto, no diria nada... No comprometamos la felicidad de nuestras hijas...

—Eso, jamas!... Ellas no fueron culpables... y para no hacerlas desgraciadas, si acaso algun dia llegaran sus esposos á saberlo, es por lo què un padre honrado, y un caballero deben revelar cuando se presente

la peticion,—decia con dignidad D. Ernesto, levántandose del asiento.—¡Fué una accion vil, de la que ellas no son responsables!!...

—No pienses en eso!.. no te mortifiques,—decia la señora, dejando correr gruesas lágrimas.

—Siempre lo tengo presente!!..—seguia diciendo, sin hacer caso de las palabras de su esposa.—Los he seguido á muerte. Ahora, he perdido el rastro de Roque; pero, pronto le encontraré, y no recobraré la calma hasta verle á él y á la infame, arrastrarse por el suelo como asquerosos reptiles!

—¡Ernesto!...

—Venganza siempre, Paula!.. venganza!—proseguia en un tono de suprema exaltacion.—Yo sé que está en Buenos Aires, que se oculta porque teme mi influencia!.. pero, juro mil veces, que nuestras hijas serán vengadas!.. Para dar con la guarida que esconde á la loba, no reparo en medios, no me detengo en nada, quiero destruirla, y la destruiré junto con él...

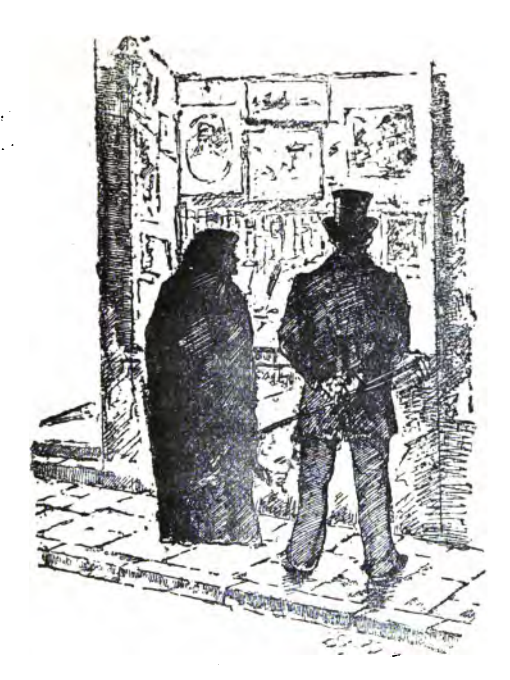
D. Ernesto despedia fuego por los ojos; nervioso y convulso se paseaba por la habitacion, mientras la señora, sin atreverse á decir palabra, enjugaba el llanto comprimido tratando de calmar á su esposo con unas miradas de infinita ternura, que expresaban un poema.

Despues de un rato de penoso silencio, D. Ernesto serenado el semblante y dulcificando el metal de su voz, se acercó à misia Paula.

—Hasta mañana hija. Ya es hora de descansar, — y estampó un cariñoso beso en su frente.

—Hasta mañana, mi Ernesto,—y salió con la cabeza baja, agobiada por el peso de los recuerdos que, frecuentemente la torturaban.





## VI

### Por su peso

Enriqueta, aquella jóven alegre y revoltosa que pululó por los centros libres de Buenos Aires por tanto tiempo; que

se hizo célebre en la casa de doña Marta; que era la obligada compañia al tratarse de fiestas con modistas y costureras; que cuidó á más de cuatro estudiantes de medicina, aquella Enriqueta, estaba ya retirada con los restos de sus encantos, haciendo vida marital con un empleado del municipio, que no la trataba bien.

Su hija Etelvina, de trece años cumplidos, habia pasado un año sintiendo á cada rato mareos y desvanecimientos. Palida, casi del color de la cera, y con grandes ojeras que orlaban sus pàrpados, no podia resistir su organizacion la violenta sacudida de la naturaleza; y, entre si era tisis ó no lo era, la pusieron al borde del sepulcro, del que salió para recobrar más tarde la lozania y los colores propios de una dália de Otoño.

Tenia que ayudar á la madre cosiendo en ropa gruesa, pues el empleado del municipio gastaba más de lo que ganaba. Ella, alli, con el ejemplo de la madre, estaba predispuesta á empezar la vida licenciosa en que tendria que

revolcarse más pronto ó más tarde, y sin que la sirviera de escudo la presencia de la madre, que conocia prácticamente el terreno.

Don Celedonio Carlingue, se habia fijado en ella con capricho, y las dos viejas infames, doña Catalina y misia Cantalicia, se habian propuesto su adquisicion, burlando los cálculos del empleado del municipio que esperaba el tiempo oportuno para apropiársela con todo el cinismo y el escándalo que es característico de los que pasan la vida viviendo á espensas de pobres mugeres, tan desgraciadas como perdidas.

Enriqueta, ya habia despedido á doña Catalina que, con un pretesto bien calculado, se introdujo en su casa tratando de entablar relacion conveniente para lograr sus fines; pero su fino olfato la avisó con tiempo, y pudo burlar los planes de la vieja.

Misia Cantalicia, opinó gravemente que los trabajos tenian que ser especiales allí, y con toda maña para que la madre no se pusiera en guardia.

*
* *

—Etelvina, mira que se hace tarde; despacha pronto; date prisa!...

—Ya voy mamá.

—Ya voy, ya voy!.. Hace media hora que estás con—el ya voy! y nunca sales.

—Si esta bata me está tan ajustada ya!... que se despreńden los botones...—decia Etelvina desde el fondo de la pieza convertida en dormitorio por un sucio biombo.

— ¡Ave Maria!... Hace ocho dias que te estaba bien y ahora se te desprenden los botones,—replicaba malhumorada la madre, mientras colocaba el cuello á un saco.—¡No sé á dónde vas á parar con ese cuerpo!... Dentro de poco vas á parecer una matrona!..

—Pero mamá !... ¿qué culpa tengo yo?—esclamaba Etelvina al tratar de prenderse un boton central.—¡Ya ves!—decia deteniendo el aliento para estrechar el campo turgente.

— Ven aqui, inùtil, ven aquí. ¡Jesús qué chicas las de ahora..! ni siquiera saben prenderse una bata!.. Estate quieta !.. No te hinches tanto, mujer!... Caramba..! Pero si tienes un cuerpo!...

— Tome, prenda con esta horquilla!...— decia la jóven sacando una gruesa, de su peinado.

La madre despues de mucho bregar, pudo prender el botón; y el busto de la jóven, quedó perfectamente modelado, sin una arruga, ostentando un seno precoz que amenazaba romper las mallas que lo oprimian con tanta crueldad.

—¡No tardes, eh!... no sea como la otra noche, que me tuviste esperando dos horas!..

—Si no me despachan antes, yo no tengo la culpa—decia Etelvina, algo turbada.

—¡Hum, hum!!.. Mira que si yo barrunto!... te aplico una soba que te dejo medio muerta; bueno, despacha pronto!... Cuidado con la libreta..! ¿oyes atolondrada? Jesús, qué chicas las de ahora!!...

La madre quedó trabajando en sus sacos, mientras la hija con el atado de las costuras salia de casa taconeando, y haciendo dengues con la coqueteria propia de su edad.

Al poco rato entró el empleado del municipio en completo estado de embriaguez, dando traspiés y despidiendo por aquella boca los inmundos vapores del alcohol.

—Dame plata, che!... Pronto porque tengo un compromiso con dos amigos y...ché... che *mirá!*... que quiero plata!!.. ¿oyes?...

—¡Asi nos gastas á nosotras el dinero.... perdido!

—¡Ahora verás!...

Al dirigirse á Enriqueta con intencion de golpearla, cayó al suelo, cuan largo era empezando á roncar estruendósamente como una bestia.

—No serán muchos los dias que yo te aguante!...—exclamaba, al contemplarlo tirado en el suelo.

*
* *

La calle de la Victoria presentaba animacion y movimiento, con ser el paseo obligado de los concurrentes á la calle Florida. Por sus veredas cruzaban incesantemente elegantes grupos de niñas, para recibir los saludos graneados de los jovenes, á quienes se paga con leves inclinaciones de cabeza y celestiales sonrisas capaces de producir un incendio.

Rezagadas las mamás, con ese aire entre severo y bonachón, no se si de cansadas ó por discreta conveniencia en dejar á las niñas adelantarse, forman un largo rosario que, empezando en la esquina de Florida, termina en la de Chacabuco las màs, y Piedras las menos, no dejando escaparate por ojear, y cuchicheando entre sí cuando se cruza alguna silueta elegante llena de arrogancia y que deja al pasar una lijera ráfaga de esencia de rosas: todas vuelven atrás la vista entónces, para fiscalizar su traje y modo de caminar.

Las tiendas y bazares despedian torrentes de luz por sus amplias puertas y vistosos escaparates, dando acceso á numerosos grupos

que entran y salen constantemente, unos haciendo compras, y los más para apurar la paciencia de los dependientes.

Encima de los mostradores se amontonaban las cajas ó las piezas de genero; en los bazares estaban desparramando por las vidrieras las *terracottas*, las carteras, los abanicos, los cuadros de porcelana, el estuche, las esencias, y las mil baratijas que sirven de pretesto á las elegantes para lucir su trage y su hermosura en medio de espejos y reverberantes luces.

Por todos estos sitios aparecen los preciosos contornos de la mujer porteña, siendo notable la animacion por estas calles en las primeras horas de la noche.

Pero en los *registros* de ropa hecha, aunque de distinto genero, no es menor el movimiento,

Por la parte del Oeste, iban enfilando poco á poco, graciosas jóvencitas con abultados lios de ropa, deslizandose en los registros hasta formar una compacta masa que llena el

local, y oculta el largo mostrador. Allí se amontonan las costuras diversas: sacos, pantalones, bombachas, chalecos y ponchos; y allí espera la impubere jóvencita codeandose con la descocada callegera, la timida huerfana con la atrevida muchacha, la viuda con la pobre madre cargada de hijos, formandose un revoltijo de cabezas y faldas, que se ajita bulliciosamente al continuo entrar y salir de las costureras.

Los dependientes reciben la ropa, y lanzan incendiarias miradas á las más vistosas, cambiandose, algunas veces, guiñadas de inteligencia que todas las demás cometan á su antojo

En frente de los registros, no faltaban curiosos que esperaban la salida de esta ó la otra costurera, viendose á un señor desvergonzado que deja conocer su impaciencia. Las costureras van saliendo poco á poco, y se desparraman en todas direcciones solas ó acompañadas, como mejor conviene á su gusto.

*
* *

Etelvina, ántes de entrar en el registro de Torre y Fernandez, tropezó con misia Cantalicia que constantemente la detenia, sobre todo al entrar en la casa de Zaldivar, Martinez y Elias, siempre proponiéndola trabajar en una casa de su relacion, encareciendo la facilidad de ganar más y con ménos trabajo, en la costura fina.



—¡Pero hijita! á mi me dá pena verte con esos atados que ni un changador que fueses!—decia salameramente á la jóven.

—¡Si no es pesado!—contestaba Etelvina, afirmándolo debajo del brazo y sosteniéndolo sobre la cadera.

—¡Es una picardia que te traten así!... Si señor, tu eres una señorita y no está bien que cargues con el atado!... en vez de llevarlo aquel... que al fin y al cabo lo que hace es comer lo que ustedes ganan con tanto trabajo!—decia, en el mismo son de lástima la interlocutora.—¡Luego...tu tienes la culpa!..

—¡ Cómo, misia Cantalicia! — exclamaba con asombro.

—Es claro!... Maldita la necesidad que tu tienes de andar cosiendo para los registros, cuando Dios te ha dado manos tan delicadas!.. y no es porque estés delante!... porque siempre se lo digo á Maria Luisa, que como tu quisieras habias de trabajar mucho mejor que ellas, y podias hacer tu carrera.

—¡Qué esperanza!—decia la jóven en señal de duda, pero halagada por los calculados elogios de la vieja.

—¡Pues, ya lo creo!..Ahi tienes ahora á

Maria Luisa. ¿Te acuerdas? Ya sabes que cosia para registro; pues, bien, como yo veia á la pobre chica sudar el quilo, y sin que consiguiera mejorar...me dió lastima, porque yo soy asi!...y la aconsejé que cosiera en fino, en casa de Julia la modista; y, este es el dia que, gracias á mi, nada la falta; y, lo que es ella, nunca podrá igualarse contigo; eso nó, ¡por supuesto!...

—¡Pero, si es mamá, la que parece que no le gusta mucho,—replicaba Etelvina, dispuesta á rendirse.

—¡Por tu mamá! es por ella por la que debes hacer lo que yo te digo; si señor, porque la pobre, por más que trabaje, teniendo aquel hombre dentro de casa, no ha de poder salir de apreturas, y tu estás en el deber de proporcionarla algo; toda buena hija está obligada á eso; y tu más, que eres ya una señorita; al principio gritará... pero cuando te vea trabajar ganando tres ó cuatro veces más...y sobre todo tan señorita...

—Tiene usted razon; mañana iré por su

casa, para que me lleve y vean á ver si sirvo!...

—¡Quieres callarte!...Yo te digo que serás dentro de poco primera oficiala. Bueno, Etelvinita, entónces hasta manaña, eh?...Al fin dejaré yo de impacientarme al verte con esos atados!...Qué quieres hija, no podia verte así...porque cuando una toma cariño á otra persona!...pues, entónces, hasta mañana... hasta mañana hijita, porque voy de prisa.

La taimada vieja se detuvo en la vidriera de la libreria de Escary, mientras Etelvina entraba al registro, dejando caer el atado con disgusto y repugnancia, esperando desdeñosa la llegara el turno para arreglar la libreta.

Un señor de afeitado rostro, D. Celedonio Carlingue, que miraba la escena desde la puerta del Club del Progreso, cruzó la calle y se dirigió disimuladamente hácia la vieja con el pretesto de observar las curiosidades de la vidriera de la libreria.

—¿Y la chicuela...?

—Ya la he convencido, D. Demetrio—(asi le conocian las viejas, por Demetrio Lopez)—

decia la vieja, sin dejar de observar las figuras de un periódico ilustrado.

—¿Para cuándo?—insistia el llamado Demetrio, jugando con el medallón de su cadena.

—Mañana irá á casa; dentro de pocos dias...

—Gracías, misia Cantalicia, gracias!... Cuente con aquello!...

—Buenas noches,—decia ella, sin mirar al señor.

—Buenas noches, — contestó Carlingue, haciendo lo mismo, y entrando en la libreria con aire indiferente.

La vieja fué en busca de doña Catalina para llevarla las nuevas de su ùltima adquisicion.





## VII

### **Paloma y serpiente**

La casa de inquilinato, presentaba un cuadro animado, lo mismo en los patios que en los corredores. Confundidas las edades, las nacionalidades y los sexos, constituia una especie de gusanera, donde todos se revolvian, saliendo unos, entrando

otros, cruzando los más, con esa actividad diversa del conventillo.

Húmedos los pátios, por allí se desparrama el sedimento de la poblacion; estrechas las celdas, por sus puertas abiertas se vé el mugriento cuarto, lleno de catres y baúles, sillas desvencijadas, mesas perni-quebradas, con espejos enmohecidos, sus cuadros almazarronados, con los periódicos de caricaturas pegados á la pared, y, ese peculiar desórden de la habitacion donde duermen cuatro ó seis, y en donde es preciso dar buena ó mala colocacion á todo lo que se tenga.

Delante de las puertas, hierven las ollas de hierro con la cabeza de capón ò la negra carnaza del puchero; ó salta la grasa al freir las piltrajas del mercado que despiden ácre olor, mondaduras de papas, desperdicios de cebolla y hojas medio secas de repollo, parece que limitasen el dominio de la pieza, ó su opcion al pedazo de patio, como un alambrado limita el campo de un estanciero en la inmensa sábana de la pampa.

El agua de jabón, forma numerosos regueros que se pierden en el suelo, bien entre las junturas de las baldosas, ó se cuelan por los agujeros de desagüe, cayendo constantemente de las bateas donde se lava la ropa mugrienta, que despide nausebundo olor.

En cuerdas que van de uno á otro extremo del pátio, suspendidas por cañas en el centro, se tienden las sâbanas mojadas, los pañales sùcios por el orin, las camisas plomizas y alguno que otro remendado colchón, para secar la fresca mojadura de la noche pasada.

Los chiquillos harapientos, corretean con insolencia, metiéndose por todas las piezas y haciendo descaradamente escandalosos conceptos de la ropa que pende de las sogas. Una enagua que el viento hincha, junto á un calzoncillo, es causa de las groserias de aquellos muchachos, al chocarse la enagua distendida con el calzoncillo inflado tambien por el viento, saliendo de aquellas bocas expresiones que asustan.—*¡Que ahora es ella quien*

*lo busca!—Mirá chè como arremete él.—Ahora se juntaron los dos y no se despegan!—Bravo! bravo!!...*

Unos lloran á moco tendido, otros cantan, otros rien, estos piden pan á grandes voces, aquellos gritan porque les suelten las ataduras que les aprisionan al pié de una cama; y, la mayor parte, merodeando al rededor del brasero, donde se cuece ó frie el almuerzo.

Mezclados se hallan el porteño con el italiano, el español con el francés, y en mucho depende este extraño revoltijo, de los continuos altercados y riñas que se suceden en el patio.

A una vecina le incomoda el olor que despide el guiso de una española.

—¡Gallegos súcios!... Mire qué modo de zahumar el pátio!...

—¡Mejor que los nápoles!... Siempre con las porquerias esas que hacen vomitar!...

De aqui surge una pelotera: insultos, voces, impropérios, gritos de los chicos que se prenden á las faldas de sus madres, agarra-

das de pelo, mogicones, y luego rezongos en las piezas, hasta que un nuevo incidente llama la atencíon en otro extremo del pátio.

Cuando los hombres se mezclan, empieza la griteria de las mujeres, se arma el escandalo, llega el vigilante y se llena, por fin, la comisaria de la seccion. Esta es la vida del patio, mientras unos lloran, otros rien; mientras este rabia, aquel canta; mientras aquel trabaja, el otro *duerme la mona*; y, en cada habitacion, se desarrolla un drama distinto, con sus afanes y sus privaciones, con sus harturas y sus hambres, con sus virtudes y sus vicios.

—¡Cuidado con que usted me le toque un pelo!... ¡Ojo con levantarle la mano!..—exclamaba una mujer al ver que la vecima se disponia á castigarle el hijo.

—¡Pues, no que no!.. Insolente!... ¿Para qué viene á pegarle à la criatura? ¡Ahora veras!...—y corria detrás del muchacho, dando una vuelta por el patio, hasta que el rapáz se internaba en su habitacion, resguardándose detrás de las faldas de la madre.

—¡Ya le he dicho que no me le ha de tocar ni el pelo!..—repetia ésta, encarándose á la vecina, y en son de guerra, mientras el chico decia con insolencia:

—¡Pues, le he de pegar! le he de pegar!!.. ¿Por que él me quitó el pedazo de biscocho

—Si vuelves á tocar á la criatura, te pego una soba que te dejo muerto.

Al llegar aquí, se trenzaron las dos madres, armando el barullo consiguiente. Las vecinas salian á las puertas y las del corredor se asomaban á la barandilla preguntando por la causa de la riña. Durante un buen rato duró la gresca, formàndose, como es consiguiente, los bandos: unos en favor y otros en contra de las heroinas.

Formaban la sociedad del patio: changadores y familias de carreros, lavanderas y vendedores ambulantes, organistas napolitanos que reciben mil maldiciones en una hora el dia de afinacion, y pobre gente empleada, con sueldos miserables que, ni para pagar el cuarto, casi les alcanza.

En el piso alto, vive la aristocracia de la casa de inquilinato: costureras de ropa gruesa, empleados de tramways y ferrocarriles, cesantes sin colocacion, zapateros cargados de chiquillos, peones de registros y almacenes, carreros, artesanos y muchachas sueltas, que hacen la vida alegre en compañia de un empleado ó revolotean por todas partes, siendo el diario escándalo de la casa, por sus entradas y salidas á deshoras y por la diversidad de tipos que la visitan à cada momento.

En el piso alto, tambien aparecen los braseros, donde se ponen las planchas á templar ó los pucheros con la comida, en la barandilla se tiende la ropa, se sacuden los colchones y los pedazos de alfombra que, al enviar la nube de sucio polvo al piso bajo, es recibida con improperios y blasfemias, de las que, por lo general, no hace caso la barandillera.

* * *

Misia Cantalicia Castro de Urepe, parecia una señora respetable de unos sesenta y cinco años de edad, encorvada de espalda, y lleno de arrugas el rostro, fino trato y un acento melífluo. Con la adulacion siempre en los labios, entraba en muchas casas principales, bien de visita oficiosa, bien en demanda de ausilios y ropa para una enferma imaginaria ó para una viuda cargada de hijos, ó ya encargada de recolectar fondos para un vestido que las almas piadosas regalaban á la Virgen del Tránsito, ó al bendito San José, ó ya para un cubre-altar que precisaba la capilla religiosa de la calle de *Terán*.

Como siempre estaba metida en las iglesias y era exacta á toda funcion religiosa, brindándose para vestir y desnudar las imagenes, era conocidísima de clérigos y sacristanes, y siempre lista para ofrecer agua bendita á las principales matronas de Buenos Aires. A estos habitos religiosos debia el aprecio en que la tenian y que ella tan bien sabia explotar.

Husmeaba dónde habia enfermos ó salido de cuidado alguna conocida. En el acto se plantaba allí, para dar los medicamentos, enfriar el caldo, poner los paños calientes, arreglar los sinapismos ó dar algun consejo casero; y, si venia á pelo, pasaba la noche haciendo compañia y roncando con toda beatitud. Por supuesto, que atenuaba esta falta, abrumando con preguntas á los médicos y advertencias exageradas á los interesados, dando con esto á entender el cariño que sentia hácia el enfermo.

Si se trataba de algún alumbramiento, allí estaba ella, para mecer la cuna, para cargarlo con ese peculiar miramiento y destreza de una abuela y para dar recetas con que aumentar ó cortar la secrecion lactea, según conviniera.

Al tratarse de un velorio, no podia ella hacer ménos de amortajar el cadáver, de perfumarle la cara con agua florida ó vinagrillo aromático, de encender los pebeteros, de tomar la direccion de la casa y correr, por último, con los rezos y novenarios consiguientes.

Asi es que, con esta táctica, no puede estrañarse que, misia Cantalicia Castro de Urepe, se sentase á las principales mesas de familia, donde aparecia por casualidad á las horas de comer precisamente, llevándose para su casita la yerba y el azucar que iba depositando, como una hormiguita, en el hondo cajon de su mesa.

Esta señora toda beatitud y religiosidad, toda llena de comedimientos y atenciones, era grande amiga de la vieja Catalina, especie de ayudante de campo, que llevaba y traia los partes, daba y recibia órdenes, sin que nadie pudiera sospechar que, por ella, habia entrado la cocinera, que ella habia llevado al mucamo, que ella habia recomendado el ama de leche!... Esta misia era, sin embargo, la más poderosa palanca de doña Catalina, con la que removia la sociedad porteña y el más oportuno ayuda para llevar adelante sus inicuas tramas y pérfidos planes.

El ojo certero de la vieja provinciana, descubrió aquella mina. Sin gran trabajo, em-

pezó el laboreo, encontrando un filón inestimable que se traducia en pingües ganancias, de las que, misia Cantalicia, solo recogia las piltrajas.

Esta Cantalicia, era infatigable en el trabajo de *zapa*. Tan pronto entraba en una agencia de colocaciones para preparar terreno, como se introducia en alguna habitacion humilde, donde, entre conmiseracion y lástimas, destilaba el veneno que habia de corromper una honra; y, asi tambien, se deslizaba en casas de aparatosa ostentacion, á donde llevaba y traia cartas y avisos; por supuesto, con el consabido *aditamento*:

—Virgen del Carmen!... lo que yo estoy haciendo!... pero si esto es una picardia!!... Como te vales picarilla de lo mucho que yo te quiero, para darme estas comisiones! Jesùs! yo metida en estas cosas!.... si parece que me lo conocen todos en la cara!... Y la verdad es hijita, que es arrogante y simpático. ¡Si vieras que emocionado estaba cuando me entregó la carta!... Se conoce que te quiere

con delirio; pero hija, no debes hacerle caso, porque si bien es verdad que hay hombres como él, que son muy caballeros, en cambio hay otros con quienes se precisa andar con mucho tiento... porque, como tu eres tan linda...y tan atrayente...y tienes esa elegancia, no me extraña que se vuelvan locos por tí.

Con estos rasgos se puede formar cabal idea de este misterioso personage que, no infundiendo sospechas á nadie, se deslizaba traidoramente en los honrados hogares, para la consecucion de un fin perverso que llevaba con sorprendente habilidad y destreza, contando con sirvientes, mucamas, cocineras, cocheros y hasta aguadores, que le eran adictos.

La infame directora Catalina, la habia encomendado el asedio de una familia pobre. En estos trabajos empleaba ahora la mayor parte de su tiempo, sin conseguir lo que buscaba, hasta que le fué preciso alquilar una habitacion contigua, en la casa de inquilinato, para dar, desde allí, el golpe decisivo y con toda seguridad.

*
* *

Dª. Rosario, llevaba algunos años de sufrimientos desde la muerte de su esposo. La lucha fratricida del 74, la dejó viuda. Desde entónces, luchaba á brazo partido con la miseria, maldíciendo las revoluciones que jamás han servido para otra cosa, sino para dejar muchas familias anegadas en llanto, presas de la necesidad, para las cuales no llegan los agradecimientos de la patria; no, el que muere defendiendo una idea política, por noble y santa que ella sea, tenga por seguro que la patria ha de dejar á sus hijos y á su esposa en el más ingrato abandono, sin acordarse para nada del muerto. En cambio los personages han ascendido y todo le parece á la sociedad que está compensado!..

Esta viuda trabajaba con ardor para sostener á sus treshijos, dos varones y una jóven, Maria Luisa, de catorceaños, fresca y rosada,

á quien la madre miraba con predilecto mimo, siguiendo la preferencia de su difunto esposo, que la queria con locura extremada, al dejarla de nueve años cumplidos, hecha una mimosa con hábitos de señorita.

A duras penas conseguia Doña Rosario que, Maria Luisa, acompañada de un hermanito, llevase al anochecer las costuras al registro. Ella se resistia cuando podia. No queria mostrarse en público de aquella manera, porque soñaba con ser una señorita de gran sombrero y vestido de madama Vignaeu. Asi es que, con repugnancia y ocultando mucho el rostro, tomaba el atado y salia para confundirse entre tanta y tanta costurera, como llenaban los amplios locales donde se recibe la ropa y se apuntan las libretas.

Cuando un dependiente se fijó en ella, ya de doce años, dirigiéndola certeros tiros, el rubor saltó á sus megillas. Sin hacer caso de las palabras groseras que recogia por la calle, llegaba á su casa no tan pesarosa como otros dias. Se iba acostumbrando al registro.

Su madre ya no la ordenaba su obligacion: ella tomaba el atado y con su hermanito de la mano salia á la calle, donde hacia tiempo la acechaba un señor de decente ropage, que á su oido murmuraba palabras que la hacian poner rosada y nerviosa. Primero, se enojó mirándole con disgusto y repugnancia; pero, despues, viendo que el señor no se propasaba de obra, hasta le aceptaba con interés observando su puntualidad y constancia.

En el registro de roperia, hizo algunas relaciones con muchachas de su edad, las que charlaban hasta por los codos, mezclando en la conversacion algo prohibido, que las ponia nerviosas y excitadas, hasta el punto de divertirse con los fantasmones que, parados á la puerta, las contemplaban con la boca abierta, mientras ellas les sacaban la lengua ó les hacian alguna *safaduria*, tan soez como truhanesca.

Asi, Maria Luisa, entre malicia y candor, tenia embelesada á la madre que, dia y noche, suspiraba al convercerse de que no lle-

gaba el trabajo para tenerla con la decencia y lujo que, como madre extraviada, se prometia para su hija. Suspiraba con desconsuelo al observar el humilde vestido de percal que llevaba encima, limplo sí, pero sin adornos ni volantes; se le caia el alma á los pies cuando se fijaba en los botines á la crimea gruesos y ordinarios, que la torcian el pié, y su mayor anhelo era poder reunir unos nacionales para comprarla guantes averiados, un velo y un par de botines de prunela.

Lograba, por fin, lo que tantos dias de privaciones la costaba; y, entónces, llena de pena echaba de ver que los guantes no sentaban bien con el vestido de percal, que los botines no hacian buen efecto con las medias ordinarias, y asi por el estilo, jamás tenia el orgullo de ver bien vestida á Maria Luisa, aunque sus otros hijos no tuvieran puestos más que sucios pingajos llenos de mugre, y anduviesen descalzos, taloneando por aquella pieza.

En estos afanes se encontraba la desviada

señora, cuando una vecina de cuarto, recien instalada, y por demás cariñosa, entraba para acompañarla casi todo el dia, condoliéndose de su precaria situacion.

*
* *

—Yo la admiro Doña Rosario!.. la admiro muy deveras porque, como usted, hay pocas, casi ninguna.

—¡Qué esperanza, señora!... Cuantas seremos las que nos vemos obligadas á pasar esta vida!—decia con ingénuo candor.

—Muy contadas, muy contadas,—replicaba la vecina, moviendo la cabeza en señal de duda.—¡Si en este pícaro mundo, señora, es preciso morirse ó ceder de una vez!... Y no es por una, es por las hijas, doña Rosario, por las hijas que son pedazos de nuestros cuerpos! Por eso, en el mundo, la miseria obliga en ciertas circunstancias...

—¡La que es buena, señora, lo es siempre, pobre ó rica, porque se contenta con lo que Dios le concede.

— No lo crea usted así, doña Rosario... porque eso no es verdad. Usted, que trabaja tanto, quitándose la vida cose que cose para ganar una miseria, que no le llega para cubrir sus necesidades—¿puede usted estar satisfecha, viendo que no puede educar á sus hijos con aquel mimo y aquel desahogo que, su cariño por ellos, le pide á todas horas?...

—¡Ah!... Lo que es eso, francamente... quisiera ser rica para poder tenerles como los mejores.

—¡Sin que me lo diga! Si yo la conozco doña Rosario!... si yo la conozco!... Digo, que cuando usted observa al pasar tantas y tantas mejor vestidas que Maria Luisa, se le cae á usted el alma á los piés, porque yo le conozco el cariño que usted la tiene!...Si salta á la vista!...

—No puedo remediarlo, misia Cantalicia, no puedo y me desespero al verme tan falta de recursos...

—¡Es claro! Pues nó? Variando de conversacion, porque estas cosas le dan á una rábia! —seguia diciendo la taimada vieja,—parece que Leopoldina está por casarse, la hija de doña Ambrosia. ¡Qué suerte, eh!... Una chicuela que no vale nada, y haber encontrado tan buena proporcion, eh!... ¡Ah, si Maria Luisa tuviera esa suerte!... Y, quién sabe! De ménos nos hizo Dios, doña Rosario!... porque su hijita es ya una verdadera señorita y más de cuatro han de beber los vientos por ella!... Ya lo creo!... porque de esto no falta! ¡Digo, que si la vislumbraran algunos que yo me sé!...

—No se fijarian en una niña tan pobre,—decia la madre halagada ante la perspectiva de considerar á su hija rica.

—¿Y por qué, nó? Acaso no vale ella más que Leopoldina? ¡Ya lo creo!...Es necesario, señora, que usted la arregle lo mejor que pueda, que salga por ahí... que la vean...

— ¡Pero señora, yo no puedo más!...Me admiro de ver á otras que van tan bien vesti-

das, y casi no trabajan!... No sé cómo se hacen esas cosas!...

—Eso es cuestion de saberlo entender...

—¿Cómo, de saberlo entender?—preguntaba con viva curiosidad la costurera.

—¡Claro!... Sabiendo vivir!... ¿Entiende? Todo se consigue en este mundo cuando las gentes se dan maña!...

—¡Ya!... ya!... Comprendo ahora ... A ese precio... jamás!—decia con dignidad, doña Rosario.

—¡Ya lo creo que usted no habia de permitir esa libertad á su hija!.. Y, hace usted perfectamente, porque, cuando una puede vivir, aunque sea con pobreza... Pero, yo, en parte... yo, que conozco tanto el mundo, señora... disculpo en parte á esas pobres familias, porque en último caso, una se muere de miseria y de pena y luego las chicas, ya sabemos que caen en poder de cualquier perdido que las hace desgraciadas.

— ¡ Dios nos libre, misia Cantalicia ! !—exclamaba doña Rosario, asustada ante la idea de tal fatalidad.

La vecina se retiraba, despues de infiltrar el veneno, dejando pensativa á la costurera, que en vano se devanaba las sesos buscando un medio decoroso para salir de su triste estado. Desde sus conversaciones diarias con la *cariñosa vecina*, pensaba en lo que ántes jamás habia cruzado por su imaginacion. Se quedaba pensativa; y, lanzando hondos suspiros, rechazaba la tentacion, tornando á la grosera costura que, cada dia, se le hacia más penosa.

Maria Luisa, mientras tanto, correteaba calles. En el registro, era la primera en iniciar las conversaciones escandalosas y eróticas. El señor que la perseguia, la acompañaba algunas cuadras; y, entre temores y deseos, pasaba la vida como un pájaro enjaulado, ansiando libertad y espacio, donde tender el vuelo de sus locas divagaciones.

Acostumbrada ya á pasar largos ratos en la habitacion de misia Cantalicia, allá iba poco á poco tragando el anzuelo y sintiendo cada dia mayor repugnancia por su casa y sus harapos, soñando con lujo y placeres decono-

cidos, que su naturaleza precoz solicitaba con imperio.

Un dia, en que la jóven Maria Luisa estaba más excitada que de costumbre, zumbándole en los oidos las palabras tentadoras del señor acompañante, que la ofrecia una casita y joyas, y todo cuanto su imaginacion habia soñado de más hermoso, la infame vieja la echó las cartas, que la anunciaban el amor loco de un viejo que queria hacerla feliz. Esto la hizo prorrumpir en estruendosas é histéricas carcajadas, revolviéndose en el suelo, como lo hace una gata en celo, al gozar de los rayos del sol.

Desde aquel dia, salia algunas veces acompañando á la vieja á la iglesia ó á visitar á una parienta enferma. Doña Rosario, habiendo perdido el instinto de madre, ó tolerando tal vez á impulsos de la prédica diaria, tenia gusto de que su hija fuera con la vieja, y, al parecer, descansaba tranquila, convenciéndose de que iba bien acompañada.

Esta clase de madres consentidas, tiemblan

ante la idea de ser ellas las intermediarias de la deshonra; pero, se abandonan criminalmente, no queriendo desvanecer las sombras que oscurecen sus dudas, aceptando una fatalidad que, más pronto ó más tarde, ha de venir à llenarlas de amargura.





# VIII

## En campaña

A LA VIEJA Catalina, la habian recomendado especialmente á Rosaura, hija de don Celedonio Carlingue. La muy infame preparó el ataque, encomendando á su

Secretaria, Cayetana, el iniciarlo inmediatamente.

Era una tarde del mes de agosto, mes traidor y temido de los enfermos crónicos y sobre todo de los viejos, que cuentan dia por dia y semana por semana los momentos que les quedan de vida, como hacen los desgraciados que están en capilla, temblando al ver acercarse la hora fatal.

En esa tarde, habia cambiado el tiempo. De suave temperatura y esplendoroso sol, vino de repente un viento sudoeste que arrastraba las basuras de las calles, arrinconándolas en los zaguanes y ángulos de las casas; las dejaba sosegadas por un momento, y, cuando los residuos de la limpieza se creian seguros y á cubierto de todo ataque, arremetia una racha más fuerte, formaba una pelota de papeles, trapos, hojas y demás desperdicios, jugueteaba con ellos como pudiera hacerlo un gato retozón, trayéndolos y llevándolos, hasta que los alzaba con impetu por el aire, desparramándolos con saña contra las

fachadas de las casas, hasta que venian á caer nuevamente al suelo, para arrastrarlos sin piedad y dejarlos convertidos en menudos fragmentos, que, en último término, querian introducirse por las rendijas y aberturas que encontraban francas, gruñendo de rábia al no poder penetrar por los resquicios apretados.

Los nubarrones se agolpaban en la atmósfera, y el sol dejó de lucir, asomando tímidamente parte de la frente entre tal ó cual abertura mal cerrada, que el viento se encargaba de tabicar en seguida, con una parda nube.

Iban á ser las cuatro y se notaba un frio tanto más sensible cuanto el dia habia sido primaveral. En el vestíbulo de un colegio graduado se sobaban las manos algunas sirvientes, esperando la hora de salida de las niñas. La mayor parte de las que esperaban, por el lucido delantal blanco con grandes caidas por detrás, indicaban pertenecer á casas acomodadas. Entre ellas, habia uno que otro galleguito mucamo, que debia acompañar á la niña, llevándole la costura y la cartera llena de libros.

Entre estas mucamas, departia muy amigablemente la Secretaria, con su pañuelo de espumilla, de lana color verde mar, encima de los hombros y su detantal blanco tambien. Cualquiera, al verla, la tomaria por una mucama que esperaba á la niña para acompañarla á casa.

Desde el vestíbulo, se oia el confuso y caracteristico rumor al formar las filas en las clases, rumor producido por la precipitacion con que se dejan las costuras, se toman los libros y se va en busca de la cartera, produciéndose la confusion consiguiente entre niñas que desean ser las primeras en descolgar sus bolsas y acercarse á la puerta de salida, para cuando suene la sacramental palabra: *¡Pueden retirarse!*

En este colegio, se educan niñas pertenecientes á familias distinguidas, como de la clase más humilde, lo mismo se vé el trage elegante y el sombrerito *high life*, que la modesta túnica y la tímida gasilla en la cabeza; y, de la misma manera, niñas de siete años que de quince.

En una de las clases, formaban un carrillo aparte con sus cuchicheos, guiñadas y picardias consiguientes, unas cuantas jovencitas de catorce años poco más ó ménos, entre las que se encontraba Rosaura, la hija de Carlingue, las que, coqueteando descaradamente y mirando con aire de superioridad á las otras niñas de menor edad, todo el dia se lo pasaban entre secretos y papelitos, inquietas y juguetonas, como debe ser la pasion primera.

—¡Si vieras, ché! si vieras!—exclamaba ponderativamente, una que parecia la más resuelta de todas.

—¡Chist!...—interrumpia otra, rosada como una frutilla.—No la digas nada,—decia aludiendo á Rosaura.—Si quiere que vaya y lo vea. ¡Qué más quisiera ella!... como que tiene vergüenza la niña!!...

—No es por vergüenza, sino que...

—Porque no quieres, por eso, claro,—insistia la primera.

—Es que la mucama Juliana no ha de querer llevarme... y luego... si lo cuenta en casa!..—exclamaba con terror.

—Ella no ha de contar nada. Alli...—prosiguió bajando la voz y acercando la boca al oido,—alli echan las cartas!.. Y si vieras... todo sale cierto. ¿No es verdad, Casimira?—preguntaba á otra compañera, como para vencer los escrúpulos de Rosaura.

— Todo, che!.. todo sale cierto!—afirmaba la aludida, dando un suspiro.

—Luego,—volvia á insistir la traviesa chica,—tiene unas muñecas, asi de altas!.. pero con trages de verdad... Y alli van...—y murmuró unas palabras en su oido, que hicieron colorear las megillas de la jóven.

—Nó, nó... ¡Si supiesen en casa que yo habia ido alli... ¡Qué vergüenza!..

—Mejor!.. Déjala. Ella se lo pierde. No le digan ni una palabra,—decia con sequedad la primera, despreciando á Rosaura y avivando más su curiosidad,

—No te enojes...—exclamaba ésta, al ver el despego con que iba á ser tratada.

—Luego, ya saben, eh!..—decia guiñando un ojo á las otras compañeras, que compren-

dieron al momento de lo que se trataba; y, empezaron, otra vez, los cuchicheos que causaban profunda pena á Rosaura, al considerarse eliminada.

Su semblante tomó un aire de tristeza y abatimiento; y, pausadamente, fué juntando los libros, mirando con envidia á sus compañeras, que loqueaban á más y mejor, como haciendo alarde de su descocamiento.

*
* *

En el vestíbulo del colegio, tambien tenia lugar una sabrosa conversacion que sostenia hábilmente la Secretaria con la mucama Juliana que se resistia á secundar sus propósitos.

—Sin ir más léjos, hace diez dias, me dijo que comprara el nùmero mil cuatro. Tomé un quinto, y me tocó la suerte,—decia, manifestando jubilo la Secretaria.—Me fuí al Banco y

allí los tengo. A ésta,—seguia diciendo, y señalando á otra que tenia á su derecha,—á ésta le cayó hace unos tres meses tambien.

—Yo no creo en esas cosas,—contestaba la mucama Juliana, sin dejarse convencer.

—No, eh?...Pues que te diga ésta si le salió bien cierto lo que la dijo!...No faltó ni esto,—y chocó contra los dientes la uña del pulgar.—Diga, que pocas veces quiera echar las cartas!... porque la tenemos que rogar mucho!...

—Si fuera algun domingo!...Entónces tal vez iria por curiosidad!...

—Los domingos por nada del mundo quiere, tiene que ser dia de trabajo...

—Entónces yo no puedo, porque la niña podria contar en casa dónde habiamos estado!...

—¡Qué habia de contar! — interrumpia desdeñosamente la Secretaria, viendo que ganaba terreno.—La niña, qué más querrá que estar jugando allí!... La vieja tiene muñecas grandísimas con las que pasará el tiempo!...

y luego con decir en casa de tus patrones que se quedó en penitencia hasta las cinco.... está todo arreglado.

—Y ¿si lo llegasen á saber?—preguntaba tímidamente la mucama Juliana, ántes de entregarse á las tentadoras proposiciones de Cayetana.

—¿Por quién diablos lo han de saber?.. Anímate y te llevo, asegurándote, que luego, me has de dar las gracias; pues, yo lo hago, porque tu eres simpática de veras, y tengo confianza en ti, porque si no fuera asi ¡qué esperanza!!...

—Dime, ¿podrá decirme doña Catalina si una persona quiere á otra con buen fin?

—¡Ya lo creo!—contestaba con aplomo,—ya lo creo!.. En esto no se engaña nunca. ¡Parece mentira, che!..que adivine asi!

—¿Y está muy lejos?..—volvia á preguntar la cándida mucama, decidida á consultar con la vieja.

—A dos cuadras, solamente... aqui al lado... en un momento podemos ir!..

—Hoy, no; pero mañana tal vez me resuelva, y le diremos á la niña que es la casa de una parienta mia. ¿Te parece?..

—Aqui llegaban en la conversacion, cuando apareció la avalancha de criaturas que prisa tenian por salir de aquella, al parecer, carcel, en que habian estado seis horas. Los gritos de alegria resonaban en el zaguán al bajar los primeros peldaños de la escalinata. Las cabriolas de contento y los saltos retozones de aquellas criaturas, recordaban las piruetas de los corderos al salir del estrecho corral y divisar la verde esplanada del campo, por donde habian de triscar todo el dia.





## IX

### Orgía

Estanislao Roque, habia corrido con todos los arreglos de la fiesta. Él anduvo de Erodes á Pilatos para conseguir *el genero indispensable*, sacado de la clientela de la vieja Catalina; y, quien dispuso la fiesta, que se habia de celebrar conmemorando el

primero del año con la solemnidad que acostumbraban algunos antiguos amigos del Club del Plata, entre ellos, don Celedonio Carlingue.

—¡Cuidadito, con que me faltés!—habia dicho Roque á Etelvina, por la mañana.

—No, señor, no he de faltar!... No tenga cuidado.

—Es que, para esta noche, estoy comprometido, y no puedo faltar!... Sobre todo, te advierto que ha de ir el viejo!...—decia aludiendo á Carlingue,—y quiere que tu estés allí. Ya verás, vamos á tener una fiesta espléndida!... ¡Gente gorda!...y nos van á entrar algunos pesitos!...

—¿Vá á ir Catalina?—preguntaba la jóven con naturalidad.

—En este negocio, no tiene ella por qué mezclarse; es cosa mia; y, te agradeceré, que me guardes el secreto, hijita!... porque, de seguro, que habia de resentirse... y más vale no tener altercados. ¿Comprendes?...

—Bueno, bueno. Por mi parte, le prometo que nada ha de saber.

—¿Y, cómo te va con el viejo?

—Phis!...asi...asi. No quiere ponerme casa porque teme comprometerse...y dice que somos mucha familia!...y yo no quiero ir sin mamá. ¿No le parece que he hecho bien?

—Claro!... date maña,—le decia Estaníslao Roque con todo zinismo.—Procura tenerle asi...Vamos...como dándole celos, haciéndote la enamorada...y de esta manera tal vez afloje, porque los viejos obedecen dócilmente si se consigue dominarles, y más aún, si se créen que han producido una pasion amorosa...Entónces vas á tener lo que te dé la gana.

—Ya veremos... ¿Y Maria Luisa va tambien?

—Por supuesto!...La acompañará hasta la puerta la vieja Cantalicia. Alli estareis con toda libertad. Calcula que la casa parece un palacio!.. Estaba desalquilada y yo la he tomado como para una familia que debe llegar del campo; pero es solo para esta noche. Si conviene, y alguno paga, nos quedaremos con ella.

—¡Con que no faltar... Ya sabes Chacabuco ántes de llegar al mercado!...

—Hasta la noche, don Roque.

Estanislao, habia llenado los huecos de la sala con sillones viejos y trastos alquilados. Arregló la mesa con cuatro tablas clavadas sobre pies de empapelador, ingeniándose para llenar vagilla y cristaleria prestadas.

Como la casa no tenia aparatos de gas, puso velas de estearina en las paredes y en la mesa, presentando la sala un especial golpe de vista. El cielo raso lleno de telas de araña y manchones de humedad, contrastaba con el pelado piso de tablas, lleno de mugre. Las paredes, sin un adorno que cubriera su fria desnudez y sus muchos agujeros, presentaban con profusion toscas repizas de madera, es decir dos pedacitos de tabla donde descansaban las velas que chorreaban estearina insesantemente; cuatro grandes sillones unos de gutapercha y otros de reps punzo, todos desgonzados y rotos ocupaban los ángulos, y como una docena de sillas de varios tama-

ños y configuraciones, diseminadas, unas sosteniendo rimeros de platos y copas, y otras pavos y cajas de conservas, que no cabian comódamente en la mesa.

Por el suelo cajones de vino y bótellas de champagne; y, lleno, por fin, el ambiente de un olor especial á pavilo y humedad, que se notaba desde que se entraba por el sucio zaguán.

*
* *

Ya eran pasadas las once de la noche y la casa alquilada, por Roque, esperaba á los invitados con una sorpresa. Habia reclutado tres mùsicos para una orquesta de guitarra, acordeón y violin, seguro de causar el efecto consiguiente, entre los parroquianos, que estaban dispuestos á pasar un trueno gordo aquella noche.

Estos tres musicantes, acostumbrados á

fiestas de esta índole, habian hecho su aparte de botellas surtidas, en prevision de ser olvidados en medio de la *farra*. Eran tres tipos, compadritos del Sud, que tocaban gatos y cielitos, polkas y cuadrillas con unos aires quebrados propios del peringundin y del baile criollo...

Por la calle de Chacabuco transitaba la gente alegre y bulliciosa, oyéndose indistintamente el rasgueo de las guitarras, los acordes monotonos del acordeón, los desentonados coros de los parranderos y ese bullicio característico de la última noche del año, que se va, y la primera del que viene.

Los tramways pasaban llenos de gente, los carruajes cruzaban en todas direcciones, y la ciudad se agitaba alegremente con los *chrismas* y las tortas, con los turrones y el champagne.

Los primeros comensales penetraron por el oscuro zaguán, como si acudieran á la sesión de alguna sociedad misteriosa, encontrando á Estanislao Roque convertido en

azafatero mayor y á los tres musicantes, que llenaban la sala con el humo del tabaco negro.

Entre libaciones de vino *Sauterne* y saboreando aceitunas sevillanas se dispusieron á esperar á sus compañeros, ya impacientados por la tardanza de las muchachas que formaban el deseo de la noche.

—¡Hermano!... ché, hermano,— aprieta, decia Suarez á Camelago, que acababa de entrar. ¡Esto está espléndido..! Vamos á pasar una noche deliciosa!... *Mirá*, hasta orquesta tenemos!... De todo hermano, de todo!... *Tomá* una copita para que se te quite el susto!

—¿Y, las chicas?—preguntaba Camelago, recorriendo con la vista la habitacion.—¿N o han venido, todavia?...

—Dentro de diez minutos estarán aquí, —escontestaba Roque, despues de consultar un tropeado reloj de plata.

—¡Salud caballeros!...

—Bravo! por don Celedonio!...bravo por el hermano mayor de la cofradia!!...

—¡Valiente partida de tresillo la que va-

mos à tener esta noche a!... ¿Y, dónde están las chicas?—preguntaba, mirando á todas partes, estrañándole que no estuvieran en la sala.

Puntuales fueron llegando los comensales hasta el nùmero de seis, entre los que se encontraba Manuel Taravilla y otros dos amigos de Club, toda gente alegre y rumbosa que se disponia á echar al aire la cana del primero de año, segun costumbre establecida.

La entrada de las jóvenes, provocó estruendosos aplausos y locas manifestaciones de alegria, cambiándose efusivos saludos y apretados abrazos.

Etelvina y Maria Luisa apuraban los pequeños sorbos que les presentaban en las copas de todos, y entre manotones y condescendencias, tuvieron que bailar una polka para dar tiempo á la la llegada de las otras compañeras, que no tardaron en entrar á la sala, todas gente de aguja, tan atrevidas como soeces, que se abandonaban en brazos de quien las tomaba.

Estanislao Roque estaba ufano con la fiesta. Habia ultrapasado las esperanzas que pudieron concebir los caballeros, y esto, le daba aires de importancia, como si fuese el principal personage ó héroe de la noche.

Los musicantes, mientras tantos, cambiaban guiñadas de inteligencia, y seguian con sus aires quebrados, mezclando las piezas con un desconcierto que sentaba admirablemente en aquella sala de la orgía y del escándalo.

La señal para sentarse á la mesa sonó, y despues del barullo necesario para tomar cada cual su pareja y su asiento, dió principio la cena en medio de las risotadas y alusiones, que solo tienen cabida en cuados tan escandalosos como aquel.

La fiesta se animaba; los músicos destrozaban alones y piernas de gallinas y pavos, mientras los anfitriones brindaban á la locura y al amor.

—Brindo, caballeros, porque Etelvina y María Luisa dejen de estar tan gomosas..... He dicho.

Las chicas protestaban y la algazara subia de punto.

Estanislao Roque, apuraba copa tras copas, y ya principiaba á ver docientas luces en la sala, trastabillando al dar rienda suelta á la locuacidad alcohólica que le habia acometido.

Serian como las tres de la mañana, y las luces se iban apagando por sí solas; la orquesta peringundinera hacía girar á las parejas en desenfrenada evolución, hasta que Etelvina resbaló, cayendo al suelo con su galán, y tras ellos, cayeron todos, armándose una gritería y la confusión consiguiente al ver que Estanislao Roque, apagando con una servilleta unas velas, dejó la sala á oscuras, en medio de los gritos de las jóvenes.

En lo más fuerte del escándalo se encontraban, cuando apareció un vigilante, atraído por los gritos.

De buenas á primeras Estanislao Roque, armado de una botella de champagne, arremetió contra él, dándole un feroz golpe en la frente.

A los ayes del pobre vigilante cegado por la sangre que corria en abundancia por la herida, acudió gente á la casa, siéndoles forzoso á los anfitriones, músicos y danzantes, el escambullirse por donde pudieron, dejando vacía la casa en un momento.

Cuando penetró la policía, solo encontró los restos del festin y de la orgía, en el más completo desbarajuste.





# X

## El oráculo

Cayetana, la traviesa Secretaria de Dª. Catalina, habia acudido á la puerta del colegio para llevarse á Rosaura y á la mucama, aquella tarde, como estaba conve-

nido. Se trataba, para ella, de un asunto de la mayor importancia, pues la adquisicion era valiosa, contando á más de la niña, con la sirviente Juliana, que hacia tambien falta para cumplir los deseos de un interesado. Aquel golpe era para acreditar á cualquiera, y, en aquel negocio, esperaba crecida recompensa de parte de la vieja, que ya veía un capital delante de sí.

Antes de que acudiera Juliana, tuvo la Secretaria una sabrosa conferencia con Estanislao Roque, empeñado en entenderse con ella y explotar á la jóven, como lo hacia Cleto.

—No se canse, D. Roque, porque es escusado!...

—Déjate de zonceras, y escucha lo que yo te digo. A mi demasiado me conoces!... Siempre te he tenido cariño y me dá rabia el ver como te trata.

—Le digo que no se canse,—volvia á decir la Secretaria, sonriéndose picarescamente al conocer las intenciones de Estanislao Roque.—Yo le quiero y basta, ea!....

—Escucha, Cayetana!....Es que si nosotros nos entendiéramos, podriamos hacer un bonito negocio.

—Si, señor; seria bonito el negocio!

—No es eso...Quiero decir que nosotros podríamos hacer el negocio de Dª. Catalina, y en poco tiempo encontrarnos ricos....

—Déjese de una vez, y cuide que yo no le diga á la vieja...—replicaba ella, en son de amenaza.

—Piénsalo bien, y más tarde me darás la contestacion,—decía Roque al retirarse para no aparentar que quedaba vencido y humillado.

La Secretaria le veia alejarse con curiosidad, mientras entre dientes, decia:

—¡Qué más quisiera, el muy perdido!

*
* *

La vieja Catalina estaba impaciente. Tan pronto se sentaba, como iba á echar sus vistazos por el ventanillo de la primera pieza, mirando al patio. Murmurando entre dientes, salia, iba á la cocina, tornaba á salir, por demás impaciente, hasta la puerta de calle. Sacaba la cabeza, miraba á uno y otro lado; y, viendo que sus deseos no se satisfacian, pegaba un portazo y se internaba en las piezas, malhumorada y rezongando á cada rato.

Se dejaba caer en una silla, mordiéndose los labios; y, al instante, se levantaba otra vez, nerviosa y contrariada, para arreglar alguna cosa, ó estirar la colcha de crochet, ó mover los cachivaches de la mesita, sin ton ni son.

La casucha estaba silenciosa, en aquella hora, como si nadie la habitase. El gato se escurria por el tapial, restregándose el lomo entre las asperezas de los ladrillos; y, el

perro ratonero, descansaba patrialmente encima de una falda negra que estaba tirada en la cama grande de la última pieza, haciendo compañia al grave personaje verde, que parecia triste y pensativo sin largar sus acostumbradas chocarrerias, y sin morder siquiera los barrotes de hoja de lata. El barrio se hallaba tambien solitario, no escuchándose más que el cascabeleo de los tramways, acentuando más el quietismo y el silencio.

La vieja estaba visiblemente mortificada. Esperaba á alguien y ese alguien no venia. De importancia debia ser la persona, cuando tan nerviosa la ponia su retraso. Por unas cuantas veces más, se asomó á la puerta de calle, retirándose desesperada, hasta dar con su cuerpo en un sillón de hamaca lleno de parches y ataduras, donde se resolvió á esperar, cambiando á cada rato la postura de sus piernas, mordiéndose las uñas y meneando la cabeza significativamente.

—¡Caramba con la muchacha!—excla-

maba, sin poderse contener y hablando consigo misma.—Ya debia estar aquí, hace media hora!...Tal vez cueste traerla,—pensaba disponiéndose á tener más paciencia.—¡Pero ella no debia gastar tantas contemplaciones,—seguia murmurando.—Debia traerla aunque fuera á la fuerza!... ¿Si será ella?—decia, levantándose del sillón, creyendo oir ruido en la vereda.—¡Nada, nada!—volvia á murmurar, al tiempo de sentarse violentamente con gran riesgo de la hamaca, que crugia estridentemente.

Por un rato permaneció apoyando la cabeza entre las manos, hasta que olfateando, como un perro de caza la presencia de la perdiz, exclamó restregándose las manos y dando un aire bonachón á su fisonomia:

—¡Gracias á Dios, que están ahi!...

Efectivamente, no tardaron en aparecer por la puertecilla, que conocemos, la Secretaria seguida de una jóven al parecer sirviente y de una niña como de catorce años, tersa como el terciopelo y hermosa como una hada fantástica.

La taimada vieja, reprimiendo los impulsos de su impaciencia, permaneció sentada en la segunda pieza, dejando á las recien venidas en la primera, para que no comprendieran sus intentos y notaran, por el contrario, su resistencia á echarles las cartas.

La Secretaria rebosando satisfaccion, por la empresa que estaba llevando á feliz término, se internó en busca de doña Catalina, mientras las recien llegadas sin atreverse á comunicar sus impresiones de miedo, permanecian enclavadas en las sillas, mirando y remirándolo todo con curiosidad y timidez, al mismo tiempo.

La niña se fijaba porfiadamente en la gran muñeca que estaba encima de la cama; y, de buena gana, la hubiese tomado, sino la detuvieran secretos recelos que ni comprendia ni sabia por qué la impresionaban tanto; pero teniendo la conciencia de estar cometiendo un delito con el solo hecho de presentarse en una casa semejante, y sabiendo que habia dado un paso muy avan-

zado con urdir una mentira y tener un cómplice en la mucama.

Esta, por su parte, temblaba tambien sin saber por qué. La vista de la cama, las dos polveras en el lavatorio, algunas orquillas que divisó y un cierto aspecto nada familiar, la hacian salir el rubor á las megillas. Adivinaba algo, pero ese algo rodeado de formas vagas y confusas que la impedian ver el objeto con claridad, como acontece en noche de espesa neblina; no podemos distinguir el precipicio que se nos presenta delante, no sabemos qué será, pero se adivina por intuicion que tenemos á nuestros piés el peligro. Así, la mucama temblaba de emocion sin saber por qué temblaba, y no porque en la habitacion viese fantasmas, calaveras, culebras y lagartos que eran los indispensables adminículos de las sibilas de reputacion; ni siquiera, distinguia la humeante caldera de los filtros; nada.

Las dos jóvenes, al encontrarse solas, un secreto peligro las hizo acercarse una contra

la otra, y así estrechamente unidas, las encontró la traviesa Secretaria al penetrar como quien acaba de librar una batalla.

—No queria por nada,—decia con misterio;—pero, por fin, despues de mucho rogarle y decirle quiénes eran ustedes, consiente, pero jurando que á nadie han de decir!... Entónces vendrá.

La niña, excitada su curiosidad y con resuelto ademán juró al punto. Lo mismo hizo la mucama Juliana, aunque ésta hubiera deseado salir disparando de aquel sitio.

Doña Catalina, se presentó, por fin, con aire medio digustado, dando á entender que se hacia violencia en echar las cartas. Así fué que, sentándose perezosamente en una silla próxima á las jóvenes, decía zalameramente;

—¡Pero, qué mona!... eh?... Si es hermosísima... Ya me habian hablado á mi, ponderandola,—decia tomándola una mano, que acariciaba entre las suyas asperas y de marcado color oscuro. Luego, agregaba:

—¿Con qué, la señorita Carlingue?... Monísima! Era verdad. Si es un pimpollo!—y, mientras tal dacia, daba á su rostro el aspecto más atrayente y simpático que podia presentar.—¡Solo por ser esta preciosura,—agregaba,—consentiré en jugarle las cartas, porque de seguro hemos de encontrar mucha suerte.

—¡Ya se va haciendo tarde!—exclamaba la mucama, impaciente porque terminara aquella escena.

—Bueno, bueno... Vamos á ver. En un decir Jesus, lo sabremos todo. ¡Pero ya saben,—agregaba solemnemente,—ya saben que es preciso guardar secreto!... eh?...

La Secretaria tomó de la mano á la mucama tratando de llevarla á la otra pieza, y viendo que se resistia la cogió por la cintura haciéndola cosquillas, mientras la decia al oido:

—Necesitan estar solas!...Luego te tocará el turno. Ahora, ven conmigo.

Las dos salieron dejando á la infame

vieja Catalina arreglar una gran baraja llena de figurones, que empezó á ir extendiendo encima de la cama. Arrimó dos sillas á ella; y, despues de dar un par de cariñosos besos á la niña y palparla audazmente, empezó la operacion en medio del más sepulcral silencio.

*
* *

La mucama Juliana, quedó sorprendida al encontrarse en la tercera pieza con una persona estraña. Quiso huir, pero fué alcanzada por un brazo... Alli empezó una lucha sorda y tenáz, que la vil Secretaria escuchaba desde el patio, aplicando el oido á la cerradura y como gozándose de lo bien que habia conducido al asunto, sin lamentar escandolo.

Al poco rato, al oir tocar en los vidrios con los mudillos de la mano, entró ésta

quedándose parada, como sorprendida ante la presencia de un jóven.

—¿Estaba usted aqui?—preguntaba con asombro.—¡Ah! picarilla, picarilla!—decia, dirigiéndose á Juliana.

Esta gimoteaba ocultando la cara entre las manos y mostrando en su peinado las señales de la lucha.

—¡Pero hija, yo no sabia que habia gente aqui!—seguia diciendo, mientras hacia una guiñada indicando al jóven que se largara—¡Gracias que éste,—aludiendo al que acababa de salir,—es un caballero rico y...

—¡Me la has de pagar!—decia la mucama ciega de cólera.

—No seas zonza!... ¡Si yo no sabia nada!... Te juro por mi salvacion que aqui no habia gente. Se ha debido entrar cuando estuvimos en la otra pieza. Vaya, vaya!—decia, al aproximarse á ella gomosamente y con toda familiaridad, pasandole la mano por el cabello.

Juliana se levantó, y, arreglándose lo mejor

que pudo, ayudada por la Secretaria, salió de aquella habitacion, para marchase cuanto ántes á su casa.





# XI

## Rosaura

La hija de los Carlingue, Rosaura, era el encanto de la casa y el orgullo de sus padres. Tenia, á la sazon, catorce años. Nerviosa de constitucion, fogosa por

temperamento y resuelta por carácter, se habia criado entre mimos y condescendencias, entre caprichos y deseos, que imprimieron en ella, ese sello de imperativa autoridad, que, por lo general, tiene toda niña nerviosa y regalona.

Curiosa, en demasia, sufria horriblemente cuando no podia darse la razón cabal de un enigma. Al no adivinar, instantaneamente, lo oculto, al no saberlo todo y al no estar enterada de cuanto pasaba á su al rededor, aunque fuesen las cosas más triviales y baladies, se ponia inquieta y como desazonada. Nada podia mortificarla más que los secretitos y cuchicheos de sus compañeras, ó las retiscencias ó medias palabras de las señoras al hablar, delante de ella, de asuntos expeciales, de los que ni debe ni puede enterarse una jovencita. Sin poder contenerse, esperimentaba estremecimientos, hasta quedar calmada su tenáz curiosidad.

De carácter festivo y alegre, caia muchas veces en el estado opuesto, permaneciendo

largos ratos, suspensa y ensimismada sin causa aparente para ello, lo que sus padres atribuian á caprichos de niña regalona y voluntariosa, sin sospechar que la conciencia de aquella niña encerraba arcanos, que asustan si alguien pudiese descubrirlos.

Era más bien alta que baja. Su semblante fino y delicado, se ponia, á la menor emocion, rojo como la escarlata. Sus ojos eran expresivos y saltones; su boca de labios finos y su nariz correcta y afilada. Asi, era Rosaura Carligne, cuyo busto iba tomando la plasticidad de la pubertad, al redondearse sus formas y al dibujarse sus contornos con gracia provocativa.

Su traje corto aùn, dejaba apreciar algo de sus correctas formas, pues la pierna estaba modelada escultóricamente y su aristocrático pié, que calzaba un fino zapato, nada tenia que envidiar al de una andaluza. Vestia siempre con esa sencilla elegancia de las familias acomodadas que, áun para los trajes más insignificantes y sencillos, ocupan á las mejores modistas.

Con su elegante sombrerito, en el verano, y con su gorro ruso, en el invierno, salia á la calle entre pieles ó tules, mirando provocativamente, sin sentir ese natural encogimiento que aparece al despuntar la pubertad, y tener que mostrar lo que ántes no se tenia. Ella cruzaba las calles con desembarazo, sin importarle que la mirasen ó nó, y fijándose especialmente en todos los escaparates donde nada quedaba por fiscalizar.

En un colegio graduado que, cerca de su casa habia, estaba recibiendo la educacion, hacia dos años. Alli, entre la mezcla hetorogenea de gustos y aficiones, de deseos y caprichos infantiles, oyendo estrañas frases que, en vano trataba, al principio, de descifrar; allí, con el contacto de niñas mayores y con el ejemplo de chicas atrevidas y soeces, empezó á experimentar desconocidos deseos, que la tenian meditabunda, parte del dia.

Ella sentia, dentro de su organizacion, un algo que la avivaba, un algo que la dejaba entreveer secretos misterios, á los que

su curiosidad congénita la arrastraba; esperaba algo, en fin, que no podia definir y que ansiaba dar forma real.

En tal estado se mostraba distraida y displicente, más caprichosa y sujeta á bruscos cambios, que la perspicacia de la madre atribuia al desarrollo natural de la linda jovencita.

Desde las primeras confidencias en el colegio, se sentia recelosa. No podia estar sola. Por la noche, soñaba con espectros que querian destrozarla; se revolvia en el lecho; sudaba copiosamente, y, en medio de extraña congoja, se quedaba dormida, para, al levantarse, presentar en su rostro las señales acusadoras del insomnio y de la preocupacion: un círculo morado orlaba sus párpados, sus megillas palidecian como mústia flor á la cual le falta el rocio de la mañana; y, un cierto aire de simpática languidez, la ponia más provocativa.

Sostuvo una lucha heróica, con sus deberes, ántes de acudir á la casa de la infame

vieja Catalina; lucha que sostenia pujante su curiosidad y su afán por lo desconocido, y un cierto secreto impulso de audacia que la dominaba.

Su primera visita, la dejó estupefacta. Aquellas revelaciones criminales de la arpía, sonaron en su pecho cruelmente, haciendo encender de repente la llama de lo desconocido, que la mostraba una realidad vaga y confusa, que halagaba sus sentidos, con pasion. Ella, sentia latir aceleradamente su corazon, y entre dudas y temores, esperanzas y deseos, tal vez deseaba la realizacion de aquellos torpes vaticinios tan criminales, como incendiarios, para el tierno corazon de una niña inocente, que empezó á latir al llamado de golpe tan rudo, como aviesamente asestado.

Desde aquella revelacion, tomaron forma real sus afectos. De lleno entró en una fase de fingimiento, necesario para seguir adelante, y, sin que nadie pudiera sospechar, sus sueños fantásticos.

La segunda visita á easa de la vieja Catalina, la hizo descubrir el terrible secreto. La sirviente Juliana, despidiendo fuego por las mejillas y en desórden su peinado, salió de una habitacion seguida un jóven, con aire familiar y satisfecho. A la vista de la niña, la mucama quedó perpleja, tratando de esplicar sencillamente el caso; pero, Rosaura, entró á lá pieza, y pudo entónces observar allí las inequivocas señales de lo que habia pasado.

No se dió por entendida, y, asi fueron repitiendo las visitas, hasta que un viejo se atrevió á besarla.... Desde, entónces, entre bromas y libertades, rechazos y concesiones se descorrió el velo que deseaba quitar su curiosidad, desapareciendo el púdico cendal de los catorce años, para que el oráculo no mintiera.

* * *

Desde aquel dia, niña y sirviente, no se percataban, iniciando un período de desórden y locura, que fácilmente ocultaban á la familia con el pretesto de las penitencias, unos dias; visitas, otros; llamadas de amigas, las más veces, y siempre guardando las convenientes reservas que exigian las circunstancias porque pasaban.

Al incentivo de sus años y de su hermosura, acudieron presurosos varias caballeros y jóvenes, que no vacilaban en comprar á peso de oro las primicias de aquella flor temprana, exuberante de aroma y lozania; siendo aquella adquisicion un inagotable manantial de dinero para la perversa vieja, que sabia explotar el filón.

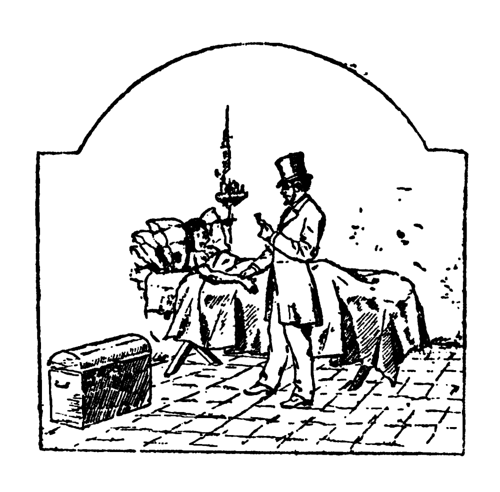
Rosaura, educando el disimulo y el fingimiento, aparecia delante de sus padres como una niña angelical, llena de candor y de inocencia. ¡Bien agenos estaban ellos de pensar que aquellas caricias que, tan frecuentemente les prodigaba, eran las mismas

con que expresaba el fuego de su pasion, á viejos libertinos y jóvenes calaveras, que aspiraban con lasciva fruicion el goce de sus encantos!

No sospechaba su cariñosa mamá al verla dormida, que, en vez de soñar con séres misteriosos, vagos é incoloros como los comprende la inocencia, estaba soñando con eróticas escenas de desenfreno y de lujuria y que aquella sonrisa que dibujaban sus lábios, no era hija del candor, sino del goce sensual libado entre la desgradacion y la orgia.

Por esto, cuando Rosaura iba á la casa de Gonzalez, se encontraba fuera de su centro. Aquella seriedad estudiada y aquel encogimiento, le parecian á ella recursos para ocultar estados parecidos al suyo; y, hasta las caricias nobles y puras que siempre la prodigaba D. Ernesto, le parecian á ella que indicaban fuego y pasion. ¡A tal estado habia llegado la extraviada niña!





# XII

## **Miseria**

CERCA de un año habia trascurrido. Durante él, nuestros personages siguieron el curso natural de sus inclinaciones, disfrutando de la vida, unos; maldiciendo de

ella, otros; y, todos, impulsados por sus pasiones ó temperamentos.

Mientras, D. Celedonio Carlingue, se entregaba á su pasion erótica, D. Ernesto Gonzalez, seguia con paciencia y constancia su plán de destruccion y no cejaba hasta que los autores de su deshonra quedaran aniquilados.

Maria Luisa y Etelvina, vagaban sin rumbo fijo, convertidas en objetos de placer, siendo de todos disputadas, y haciendo las delicias de la juventud alegre, que saboreaba sus encantos, cada vez menos apreciados.

Alfredo, seguia en sus amorosas relaciones con Beatriz, formando proyectos para lo futuro y haciendo viajes frecuentes á la ciudad.

La vieja Catalina, continuaba con el manejo de su casa, bien surtida con las jóvenes, y atesorando un capital que escondia como un avaro; Misia Cantalicia, en sus traidores manejos; Doña Rosario, absorta al considerar que consentia las faltas de la hija, de las que vivian ella y sus hijos; y, por último

Enriqueta, que no pudo hacer menos de aceptar la nueva vida de su hija Etelvina, se encontró en la miseria, desde el momento en que le faltó la salud.

Estanislao Roque, andaba á salto de mata, escondiéndose para no caer en manos de la autoridad.

*
* *

Subiendo por la calle de Córdoba, en el recodo que forma la desviacion, poco despues de pasar el Hospital de Clìnicas, y, ántes de subir la cuesta del despoblado, se ve, á mano derecha, un miserable rancho de barro, con techo de paja y algunos pedazos de zinc acanalado, que sirven para tapar los destrozos que han causado los ratones y el tiempo.

Este rancho, que representa el ùltimo estertor de la época pasada, tiene una mala

puerta, con un ventanillo que tapa un sucio vidrio; cerca un pozo de balde con el brocal de ladrillo, á retazos desmoronado; y un reducido cercado de tunas y cañas secas, por donde haraganea un flaco perro, que es el terror de las cocinas cercanas.

Estos ranchos, extrañas viviendas, formaron en su tiempo la morada del criollo *pure sang*, y que á medida de irse ensanchando la poblacion, plantando palacios y elegantes construcciones, ellos tambien cediendo el puesto, se arrastraban hácia los suburbios, escondiéndose en los huecos y rincones, como avergonzados de su pobreza y extraña vestimenta. Unos morian flacos y extenuados, sin oponer la menor resistencia, agobiados bajo el peso de los años y sin exhalar queja alguna, como comprendiendo la ley inevitable de las sustituciones.

Pero, en cambio, otros ranchos acostumbrados á la salvaje independencia que les presta su aire y su cielo, sus costumbres y

su historia, fenecian, es cierto, pero heróicamente, desafiando con ánimo esforzado los traidores que querian asesinarlos á mansalva.

Ellos, veian con ánimo sereno y sin desmayar, las grandes pilas de cortado ladrillo, los montones de cal y arena, con que los cercaban. Ni siquiera se estremecian. Al penetrar en sus cercados las palas haciendo profundos surcos para implantar los cimientos de la intrusa construccion moderna, permanecian de pié y erguidos como Espartanos, viendo entrar por sus bajas puertas á extraños personajes, cuya lengua no entendian, y cuyos usos y prácticas les llamaban extraordinariamente su atencion.

No se avenian con aquella mezcolanza y clamaban al cielo llenos de coraje, protestando de tamaño atropello y despojo.

Echaban de menos el aroma delicado del clásico *mate*, no oian el bullir constante de la *pava*, no percibían los melancólicos écos de la guitarra, ni escuchaban la plañidera

voz del hijo de la pampa al cantar sus penas y sus alegrias. En cambio, sus paredes eran profanadas con el polvo de la cal, no entendian el napolitano, y por eso no los increpaba, porque les mortificaban sobremanera la extraña entonacion de aquellos hombres.

No veian más que galleta dura, mendrugos de pan y queso nauseabundo, sin tener siquiera el consuelo de oler una mazamorra, ni vislumbrar un pedazo de *charqui*. Aquellos hombres entraban á cada rato, apurando el agua del balde. Más tarde, se sentaban en rueda para engullir la galleta y el queso; luego, se tendian cuan largos eran, y sus exóticos ronquidos, los hacian estremecer de rabia y de coraje.

Luego, salian aquellos hombres otra vez á cercarlos con más ladrillo y más cal, practicando un hondo foso como para que el pobre rancho no pudiera escaparse, y, por último, cada ocho dias lo profanaban escandalosamente llenándolo de extraño olor de *polenta* y sopa de fideos, sirviendo sus paredes

exteriores para recibir el choque de sus escreciones fuertemente amoniacales, y ante esta afrenta, ante este ultraje el rancho lloraba de rábia, gemia y pedia á gritos la muerte ántes que presenciar tamaño insulto, y á fuerza de lágrimas y ruegos, sin duda el cielo se apiadó de él; pero castigando cruelmente su soberbia.

Se principió á usar un procedimiento inquisitorial, que debia pertenecer solamente al dominio de la historia. Intenraron decapitarlo al verlo tan altivo, y al poner sus sacrílegas manos sobre su augusta cabeza, no tardaron en saltar á defenderlo las nidadas de ratones, indignados ánte tan brusca como criminal acometida, lo que hizo suspender la ejecucion é inventar el antiguo tormento de los Domínicos: el fuego. Se ensañaron primero, arrancándole la puerta y una ventana, le sacaron dos vigas, y cuando ya estaba, si entrega ó nó su alma al creador, le prendieron fuego como si se hubiera tratado de algun hereje, cuyas llamas

sirvieron de calor á aquellos extraños personajes todos sucios y mal hablados, que manifestaban su gozo al ver destruirse una sagrada reliquia de pasados tiempos, que intentaba oponerse al progreso del siglo.

* * *

En el rancho de la calle de Córdoba habia tomado Estanislao Roque algunos mates, y, sobre el cofrecillo, se habia sentado doña Catalina en sus continuas visitas, hasta conseguir de Etelvina lo que queria: tenerla lista á toda hora con el consentimiento tácito de la madre, que ahora estaba enclavada en la sucia cama y falta de socorro humano.

Enriqueta, fué recorriendo el via-crucis de su carrera aventurera. Mimada en su juventud por sus formas y alegre carácter, descendió al encontrarse con los retoños, fruto de sus correrias, sin poder adivinar

exactamente la paternidad de ellas. Vagó por algun tiempo ántes que se acabáran sus atractivos, unas veces en poder de un pobre empleado, otras en manos de un gastado viejo ó jóven imberbe, viendo llegar poco á poco el tiempo que se llevaba á girones los restos de su frescura y de sus encantos.

Difíciles para ella los medios de vida, corrió desde el cuarto decentemente amueblado hasta la casa de inquilinato, con su catre y su baùl, dando tumbos y tropezones, encumbrándose momentáneamente á la casita de un cualquiera, de la que pronto salia para caer en un miserable cuartucho sin sol y sin luz; para venir, por ùltimo, á parar al rancho de la calle de Córdoba, donde en un tiempo correteaban dos crecidos muchachos llenos de mugre, descalzos y en camisita casi siempre, que jugaban á los albañiles con los guijarros y medios ladrillos que sacaban del brocal del pozo. Con el agua del balde, llenaban una represa y cuando todo estaba dispuesto para recibir el contenido del pe-

queño canal, abrian la compuerta, que era un medio ladrillo, y el agua describiendo unas curvas llegaba al pozito de la mezcla, donde revolvian la tierra pegajosa como si estuvieran haciendo la masa para el reboque. Allí se llenaban las manos de barro y revocaban con aquel pringue un tapial de cañas que más tarde el perro destruia, por lo general, al tenderse para tomar el sol.

Hacia dos meses que Enriqueta no podia levantarse de la cama. Las ropas que la cubrian estaban casi en estado de putrefaccion, porque los sudores habian sido profusos al principio de la enfermedad. El desastrado colchon dejaba caer los pelotones de lana y solo dos cueros de oveja resistian al destrozo, y eran los ùnicos guiñapos que la proporcionaban abrigo á la enferma.

En aquel catre, exhalaba tristes y lastimeros quejidos la desgraciada enferma, víctima de una dolencia que la habia produducido su vida extraviada. El cáncer la habia

hecho su presa, produciéndola agudísimos dolores que poco à poco, iban acabando con aquella gastada organizacion; flaca y estenuada por los continuos padecimientos, veia acercarse la hora fatal, temblando por su hija Etelvira á quien solo veia por la noche al traerla algo de alimento. De sus hijos, en poder del ministerio de menores, apenas se acordaba; al separarles de ella tan cruel como inhumanamente, la destrozaron su cariño, haciendo cuenta que les habia perdido.

Algunas vecinas solian ir, de vez en cuando, á visitar á la enferma; pero, como escaseaba el mate y sobraban las emanaciones pútridas en el miserable rancho, éstas eran cada dia más escasas, y la pobre enferma permanecia casi todo el dia en muda y triste contemplacion, hasta que llegaba el jueves, dia en que la visitaba el médico de la sociedad filantrópica.

Este entraba acelerado, escuchaba de pié las quejas de la enferma, la tomaba al pulso,

la hacia sacar la lengua, la preguntaba si cedian los dolores, si habia orinado y despues de interrumpir varias veces el relato de la paciente, sacaba una geringuita y la hacia una inyeccion hipodérmica, que la proporcionaba un bienestar de tres ó cuatro horas, y, con la misma precipitacion, volvia á salir creyendo haber llenado su mision.

¡Desgraciados enfermos que esperais el auxilio médico en vuestros tugurios!... Ni siquiera os podreis quejar!... Ni siquiera podreis confiar al médico vuestras penas!... Este no tiene tiempo de escucharos y las más veces... hasta se inquieta si alguien ve su carruaje á la puerta de vuestras viviendas!... ¡Ya son muy contados los que tienen el orgullo de ser médicos de pobres!...

¡Pobres enfermos vergonzantes ó aprensivos que preferis el humilde techo de vuestra piecita á la espaciosa sala del hospital!... ¡Hasta vosotros no llegará ya el auxilio de la medicina, ántes tan pródiga y tan solícita ¡hoy tan mezquina y tan avara!...

Se sabe que exísten médicos seccionales, y que las sociedades caritativas les tienen tambien para aliviar la desgracia alli donde se encuentre; pero tambien se sabe, que ese auxilio, cuando se lleva, es él incompleto, no reviste el elevado carácter que las benéficas instituciones han pensado en concederle.

¡Pobres enfermos vergonzantes!.. Pobres los que teneis horror al hospital y esperais los auxilios en vuestros hogares!...

*
* *

Enriqueta, se sentia desfallecer. Los dolores las trastornaban. Hacia más de treinta horas que Etelvina no habia aparecido por alli. La pobre enferma, abrasada por la fiebre, desfallecia de necesidad; en lo más amargo de su afliccion se encontraba la desdichada, cuando oyó detenerse un carruaje cerca del rancho.

De la misma manera que los pajarillos avandonados en su nido se revuelven con jùbilo y elevan el pico con avidez al sentir el aleteo de la madre, que viene para arrullarlos trayéndoles el sustento diario, asi la enferma al oir el ruido de la portezuela, se reanimó y cobró la esperanza con la llegada del médico, que para ella era el momento sublime en medio de su miseria y aflictivo estado.

—¡Gracias señor doctor...—balbuceaba, conmovida al verle entrar.

—¿Cómo va?—preguntaba el médico acercándose á la cama.

—¡Muy mal, señor! muy mal!.. Estoy...

—¿Hay muchos dolores?...

—¡Muchos señor doctor!...atroces!... No me dejan un momento de descanso, no puedo sosegar ni un minuto!... Yo me acabo, señor!... Yo...

—Bueno! bueno! Ahora se va á calmar con la inyeccion,—decia el doctor, sacando el estuche de la geringuita.

—¡Mire, señor; desde hace tres dias se me ha puesto un dolor en el vacio que no me deja....

—A ver la lengua...

—¡Este dolor no me deja sosegar, señor doctor!....

—A ver la lengua... Ahora lo calmaremos! ¿Tiene todavia de la bebida?—preguntaba, echando un vistazo á la rinconera donde estaban colocados los frascos.

—Mire señor... la sed es insaciable! Ya ve Vd., tengo el jarro vacio!... Lo que tomo lo devuelvo en seguida!... Digame, señor doctor, digame por caridad... voy á mejorarme?

—Ya le he dicho, que lo mejor seria que usted fuera al hospital!.... Alli tendria usted de todo, no careceria de asistencia, estaria usted...

—¿Al hospital?.. No señor... Me moriria al entrar en él?... ¡Ya se va, señor doctor!.. ¿Cuándo va á venir?—preguntaba con ánsia la pobre enferma.

—El Jueves.

—¿Sigo tomando la bebida? Y en el vacio qué me pongo?...

—Póngase el aceite...—contestaba desde la puerta sin volver la cabeza y saliendo precipitadamente.

Enriqueta, quedó aliviada de sus dolores. Triste al contemplar su abandono, exhaló unos cuantos suspiros y empezó á sentir los efectos de la morfina, cayendo en un sopor grato que mucho se parecia al sueño repa-rador.

Al salir del letargo y al abrir los ojos, vió sentada sobre el baùl á Etelvina, sùmida en profunda cavilacion.

—¡Mala hija!...—la recriminaba la enferma, con voz desfallecida—.¿Tienes valor para presentarte despues de dos noches?...

—Bueno, bueno!... Ya estamos de sermón!—contestaba la jóven, con gesto adusto y agrias maneras.

—Ninguna hija haria ésto!... Verme morir aquí, en este desamparo, alejada de

Dios y de los hombres... y tener una hija que la abandone tambien... Jesús... Dios... —sollozaba la enferma quejumbrósamente.

—¡Como no es tan agradable que digamos el venir aquí!... Siempre el reto por delante, tratándome de mala hija, de perdida de no sé qué más... Para esto más vale no aportar, y en paz,—decia la perdida jóven, con marcado disgusto.—¡Siempre quejándose... y siempre que la abandonan; y, si está así, es por capricho, porque usted quiere, pues ya hacia tiempo que debia estar en el hospital.

—¡Calla, calla! Infame.... perdida!....

—¡Siga, siga... que ya estoy acostumbrada. A usted en diciéndole una verdad sale con lo mismo de siempre!....

—¡Calla!...—decia la enferma coléricamente, al observar el despego de la hija.

—Sí, más vale callarse... Aquí tiene esto, —decia, dejando encima de la cama unos billetes sucios, por valor de un nacional.—Y le advierto que voy á dar parte á la comisaria para que la lleven al hospital.

—¡Infame!...

—Si, señora; lo que usted quiera; pero yo no puedo consentir que usted se pudra aquí, cuando en el hospital puede curarse y en él no carecer de nada.

La enferma, increpaba duramente á la jóven; y, ésta sin hacer caso de amenazas ni insultos, salió del rancho dejando á la madre en la más cruel desesperacion.





# XIII

## Estocada á fondo

MANUEL TARABILLA, era un jóven del *high-life* de Buenos Aires, hijo único y de famialia acomodada. No tenia más ocupacion que levantarse á las once. Des-

pues de haber tomado té, almorzar, salir en la americana y dar vueltas hasta las cuatro; bajarse en la calle Florida y pasarse allí hasta las seis; comer en la *Rotisserie* ó en el café de Paris, y no faltar á las ocho á la confiteria de la Aguila, ó frente al bazar de Burgos ó en la cigarrerria de Chacón. Allí, ver el desfile de la sociedad porteña, ó cuando nó parado en la puerta del Club del Progreso, ántes de ir á Colon, *para caer al Club*, silbando algun aire de la partitura, donde permanecia, sino tenia compromiso *bailable*, hasta las dos ó las tres de la mañana jugando y comiendo, como mandan nuestras santas madres la moda, la rutina y la majaderia.

Atolondrado y distraido hasta en el juego, solo ponia cuidado en arreglarse bien, y cansar á Fabre con sus trajes, á Manigot con sus guantes y sombreros, y á Bernasconi con su calzado.

En todo recibo, baile, casamiento, paseo, carrera ó diversion pública, se le encontraba

en primera fila. Era como el indispensable adorno del público porteño; y, se puede asegurar quesu ausencia, hubiera producido un claro difícil de llenar y en el que todos habrian reparado en el acto.

Buenos Aires, se quedaba sin él por dos meses, durante los cuales hacia la misma vida en Montevideo, encontrándose invariablemente en los Pocitos ó en la Playa de Ramirez, siguiendo á la sociedad porteña, de la que formaba parte indisgregable y apegado á ella como lo hace el musgo con la roca, la hiedra con el árbol que aprisiona, en ella vive, y en ella ha de morir indefectiblemente.

Mariposa de los jardines del Plata, libaba en los pétalos de todas las flores de sus parterres sin detenerse en ninguna, y vagando de aqui para allí sin rumbo fijo, andando en todos los círculos, libre como el cóndor de los Andes y suelto como la gama de la pampa, sin caer en vallas ni cercados.

Conocido de todo el mundo por su constante exhibicion, tenia numerosas relaciones

superficiales las más. Una de éstas, era la de Alfredo Carlingüe que, á su llegada de la estancia, le ponia al corriente de los asuntos escandalosos y al cabo de la oscilación de la plaza conquistable. Con él trataban asuntos de modistas y costureras, viudas y gente fácil, y con él tambien corrian juntos algunas aventuras, ayudados por la vieja Catalina que les mimaba y tenia en grande estima.

*
* *

Habian trascurrado dos meses, sin que Alfredo hubiera venido á Buenos Aires. Juntos se encontraban Tarabilla y Alfredo una noche parados en la puerta del Club del Progreso, donde habian comido, viendo pasar á las niñas conocidas que desplegaban todo el arsenal de sus encantos, con algo de abultamiento.

La luna iba ascendiendo paso á paso,

derramando magestuosamente poética claridad por la calle Victoria. En la tienda del Progreso, entraban y salian grupos de bellas jóvenes y mamás en busca del tul, del encanje ó simplemente por mera curiosidad. Los landós cruzaban por la calle de Perú, los caballeros y los elegantes jovencitos cubriendo los marcos de las puertas, y obstrayendo las veredas y entrada de los bazares, fiscalizaban con insolencia el tránsito del belle sexo, que se escurria por Florida hasta Perú, ó seguian por Victoria. Frente á la libreria de Escary, se agolpaban los curiosos viendo unas ilustraeiones y cromos, obligando á los paseantes á bajarse á la calle para poder cruzar. Entre las muchas familias que tenian este tropiezo por delante, una de ellas era la de D. Ernesto Gonzalez Lopez. Al aparecer las de Gonzalez, severas y cabizbajas, como siempre, Manuel llamó con el codo la atencion de Alfredo, que estaba observando una familia que se hallaba parada frente á la Plateria de la esquina.

La familia de D. Ernesto pasó mientras los jóvenes, somprero en mano, las saludaban respetuosamente.

—¿Has conocido tú, en tu vida, tipos tan raros como esos?—exclamó Manuel, sin poderse contener.—¿Desde que las vi, por primera vez, las clasifiqué de tipos raros y nunca conocidos en Buenos Aires!......

—Son asi..—contestaba Alfredo, con indiferencia y disgusto al oir tratar mal á la familia de Gonzalez.

—¡Qué han de ser asi!...Son hipocritas y *retobadas*, con sus muchos ribetes de orgullo....

—No creas, Manuel!. No tienen orgullo....Es debido ese aire á su carácter retraido.

—¡Cómo no hombre!...Comprendes tù unas señoritas que estén siempre con cara de Viérnes Santo, mirando al suelo como novicias trapenses y haciendo el papelón de siempre?...Es orgullo y nada más que orgullo. Y bien poco se las conoce, que deben

tener siempre presente el aparecer humildes y no darse tanto tono, porque...segun malas lenguas...no es oro todo lo que reluce...

—¡Cómo, Manuel...!—exclamó Alfredo estupefacto, que habia escuchado atónito la charla mordaz del compañero.

—Nada, sino que allá, en su provincia, demasiado conocidos son...—seguia diciendo el atolondrado jóven, sin observar el efecto que iban produciendo sus incisivas frases.—¡Por eso se vinieron aquí, creyendo sin duda, que nadie habria de saber sus...

—¡Mira lo que dices Manuel!—interrumpia Alfredo, sin poder contener la indignacion que tales conceptos le producian.—¡Mide tus palabras, Manuel!...

—Vaya!...Déjate de *pavadas!*...—seguia imperturbable, el atolondrado jóven.—Hace algunos años,—proseguia, bajando la voz y acercando la boca al oido de Alfredo,—dieron mucho que hablar, segun se dijo muy ocultamente por aquí!....

—Eso es una infamia!...Es una infame calumnia!....—decia fuera de si Carlingue, dispuesto á lanzarse sobre el soez difamador y hacerle retractarse, en el acto, de sus retiscencias y frases injuriosas.

—Cuando el rio suena...agua lleva, Alfredo...Se dijo algo de esto...un gran escándalo que metió mucho ruido y trascendió algo hasta nosotros, si bien ocultamente y sin muchos detalles....Pregunta á la vieja Catalina que sabe la historia . . . y verás quiénes son las graves y beatas niñas de Gonzalez!. . . ¿Pero, chico, qué es eso?—preguntaba Manuel, al fijarse en la palidez de Alfredo.—¿Estas indispuesto? . . . .

—No, no es nada . . . —contestaba balbuceando Carlingue.—¿Con qué, tienen historia? Con qué . . . ?

—¡Pero, Alfredo! . . . ¿Qué tienes? . . .

—¡Mientes como un bellaco! . . . —gritó con rabia y en ademán de extrangularle.

—¡Alfredo! . . . Hombre . . . ! ¿Qué dia blos te ha dado?—decia Manuel, hurtando

el cuerpo á los puños de su amigo.—¡Vaya, hombre! Pues no lo tomas tú con calor, que digamos! . . . Pero á ti, ¿qué te va en la *parada?*. . . .

—Mucho, mucho me importa y, tanto . . . que prometo arrancarte la lengua, si no rectificas tus juicios inmediatamente! . . .—seguia diciendo cada vez más exaltado y con ánimo de abofetearle.

—Yo no digo nada, sino lo que sabe todo el mundo! . . .

Tarabilla, no pudo acabar la frase, porque la mano de Alfredo cayó pesadamente sobre su mejilla izquierda . . . .

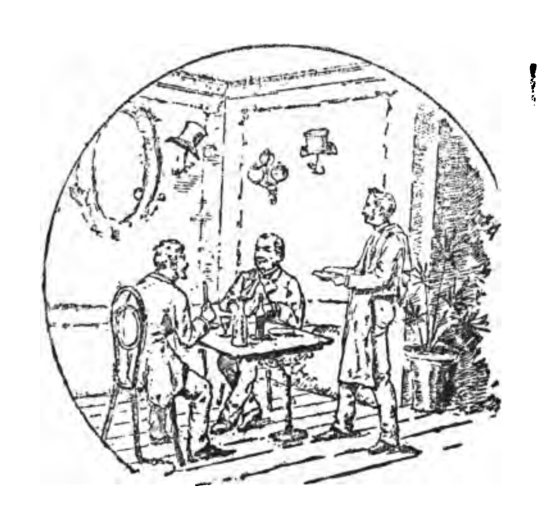
Manuel, al verse acometido tan rudamente, hacia uso del bastón, acometiéndole por su parte, y trenzándose con Alfredo á puño cerrado cuando el bastón se hizo añicos.

Un numeroso grupo de amigos intervino, logrando, al fin, separarles, en medio del escándalo consiguiente en sitio tan visible y tan concurrido á tales horas. Los contricantes sofocados por lo lucha y en desòr-

den los trajes, se amenazaban con furia, deseosos de irse otra vez á las manos, y, calmar de aquella manera, la rabia que rugia en sus pechos.

A instancias de algunas personas respetables, entraron al Club, donde, al poco rato, tomaron intervencion en el asunto unos amigos, á fin de darle una solucion decorosa, cual convenia á los protagonistas de aquella escena.





## XIV

### Preparacion

Don Celedonio Carlingue, habia determinado comer aquella tarde en el café de Paris. Temprano habia recibido la carta dirigida á Demetrio Lopez, que era

él, en la que se le anunciaba una cosa delicada, digna de él, y áun de un rey. Gozoso, con la noticia, avisó en su casa que comia fuera. Iba á acompañar á un antiguo amigo, con quien tenia necesidad de arreglar cuentas en reserva y confianza.

Ufano, paseó durante la tarde con cara complacida y risueña, henchido de gozo y rebosando satisfaccion; parando à los amigos con quienes chacoteaba locuazmente, como empleado que recibe los sueldos atrasados. Anduvo de una á otra parte para hacer tiempo, hasta que despues de invitar à un conocido para que le acompañara, juntos se dirijieron al café de Paris, dispuestos á poner á prueba la paciencia del cocinero, con los *extras*.

La mayor parte de las mesas estaban ocupadas por gente distinguida y alguno que otro forastero, conocido á la legua por el modo de tomar el cubierto, por comer pulcramente á *cuchillo corrido*, por el modo de de cortar el pan, por el modo de pedir, y, en

una palabra, por los mil detalles peculiares del que pretende aparecer fino y pulcro, sin sin tener costumbre de serlo.

La vidriera central ostentaba precoces frutas, tan lozanas como apetitosas, traidas de los trópicos y de los mercados europeos; mariscos diversos llamaban la atencion, en particular unas rojas langostas que avanzaban sus anténas hácia una mesa próxima; gordos salmones tenidos en trozos de hielo excitaban el apetito; y, en los estrechos estantes, se podia ver una variedad confortable que costaban *los ojos de la cara.*

Los mozos andaban solicitos sirviendo la mesas al conducir las plateadas bandejitas con ese *chic* especial del Café de Paris, sin que se atropellaran ni gritaran tabernariamente, como en otras partes lo hacen al pedir los platos.

Al aparecer Carlingue y su compañero en el salon, acudió inmediatamente el mozo Ramon, brindándoles una mesa de dos asientos y colocando la *cárte* de vinos encima de la servilleta.

D. Celedonio, colgaba el sombrero en una percha, mientras el acompañante tomaba posiciones, y, el mozo serio y humilde, esperaba las órdenes para servirles á la *minuta*.

—Vino del Rin y jamón trufado con gelatina. ¿No le parece que será excelente para abrir el apetito?—preguntaba Carlingue á su acompañante, mientras repasaba el cubierto con la servilleta.

—Perfectamente, señor.... —contestaba el mozo.

—Ramón... ché Ramón... Dile al cocinero que nos prepare el salmón como á mi me gusta. Espera, ché... y que aderece una langosta... Pero adviertele tú, que la cargue bien de pimienta y vainilla. Esto es lo mejor que se conoce aqui... —proseguia diciendo con satisfaccion.—Las langostas son exquisitas y para los viejos como yo... doblemente necesarias... ¿No le parece?

—La langosta es plato apetitoso; pero, usted, no puede decir con justicia que le es-

necesaria... Usted, no puede contarse en la categoria de viejo—decia, por adularle, el compañero, sabiendo los cumplidos que se deben á todo anfitrión.

—Sí, amigo, si... Yo no me hago ilusiones... Ya vamos barranca abajo... Y si no se aprovecha el tiempo que queda... adios vida... Principiarán á notarse las goteras, como en toda casa vieja, y dentro de poco no serviremos más que para ser insolentes y descarados, y decir cuentos á los muchachos!.....

—Vaya, vaya... D. Celedonio, usted no está en ese caso....

—¡Claro que no estoy en ese caso! Pero, como le digo á usted, pronto lo estaré. Por eso digo que es necesario aprovechar el tiempo... Ché, Ramón, esta gelatina no es fresca.....

—Señor....

—Que esta gelatina no es fresca... Llévala y trae gelatina hecha hoy.....

—Pero, señor, si....

—Haz lo que digo y déjate de escusas.... Pronto, Ramón, porque tenemos apetito...

El mozo retiró los fiambres y trajo otros, que empezaron á formar el prólogo de la comida.

Carlingue comia con voracidad y su compañero no le iba en zaga.

—¡Pero, amigo!—decia D. Celedonio, despues de apurar una copa de helado liquido.—¿Qué se ha hecho de Etelvina, que no se le ve en ninguna parte? Habrá encontrado acomodo con algun Otelo?.....

—No hará ni cuatro dias que la vi en casa de Dª. Marta, de aquella vieja....

—Si, si...

—Pues, allí estaba loqueando en regla, y creo que se retiró con el coronel Forti, si mal no recuerdo. Desde ese dia no la he visto, y, es extraño, porque, casi todos, dá su pasadita por la esquina de Perù y Victoria, à las ocho....

—¿Usted, conoció á la madre?— preguntaba Carlingue, al tiempo que, con un palillo,

se sacaba un pedazo de salmón de las últimas muelas.

—¡Cómo, no!...

—¡Mire que era buena moza!... ¿eh?... Ya la pobre, me dicen, que está arruinada, llena de chiquillos... y medio enferma con la vida que le da un quidam que tiene en casa!... Pues, como le digo; yo la conocí no hace mucho tiempo... Sí, porque Enriqueta ya estaba, segun dicen, algo decaida; pero todavia daba su vistazo. Cuando ella estuvo en todo su auge, yo me encontraba ligado á los negocios y no sabia, en aquel tiempo, que existiese otro mundo que mis asuntos mercantiles!... Etelvina, es buena muchacha, fresca y desenvuelta; pero le falta todavia un no se qué...

—Es muy jóven, aún... No ha tenido tiempo de pulirse... Recien sale del cascarón... Criada de mala manera, no puede tener modales... Demasiado hace... demasiado!...

—Es cierto. Tal vez sea eso... Che,.

Ramón; danos Madera! Y ¿qué novedades tenemos por ahí?—volvia á preguntar Carlingue, bastante animado.

—¿Que yo sepa don Celedonio?... Lo de siempre: poca cosa... Usted ha de estar mejor enterado!...

—Pichs!... Hace tiempo que no vemos algo notable! ¿Se fué la Carolini?

—No, señor. Está en Flores!... El amigo Fornaro la tiene en una quinta, donde pasan su luna de miel, regando las plantas, bebiendo leche recien ordeñada, cazando mariposas y montando en los petizos al anochecer... Debe ser curioso el verles!...

—¿De veras?...

—Como Vd. lo oye...—arfirmó el acompañante.

Los platos se iban sucediendo y las botellas quedaban vacias. Despues de apurar tres copas de *Chartreusse* y de encender un habano, empezaron á saborear el aromático café entre carraspeos y metidas de palillo por los intersticios dentarios, siguiendo una con-

versacion especial de preguntas y respuestas á cual más óriginales, y versando, en su mayor parte, sobre asuntos genésicos.

Pasado un rato, en que los platillos del café iban quedando llenos de ceniza, formando una masa medio negra, se levantaran de los asientos, rojas las orejas, inyectados los ojos, encendidas las mejillas y pesadas las cabezas.

D. Celedonio, esperó el carruaje de plaza que habia mandado buscar, y su acompañante despidiendo grandes bocanadas de perfumado humo salió en direccion á la calle Florida, para hacer el obligado plantón de todas las noches, antes de irse al Club.

Carlingue, antes de entrar en el *coupé*, dió al cochero mistoriosamente una direccion, y el carruage partió con rumbo al norte. El que iba dentro no cabia en sí, de puro contento y satisfaccion. Se dirigía á la cita, bien provisto y preparado; y, de antemano, empezaba á saborear las gratas impresiones que se prometia, pasados breves momentos.

Tal era su disposicion de su ánimo, que de seguro hubiera dado generosamente á cualquiera la mitad del dinero que llevaba encima; no hubiese podido negar nada; en una palabra, se encontraba en el periodo poético de la ternera!

Entre los barquinazos del carruage y las bocanadas de su cigarro, miraba risueño el paso de graciosas jovencitas, que á él le parecian sílfides, observadas à través del vidrio de la portezuela. Cuando hubo llegado al sitio designado, descendió para caminar á pié el corto trecho que le separaba de la casa de Dª. Catalina.





# XV

## Dudas y cavilaciones

ALFREDO, habia quedado en un estado lamentable de tristeza y melamcolía, despues del incidente con Manuel Taravilla. Enemigo del escándalo, no se atrevia á pre-

sentarse en pùblico, creyendo que todos le iban á señalar con el dedo, y receloso de que se hubiera traslucido el motivo de la reyerta.

Los encargados de arreglar la cuestion, respetando los motivos del lance, no encontraban causa para duelo, pues las ofensas habian sido mùtuas, lavadas á mogicones y bastonazos, en plena calle. Asi es que quedó terminado el asunto, sin ulteriores consecuencias, si se exceptùan los comentarios de la prensa que, con solo las iniciales de los contrincantes, refirió lo sucedido y anunciaba un duelo á primera sangre.

Alfredo, tenia enclavada la espina de la duda en su corazon, pues no en valde se vierte la calumnia!... Queria rechazar las sospechas; queria convencerse de que todo era mentira y envidia; pero no lo conseguia, ni encontraba la calma que tanto precisaba su abatido espíritu.

Aceleró el viaje á la estancia, para correr en busca de sosiego, sin que nadie pudiera penetrar el estado de su alma, y ver si con la

distancia, si con el alejamiento, desterraba las crueles sospechas que le tenian tan mortificado.

La noche en que fué á despedirse de la familia de Gonzalez, encontró á Beatriz expansiva como nunca, risueña y hermosa, y con un aire tal de candor, que consiguió apagar todos sus escrúpulos, entregándose confiado á la elaboracion de los proyectos futuros, que hacian los dos jóvenes en sus ratos de amante expansion.

El la proponia vivir un año en la estancia alejados del mundo, separados de los mortales, y, por completo, entregados al goce de su mútuo amor. Beatriz callaba y asentía con júbilo á las proposiciones amantes del jóven. En estos proyectos, pasaron todo el tiempo de la visita, hasta llegar la hora de retirarse.

Al salir á la calle y al respirar otra vez la atmósfera libre de la ciudad, y alejado del objeto que le habia fascinado tanto, se acordó que no habia indagado nada de lo que allí le

llevó, y la duda empezó poco á poco á tomar su cuerpo primitivo, haciéndole pensar y cavilar por toda la noche.

Una vez en la estancia, donde el creia hallar el sosiego que tanto apetecia, se encontraba trasformado por completo en otra individualidad, permanecia largas horas en su despacho alelado y como un autómata, sin tener accion para moverse del sillon; no iba al rodeo que era toda su alegria ántes, ni salia á los corrales, ni siquiera mandaba ensillar su brioso *Mala-cara*. El *ñato*, un perro precioso que le tenia gran cariño y que, cuando él venia para Buenos Aires, se quedaba el pobre animal ahullando lastiméramente todo el dia, habia recibido dos bestiales puntapiés, al venir como siempre á lamerle las manos y saltarle cariñosamente. El pobre perro al ver un recibimiento tan intempestivo, se acurrucó en un rincón del escritorio y clavando la vista en el patrón, y dispuesto á saltarle para recibir las caricias de costumbre, cuando notase el menor signo de

benevolencia. El perro meneaba la cola y queria levantarse, empezaba á gruñir de alegria, pero el gesto de Alfredo lo detenia y quedaba rendido y quieto el fiel animal.

Los peones extrañaban mucho el estado del patrón. Al observarle tan pensativo y mal humorado, como jamás le habian visto, andaban diligentes de uno á otro lado, evitando la ocasion y el motivo de darle un desagrado, no dejando ni una *huasca* por el suelo, y sin dejar oir lós acordes de la guitarra en la cocina.

*
* *

Ni la poesia del campo, ni los encantos de la naturaleza toda, podian distraer al jóven. Cada vez dudaba más y se encontraba más en disposicion de creer las injuriosas palabras que sonaron en sus oidos. Por repetidas veces se dispuso á escribirla mil desa-

tinos, y otras tantas hizo añicos el papel con la mayor desesperacion. No comia, no dormia, y en su rostro aparecian las señales del fastidio y del pensar.

—¡No es posible que sea verdad!... —pensaba, dando un hondo suspiro.—Esa familia es la honradez personificada. Y, respecto á sus hijas, nadie les ha conocido relaciones, ni preferencias... Es la envidia. —decia con animado acento;—el despecho tal vez de haber sufrido un desaire!... Luego....—seguia cavilando, con los ojos cerrados,—papá les conoce de muchos años, y jamás ha dicho ninguna cosa que pudiera afectar, en lo más mínimo, su reputacion y buenas costumbres!...Y, además,—exclamaba convencido de lo que decia,—nos habiera prohibido ir á aquella casa.

Pero, Dios mio! ¿será verdad?—se preguntaba agarrándose la cabeza con entrambas manos y sacudiéndola, como pretendiendo arrancar de allí sus sospechas.

Aquel infame dijo, que doña Catalina, co-

nocia la historia!... y sándio de mi, que no he visto á la vieja!...

Alfredo, desde que se acordó de doña Catalina, no sosegaba, estaba inquieto, queria escribirla; pero, pensó cuerdamente, que su carta no podia obtener contestacion, y pensó que lo más seguro y correcto era volverse á Buenos Aires y con maña interrogar á la vieja, para saber á qué atenerse y tomar una resolucion definitiva.

Hizo sus aprestos de viaje y cambió el carácter. El ñato que no le perdia ojo, tan pronto como vió desarrugarse la frente del patrón y abandonar el seño adusto, empezó á menear la cola y gruñir de deseos, se acercó agachando el lomo para acariciarlo, y allí fueron los estremos del pobre animal, entrando y saliendo como loco, haciendo cabriolas de contento, saltando, lamiendo y ladrando cariñosamente al rededor de Alfredo, que no fué insensible á la ternura del animal.

Los peones respiraron, y el *malambo* y la

*relacion*, duraron aquel dia, en la cocina, hasta bien entrada la noche.

Cuando el jóven llegó á Buenos Aires, habia retemplado su ánimo, decidido á salir de una vez de tan cruel incertidumbre, y sosegado para tomar una resolucion definitiva.





# XVI

## Tableau

A ROSAURA, la hija de los Carlingue, *la habia pedido* una familia conocida para que comiera con ella, por celebrarse el santo de una amiguita de colegio, con

quien jugaba frecuentemente. Antes del anochecer, salió la niña acompañada de la mucama Juliana que iba á dejarla allí; pero, en lugar de quedarse á comer, encontraron una escusa, y, á los pocos momentos, la hizo subir en un carruaje, bajas las cortinillas; y, el vehículo, tomó la direccion de lacasa de la infame vieja Catalina, donde ya era esperada hacia rato.

Manuel Tarabilla, aguardaba en la primera pieza, impaciente por la tardanza, y no muy seguro de obtener lo que le habian prometido con tanta ponderacion, aunque sin decirle quién era, ni como se llamaba.

—Esperaré un cuarto de hora más,—decia á la vieja, sacando el reloj.

—Ahorita no más llega...Es algo...que no se encuentra á todas horas!—exclamaba la vieja con aire de importancia, tratando de distraer la impaciencia del jóven.

—Si hoy tambien me *chasquea*...soy capáz de cometer un atropello y armarla un escándalo!—decia en son de amenaza.

—¡Valiente!...Espere no más un momento, que ántes de cinco minutos está aquí.

Al oir parar un carruaje cerca de la puerta de calle, Manuel se restregó las manos con fuerza, y la vieja salió corriendo y cerró tras sí la puerta para recibir á la jóven. Despues de un rato de espera, volvió á entrar como siempre misteriosamente y sin hacer ruido al caminar.

—Es un señor, amigo, que ha llegado. Ahora no más caera la chica...

—¿Entónces, no era ella?—decia mal humarado el jóven, y presintiendo que le estaban chasqueando otra vez.

—Tenga paciencia...espere otro momento... que no ha de tardar en llegar, yo se lo aseguro...Con su permiso, voy á la otra pieza, hasta que llegue...

La vieja volvió á abrir con toda precaucion la puerta, y se dirijió á la otro pieza donde estaba D. Celedonio Carlingue, que era el recien entrado.

—¿Y...?—preguntaba con misterio, creyendo que la chica estaba ya en la habitacion contigua á la que habia salido Dª. Catalina.

—Tiene que esperarse un rato, pronto ha de llegar, porque como estas niñas de familia tienen que aprovechar la oportunidad.... algunas veces tardan algo; pero no importa, porque lo de hoy es.... lo mejorcito que puede conseguirse en Buenos Aires.

—¡Bueno, bueno!... Me he adelantado un poco creyendo que ya estaria aqui; pero, no importa, tenemos tiempo de sobra...

—Y ¿qué me cuenta de nuevo?—preguntaba D. Celedonio, con toda familiaridad á la vieja.

—Lo que le cuento es que los amigos se conocen en las ocasiones y que usted puede hacer algo por mi.

—Y ¿cómo, señora?...

—Pues, le diré D. *Demétrio*... Hace unos dias que soy espiada... y el Comisario se me ha entrado por aquí buscando pretestos! Gracias que yo estaba sola con Cayetana!... Yo conocí en seguida que venia por sorprender-

me!... Como á una no le faltan enemigos!.. Ya usted comprende... No se qué, pero se me ha puesto que intentan dar un golpe para perderme.

—¡Canario!...—exclamó Carlingue, á quien la vieja llamaba D. Demetrio, temeroso de lo que pudiera suceder estando él presente.

—Estas son suposiciones mias! Pero, tengo buen olfato,—proseguia la encubridora,—y rara vez me equivoco. Hay gente para todo, señor; gente que goza con presenciar desgracias!...

—Pues, como le decia! Si usted tuviera relacion con el Gefe de policia, ó con el Comisario, se podia enterar y... en caso preciso recomendarme, porque esto nunca está de más!... Yo le tiemblo á una gran familia que daria la mitad de lo que tiene por perderme!... Pero esto es cuestion aparte!... A Benavides tambien le he hecho el mismo encargo, por lo que pudiera suceder. ¡Ya ve usted D. *Demètrio*, aqui jamás se oye una palàbra más

alta que otra!... En mi casa no hay escándalos!... porque solo entran personas decentes, pocos amigos, porque no me conviene tener muchos. Ya usted comprende!... Una tiene que guardar el secreto!...

—Claro, claro!.. —se limitaba á afirmar Carlingue, medio aturdido con la charla de la vieja.

—Con su permiso, señor!...

La vieja salió para entretener á Manuel, que se desesperaba en la otra habitacion.

*
* *

Ningun ruido turbaba la soledad de aquel sitio. De cuando en cuando sonaban lejanos los taconeos de alguno que cruzaba por la otra calle, y las pisadas del caballo de alguno que otro ginete que, á media rienda, pasaba con direccion al despoblado.

Un ruído confuso primero y claro despues

á medida que se acercaba, hizo levantar á la vieja, dejando á Manuel que, al oir pasar un carruage, supuso que habia llegado lo que esperaba y se aplacó con esto su cólera. Así debió ser, porque Dª Catalina entró precipitadamente para apagar la luz del quinqué, penetrando á los pocos momentos con una jóven que se recataba el rostro para no ser conocida.

Manuel, corrió los pasadores cuando hubo entrado la tapada, miéntras la taimada Dª. Catalina corria á entretener á D. *Demétrio*, que tambien debia estar impaciente en la otra habitacion.

Carlingue, al escuchar el ruido del carruage y las pisadas en el patio, comprendió en seguida que habia llegado su pareja. Asi es que al penetrar la vieja á donde él estaba, con aquel aire misterioso y solemne de las grandes ocasiones, no pudo ménos de decir:

—¿Ya esta?...

—Es otra señor... es otra que esperaba hacia rato un jóven en la otra pieza...

—¡Caramba!...—exclamaba con desagrado.—¡Creia que era ella..y salimos ahora con que es otra!....

—No ha de tardar... *ahorita no mas llega*, porque la he mandado buscar para que venga á pié, pues dos carruages cerca de la casa habian de llamar la atencion!...—decia solapadamente para servirle más tarde, como recien llegado, lo que tenia en aquel momento Manuel.—¡Ya le he dicho D. *Demétrio* que tengo que andar muy prevenida!... ¡Pues si señor!... El Comisario todo se vuelve andar por aqui y por allí... Y yo para no hacerle sospechar me valgo de estos medios, ántes de entregarle lo mejor que venga.... que es lo que yo creo que anda buscando!.... Esta que ha entrado,—seguia diciendo, guiñando un ojo con direccion á la otra habitacion,—es una niña de buena familia... pero... de familia encopetada... que viene con un pretesto, porque en su casa no la dejan salir á estas horas!....

—¿Quién es?—preguntaba Carlingue con curiosidad.

—Es muy jovencita,—seguia diciendo la vieja, esquivando la contestacion,—muy mona!....

En la pieza inmediata se producia el ruido de pasos y el cuchicheo de dos personas. Luego el caer del agua en el depósito, oido lo cual por la vieja, se retiró, escuchándose al poco rato el chirrido que producian los pasadores al descorrerse, al mismo tiempo que Carlingue aplicaba el oido á la pared para cerciorarse si conocia la voz.

Un oido fino y acostumbrado hubiera podido oir ruido de pasos en el patio oscuro.

Da. Catalina, entró á donde estaba Carlingue, y con voz misteriosa, le dijo bajito:

—Venga, señor, venga...—y tomándole por el brazo, le condujo por el lóbrego patio á la otra pieza, cuyo quinqué estaba casi apagado. Mientras, Tarabilla, se escondia en el tapial despues de conocer al otro colega.

—Cierre por dentro los pasadores...y, si quiere algo, no tiene más que tocar en los

vidrios que yo oiré en seguida,—añadió la vieja.

*
* *

En la cocina tomaban mate muy sosegadamente Estanislao Roque, Misia Cantalicia y la Secretaria, pues Cleto se hallaba fuera de casa. Estaban calculando lo que podria dejar en un mes la niña que ocupaba la primera habitacion, cuando apareció Dª. Catalina reclamando un mate, como persona que está trabajando sin sosiego ni descanso.

No habia cojido el mate en la mano, cuando llegó hasta ellos un grito estridente, que les puso en gran alarma; y, simultáneamente, un golpe rudo sobre el piso de tabla, que hizo retumbar toda la casa.

Dª. Catalina y la Secretaria, corrieron atropelladamente hácia la puerta de la habitacion, donde se encontraba Carlingue, y

como ni contestaban ni abrian, dieron un violento empujón que hizo saltar los pasadores, quedando asombradas ante el cuadro que tenian delante.

D. Celedonio Carlingue, tendido en el piso, inmovil y con la respiracion estertorosa, amorotado el rostro; y, de pié toda azorada, vieron á Rosaura, que temblaba presa del mayor estupor sin acertar á articular palabra alguna.

—¿Qué esto?—preguntaba la vieja, llevándose las manos á la cabeza y mirando alternativamente, tan pronto á la jóven como al cuerpo que yacia en el suelo.—¿Qué ha pasado?

La jóven seguia en la misma inmovilidad, hasta que despues de hacer unas muecas estrañas y retorcerse las manos, prorumpió en ronca y estentórea voz:

—¡Mi papá.... ¡mi papá!!!...

—¡Maldicion!... ¡Dios nos asista!!

Las mugeres salieron precipitadamente de la habitacion en busca de Roque, el que

con ellas y misia Cantalisia, volvieron á entrar en la pieza, encontrado á D. Celedonio muerto, porque los ronquidos habian cesado y salia abundantemente espuma por la boca y la nariz.

Al oir la vieja Catalina que estaba muerto, empezó á gimotear y dar vueltas de aqui para allí, sin acertar á tomar medida alguna y jurando como una furia del averno.

—Mire, cómo son las desgracias!...—decia lagrimeando la otra vieja Cantalicia.—Hoy habia sabido quién era D. Demetrio....es decir, el Sr. Carlingue...y como tenia tanto en qué pensar me habia olvidado de decírselo!...¡Jesus...si me hubiera acordado, no tendriamos esta desgracia!...Yo casi vengo á tener la culpa!...

—Si, señora... usted la tiene!—decia colèrica Dª Catalina,—porque debió haber avisado inmediatamente, como se ha hecho en otros casos. ¡Dios mio, qué va á ser de nosotros ahora!...

Tarabilla al oir que Carlingue habia

muerto, aprovechando la ofuscacion que reinaba en la casa se deslizó por el tapial hasta llegar á la puerta, y, abriéndola precipitadamente, chocó con una persona que entraba en ese momento.

—¡ Animal ! . . .

—El animal es usted, que sale como quien se escapa!

—¡ Ah! . . . ¿eres tú? . . . Entra . . . entra,—le decia con todo cinismo, dejándole franca la entrada.

—Yo no le conozco á usted, ni le permito que me tutée.

—Pues, entre usted, que vá á encontrar lo que no se espera;—y se alejó rápidamente.

Alfredo, apareció cuando las viejas estaban en sus inùtiles lamentaciones. Al ver á su hermana Rosaura presa del terror, quiso lanzarse sobre ella; pero le contuvo el cuerpo que yacia en el suelo. A su vista quedó petrificado Alfredo. Al inclinarse sobre el cadáver del padre, Rosaura lanzó un agudo

grito y salió como loca huyendo de aquel sitio.

¿Habeis visto una pacifica sociedad de gallinas cacarear alegremente al picotear el grano que han desparramado para ellas, y á la inopinada presencia de un zorro huir despavoridas, atropellándose unas á otras para cuanto ántes ponerse á cubierto de las garras del terrible animal?

Pues, asi, de esa manera, Estanislao Roque, las viejas Catalína y Cantalicia y la Secretaria, se atropellaban al salir por la estrecha puertecilla, queriendo alejarse precipitadamente para no caer en las garras de la policia y para sustraerse á la cólera ó indagatorias del jóven.





# XVII

## Desolación

La señora de Carlingue, no tenia ganas de comer. Poco acostumbrada á las ausencias de su esposo y menos aún á las de

Rosaura, no era bastante la presencia de su hijo Alfredo, recien llegado de la estancia, para distraer sus pensamientos.

¿Sospechaba algo de la conducta de su esposo? Talvez... aunque de una manera vaga y confusa, como se observan los objetos á través de densa neblina, esto es, sin precisar los contornos.

Así, ella, sospechaba algo, á juzgar por sus constantes ausencias, por su habitual preocupacion, por su falta de cariñosa atencion y otros mil detalles que jamás pasan desapercibidos á una señora de claro talento.

—¡Nó, no puede ser!...—decia para sí, tratando de rechazar las sospechas que tenazmente pugnaban por fijarse en su mente. ¡Siempre ha sido un modelo como esposo y como padre, y ahora á su edad tiene que serlo doblemente... con cuanta más razón!

¡Los pensamientos son malos generalmente!—pensaba la señora.—¡Me extraña que ande preocupado, sin yo reflexionar que los asuntos políticos tienen que llamar seriamente

su atencion! Esto es claro!...—decia para sí la señora, como quien acaba de resolver un problema ó despejar una incógnita.—No habia pensado en ello. Como es candidato para diputado, de seguro que anda de club en club, y es fácil que se entregue á la vida activa de la política, porque él no puede estar sin asuntos en qué ocupar el tiempo!... Por otra parte,—seguia cavilando,—como toda su vida la ha pasado entre negocios mercantiles, ahora que se vé libre de ellos, disfruta como suelto colegial en tiempo de vacaciones.

Así pasó cavilando, sin haber notado que ántes de terminarse la comida, su hijo Alfredo se levantó de la mesa, segura de no haberle sentido salir, tal era su estado de distraido y preocupado con las sospechas primeras que vinieron á ponerla contrariada y pensativa por algunas horas.

Recordaba que su hijo, mientras comia, le contaba las refacciones que habia hecho en la estancia, el cambio de jardines, los proyectos que tenia de cambiar poblaciones y

otras muchas cosas, que ella habia oído como entre sueños, pues su imaginacion se encontraba abstraida entónces en sus sospechas, revolviendo un maremagnum de ideas hasta dar con la explicacion que satisfaciera á sus deseos.

Recordaba tambien que, su hijo, miró repetidas veces el relój, como quien teme faltar á una cita importante, y que ántes de servirse el café salió, dejándola sola con sus cavilaciones tan intempestivas.

Hizo, *in mente*, el inventario de su vida marital, y no encontró más que escenas agradables y tiernas con su Celedonio, al ver acumularse una fortuna. Despues el goce maternal; sus cuidados; las gracias de sus hijos, al corretear por la casa; la procaz formalidad de su hijo, Alfredo; sus temores al considerarle tan jóven al frente de la estanciá; y, por ùltìmo, la vida presente llena de sosiego, en medio de la fortuna y en una sociedad donde hacian uno de los principales papeles.

*
* *

Pasó una hora y la señora se encontraba contrariada. Sin saber por qué, no podia menos que reprocharse el haber dejado ir á la niña fuera de casa. Vagaba de una á otra pieza, agitada y nerviosa, mirando á cada momento la esfera del reloj del comedor...Otra vez el minutero se colocó en las doce, sonando pausadamente la campana nueve golpes.

—¿Por qué tardará tanto esa niña?... Si le habrá pasado algo?..—decia impaciente.—¡Juliana, Juliana... vaya usted á casa de Ramona y traiga á Rosaura...

—Señora, me dijeron que la acompañarian cuando concluyeran de comer.

—¡Ya es tarde y no quiero que á estas horas ande fuera de casa, aunque sea en la cuadra!... Vaya usted y no se venga sin ella...

El ruido comercial de la ciudad, se habia extinguido. Solo se oia el rodar de los carruajes y el cruzar de los tramways por la calle Victoria.

La señora de Carlingue, se asomó al balcón para ver si aparecian... En el acto se internó malhumorada en el comedor, sin fijarse en la preciosa noche de luna y sin admirar el puro cielo tachonado de estrellas que fulguraban juguetonas en la inmensidad del espacio.

El tiempo transcurria y la niña no llegaba. Siniestros pensamientos vinieron à agolparse á su excitada mente; y, con lágrimas en los ojos, envió al cocinero en busca de su hija.

La señora entraba y salia al balcón; sollozaba amargamente; recorria la casa; se dejaba caer desfallecida, y el tiempo pasaba con esa calma martirizadora del que espera con ánsia febril.

Fuera de sí, y sín poder contener los impulsos de su corazon, corrió la señora á la casa de Ramona, llegando anhelante y

sofocada, presintiendo alguna desgracia. Sin saludarla convenientemente y queriendo de una ojeada descubrir el interior de la casa preguntaba con emocion:

—¿Y mi hija?...

—Señora, no sé...—contestaba Ramona, alarmada tambien al observar en aquel estado á la señara de Carlinguc.

—¿Pues no estaba aquí mi hija?

—Cálmese, señora...

—¿Y la mucama, no ha venido á preguntar por ella?... Y el cocinero tampoco?...

—¡Cálmese, por Dios, señora!... Rosaurita vino aquí con la mucama á las seis y media para decirme que no podia quedarse á comer, y que lo sentian mucho...

—¡Misericordia!...

—Y se fueron sin detenerse.

—¡Hija mia!... Pero ¿dónde ha ido mi hija? ¿Dónde está mi hija?—clamaba la señora fuera de sí.—Yo me vuelvo loca, Dios mio!...—y para no caer al suelo, tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta, presa

de una contraccion nerviosa que casi no la permitia respirar. Hondos sollozos estallaban en su pecho, y, asi en este estado y sin aceptar el descanso con que le brindaba la llamada Ramona, salió como loca en busca de su hija.

Una crisis histérica la atacó al llegar al zaguán de su casa, cayendo pesadamente sobre el frio pavimento... Se llamó al Club del Plata preguntando por el esposo; al del Progreso donde solia estar su hijo, y ninguno de ellos aparecia, quedando la señora al cuidado de una familia vecina que acudió á los gritos, y encontró á la esposa de Carlingue sin conocimiento, tendida en la vereda.

La sirviente Juliana, no aparecia. Mientras tanto, la señora, se retorcia en fuertes contracciones, hinchadas las venas del cuello y fuertemente inyectados los ojos, que estaban fijos é inmóviles.

Tras un rato de lucha, sobrevino la relajacion consiguiente, acompañada de estridentes carcajadas, que hacian aparecer el llan-

to en los ojos de las personas que la atendian.

—¡Animo señora!... Esto no es nada!— decia cariñosamente una vecina, al ver que recobraba el conocimiento.

—¿Y mi hija?—preguntaba la señora de Carlingue, en un estado de idiotéz.—¿Dónde esta? ¿No ha venido?...—y al ver que su hija no estaba, corrian abundantes las lagrimas por sus mejillas, y los sollozos entrecortados empezaban á calmar algo la opresion de su pecho.

El reloj del comedor, dió pausadamente once campanadas, que hicieron estraño efecto en la señora. Abandonando la cama con viva entereza, y rechazando á las personas que trataban de retenerla, corria de una á otra parte sin rumbo fijo, como puede hacerlo una pantera recien metida en su jaula, al intentar escaparse dando vueltas de aqui para alli sin econtrar el punto de salida.

Otra vez se sucedieron las contracciones; pero, cuando sobrevino la calma poco des-

pues, se oyó el rodar de un carruaje que se detenia á la puerta. La señora, otra vez, se dejó caer del lecho y tambaléandose corrió en direccion al vestibulo, dondc encontró á su hijo Alfredo, descompuesto el semblante y casi sin poder respirar por la emocion.

—¡Hijo mio!!...

—¡Mamá!...

Y los dos se enlazaron en un estrecho abrazo, atronando la casa con los estentóreos sollozos que embargaban aquellos pechos destrozados por la pena.

—¿Y tu hermana?—preguntaba la madre, asiendo al jóven por los hombros y queriendo con sus ojos extraviados penetrar la verdad de lo sucedido.—¿Dónde está tu hermana?—volvia á preguntar, sacudiendo violentamente al jóven.

—¡Mamá, por Dios!... Dcjemos á Rosaura, porque no se trata ahora de eso!...

—¿Pues de qué quieres que tratemos?... Si hace más de dos horas que la busco y no aparece!... Vé corriendo á buscar á papá, y

cuéntale lo que pasa... Mira, dile que no se alarme...—decia la pobre señora, acariciando extremosamente á su hijo. Tal vez le encuentres en lo de D. Ernesto!... Corre, hijo... corre... Vamos, hijo, corre!...—repetia con desesperacion, viendo que Alfredo no se movia.—¡No ves que me estoy muriendo de pena y de angustia!... ¡Pero, hijo mio, corre...—volvia á decir sacudiéndole violentamente,—corre que tu hermana no aparece!... ¿Lloras tambien?... Bueno hijo, corre á buscar á papá,—le decia besándole frenéticamente para que saliera cuanto ántes.—Pero hijo, ¿cómo no marchas corriendo, si ves que me mata la impaciencia?...

—¡Mamá... mamá querida!...—sollozaba amargamente el jòven, lanzándose á los brazos de la madre.

Por la escalera subia un rumor de pasos atropellados y de voces extrañas que causaron gran sorpresa á la pobre madre. Desprendiéndose de los brazos de su hijo y adivinando algo más terrible de lo que habia

sospechado, se lanzó, como leona herida, hácia la escalera, en el momento mismo que unos vigilantes llegaban al descanso con un pesado bulto que apenas podian sostener.

La señora, á su vista, quedó como petrificada con los ojos desmesuradamente abiertos. Alfredo corrió desalentado hacia la madre, la cual, al observar que los vigilantes trataban de entrar aquella cosa en las piezas interiores, se avalanzó al bulto y como viese un cuerpo exámine, una cara amorotada que despedia espuma sanguinolenta por boca y narices, y reconociendo, por fin, á su querido esposo, cayó pesadamentc al suelo, como un manequi á quien le faltasen de repente sus resortes.

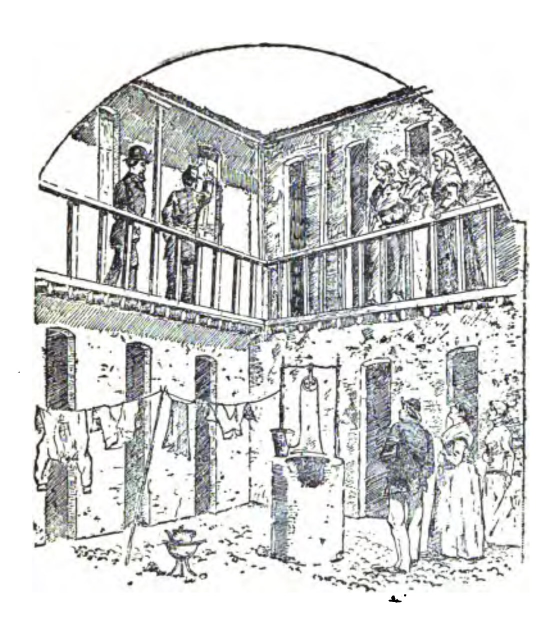
Alfredo, no sabia dónde acudir. Mientras indicaba á los vigilantes que entraran el cadáver, trataba de levantar á la madre, que sin oponer resistencia se dejó conducir con toda docilidad hasta su dormitorio. El hijo la llamaba y acariciaba cxtremosamente; pero ella permanecia indifente sin contraer

las lineas de su cara, y sin articular frase alguna. Su fisonomia expresaba la idiotéz perfecta, y sin fijarse en nada y permaneciendo estraña á todo lo que la rodeaba, vió desfilar delante de sí la mayor parte de sus relaciones, que la comtemplaban con asombro y lástima, al ver la inutilidad de los recursos médicos, y el pronóstico que se habia lanzado en consulta.

No tardó en aparecer la niña Rosaura acompañada de un Comisario de policia. A la vista de la madre se prosternó ánte élla, pidiéndola perdón, y como viese que no la hacia caso, se abrazaba á sus rodillas, la sacudia nerviosamente; pero, todo, en vano. La señora de Carlingue, permanecia indiferente, con la vista extraviada, como la representacion exacta de la idiotéz.

Habia desaparecido la parte moral, quedando la materia bruta, animada vegetativamente por un embotado sistema nervioso.





# XVIII

## Captura

En una de las habitaciones del conventillo de la calle del 25 de Mayo, vivia sola Maria Luisa, á quien la madre, Dª. Ro-

sario, algo envegecida, acostumbraba á visitar muy de tarde en tarde.

Esta jóven se daba los aires de esas costureras que sacan trabajo y no lo entregan en un mes; costurera en el nombre y que vivia en todas partes para acudir á llamados y orgias con su grande amiga Etelvina, ó donde fuesen necesarias muchachas alegres como ellas.

Las vecinas de conventillo la tenian ódio al verla tan perdida, y al observar el desfile de viejos y jóvenes que ocupaban su habitatacion diariamente.

La puerta de su cuarto, abierta de ordinario, hacia cuatro dias que permanecia cerrada, y esto habia llamado la atencion de la vencidad, que observaba cómo Maria Luisa, al entrar y salir para sus quehaceres indispensables, la cerraba cuidadosamente como si ocultase algo dentro que no debiera ser visto.

Las curiosas vecinas pasaban y repasaban, tratando de ver por los resquicios ó por entre

los calados de las cortinas, lo que habia alli, sin que ninguna pudiese conseguirlo, haciándose en la casa mil conjeturas sobre tan extraño suceso.

—¿No ha visto? Tambien hoy está cerrado para que no se escape el gato!...—decia una vecina fisgona á otra que no podia aguantar más sin saber la causa de la encerrona.

—¡Sí, ya vemos!... No ha de ser cosa buena, cuando pone tal cuidado en ocultarlo!... Alguna, como ella, á quien le habrá llegado su hora... Dígale si quiere que le traigamos la *madama*.

—¡Es una muchacha sin vergüenza, que está escandalizando toda la casa!... Mejor le valiera lavarse las camisas, y no andar como anda hecha una perdida!... ¿Qué le parece misia Dorotea?—le decia á otra vecina, que, atraida sin duda por la murmuracion, salia á formar parte del concierto.—¿Qué le parece? ¡Tambien hoy sigue el misterio! ¡Debe tener algun pájaro suelto y no quiere que se le escape!...

—¡Chist, chist!...—interrumpia la recien llegada, con misterio poniendo el índice en los lábios. — ¿No saben?... Ayer estuvo el Comisario tomando informes!... ¿Saben? dicen que buscan á una mala mujer que...

—¡Entónces aquí está!

—Digo que ayer estuvo el Comisario, y hoy haciéndose el desentendido entró otra vez!... Algo han olfateado por aquí!... Si vuelve esta tarde,—seguia diciendo en voz baja á las otras vecinas,—si vuelve, como quien no hace nada, le largo una guiñada para que se cuele en el cuarto, y vea que enredo es ese.

—¡Pues, claro!... Si, señora! Aquí hay algo oculto, y cuando la gente se esconde señal es de haber hecho algo malo. ¿Por qué no le avisamos?

—¡Si señora,—afirmaba la otra,—y que la saquen del cuarto!... Si quieren, con el hijo de la gallega le podemos llamar.

Por un rato duró el conciliábulo, terminando por hacer venir al chico, que despues de repetirle en voz baja el recado, partió

como una flecha, bajando de tres en tres los escalones de las pendientes escaleras, quedando gozosas y satisfechas las vecinas, que ya se relamian al solo pensar que iban á conocer lo que se ocultaba en el cuarto de Maria Luisa, la costurera.

*
* *

En la habitacion de Maria Luisa, estaban todavia tirados un colchón y diversas ropas, en uno de los ángulos, que servian de cama á una señora de edad, que cebaba mate continuamente, teniendo cerca de sí el braserillo donde descansaba la pava del agua. Esta vieja parecia preocupada y recelosa. Se escondia en un ángulo, donde no podian llegar las miradas indiscretas de la vecindad.

—¡Sabe que se están fijando mucho, Catalina!...—decia la costurera, al observar el conciliábulo de las vecinas.—¿Por qué no sale

á la noche? Ya podia irse á otra parte... á lo de Justina, y estaria mucho mejor, porque aquí son muy curiosas.

—¡Déjame aquí unos cuantos dias más. Ya te he dicho que no lo has de perder... luego veremos lo que se hace. ¡Pero, mire qué es desgracia!... Esto no le sucede á nadie más que á mí!... Tan sosegada como yo estaba en mi casa! Pero yo sé de dónde han de venir los tiros!... ¡Como si lo estuviese viendo!... Aquella gente no perdona nunca, y quieren acabar conmigo, como lo hicieron con Estanislao Roque, secándole á fuerza de sumarios y fianzas!... ¡Oh... el dia que yo pueda!...—exclamaba la repugnante vieja, rechinando los dientes y tramando una venganza.

—¿Es el oficialito tan compadre del dia aquel?—preguntaba Maria Luisa, creyendo haber adivinado la persona á quien aludia la vieja.

—Nó, no es aquel. Es una familia de copete, que me persigue sin descanso,—seguia diciendo con desaliento, mientras apagaba

los hervores de la pava con agua fria.—Es una historia muy larga, muy larga!... Yo les conozco mucho...Sé lo que son... Y como ahora están tan encumbrados, les hace daño que haya una persona que los conozca tan bien.

—Ya caigo, tal vez la señora ó las hijas...

—Algun dia te lo he de contar,—seguia diciendo la cebadora, como quien es víctima de una persecucion injusta.— ¡No comprendes hijita, que cuando se poséen secretos de gente gorda... está una expuesta á pasar por donde yo estoy pasando... Escondida, como si fuera una criminal!...Pero ya me las pagarán de una vez!... Yo les he de hacer saltar de Buenos Aires, yo les he de quitar la máscara, yo les he....

La vieja suspendió la imprecacion que estaba por salir de sus labios, á la vista de un caballero seguido de dos vigilantes, que, sin anunciarse, penetraron violentamente en la habitacion, sorprendiendo á las dos mujeres.

—¿Qué se les ofrecia?—preguntaba Maria Luisa, adelantándose medio muerta, á los recien entrados, mientras la vieja visiblemente conmovida, se retorcia en su asiento tratando de ocultar el rostro y dispuesta ha aparentar serenidad, hasta tal punto que cruzó por su mente, para evadirse del compromiso, el ofrecer un mate al señor.

—Nada se ofrece ya!... Soy el Comisario, y vengo por esta vieja, que buscamos hace dias. Véngase con nosotros,—decia en tono imperativo.

—¿Yo? ¡yo ir con usted!... ¿Por quién me han tomado ustedes á mi?...— exclamaba la vieja Catalina, pronta à desfallecerse de miedo.

—Dejémonos de zonceras, y véngase conmigo, pues bien la conozco... Pronto, pronto...—la decia sacudiéndola de un brazo para hacerla levantar. — ¿Cómo se llama usted?—preguntaba á la jóven, que permanecia como enclavada sin acertar á moverse.

—Maria Luisa Suarez.

—¡Pues usted tambien conmigo, pronto...!

La jóven empezó á sollozar desconsoladamente, y la vieja no se movia de su asiento. Pasado un corto rato entre escusas y mandatos, las dos mugeres salieron casi arrastradas por los vigilantes, cruzando por el corredor atestado de curiosos, que, al verlas pasar, demostraban lástima y conmiseracion, indiferentismo y curiosidad, sin que faltasen algunas caras plácidas y sarcásticas que expresasen la satisfaccion de ver el desenlace tan á placer de sus instintos, prediciendo en alta voz igual suerte á toda persona de mala vida y relajadas costumbres.

Maria Luisa, lloraba sin consuelo; se dirigia al Comisario protestando por su inocencia y pidiéndole no la hiciera pasar aquel bochorno. La taimada vieja, cubierta con el negro pañolón, ocultaba el rostro, y caminaba sin hacer la menor resistencia. Por la calle iban seguidos de multitud de muchachos, que no se dieron por satisfechos hasta verlas entrar en la Comisaria.



## XIX

### A muerte

La fatalidad parecia arrastrar á Manuel contra Alfredo, como la racha de viento arrastra el monton de basura contra el muro.

Desde el primer encuentro, en la puerta del Club del Progreso, se interpuso entre ellos una barrera infranqueable. Se odiaban de todo corazon. Fácil era, pues, de prevéer un desenlace trágico, buscando por pretesto uno de los tantos que nos salen al encuentro en sociedad.

Si los padrinos no encontráron causa bastante para un duelo, por haber ámbos faltado públicamente, dando y recibiendo bastonazos y bofetadas, ahora el duelo era inevitable y forzosamente á muerte. La ofensa, era de tal naturaleza, que exigia sangre, mucha sangre, para lavarla, ya que la estúpida sociedad no dispone de otros medios con que curar las heridas de la honra.

No pudiendo ellos tomar venganza por mano propia, porque la ley castiga con severas penas el asesinato, y no siendo posible el perdón de ciertas faltas sin grave detrimento del buen nombre, el duelo es todavia, por desgracia, una necesidad en el mundo civilizado.

No es ya el duelo primitivo, estùpido y sacrílego, en el que se ponia á Dios por juez en la contienda, llenándose de gloria el vencedor y de oprobio el desgraciado vencido. No. El duelo ahora viene á ser una especie de autorizacion ó permiso para matarse dos caballeros sin que sobre ellos caiga el estigma de asesino.

Mientras las conveniencias sociales no arbitren otros medios, el hombre de delicadeza, el hombre de honor, sin convertirse por eso en Quijote, tiene que acudir con dos padrinos á saciar su sed de venganza y de esterminio, esponiendo su vida en el llamado campo del honor.

El pobre Alfredo, con la espina de la duda clavada en el corazon, fué en busca de Dª. Catalina, para saber por ella la verdad que encerraban las palabras de Manuel Tarabilla. Al entrar en la nefasta casucha, donde esperaba encontrar el desmentido completo que habia de llevar la calma á su apenado espíritu, tropezó con un cadáver... Aquel cadáver era

el de su padre!... Y, halló luégo, una honra mancillada, y aquella honra era la de su hermana, la suya propia, ya que otra vez la estúpida sociedad trasmite las falta, al que ni puede ni debe ser responsable de ellas. Siempre injusta la sociedad en casi todos sus fallos!... Siempre en contradicion con la equidad y el buen sentido!

Manuel, se volvia á encontrar con Alfredo, y éste deseaba matarle para calmar la cólera que el ultrage habia provocado.

Intervinieron los padrinos de ámbas partes. Aunque Manuel ofrecia escusas y satisfacciones, hasta cierto punto legitimas, no fueron atendidas. El duelo quedó concertado á muerte, eligiendo el sable de punta, y el pueblo de Flores, como sitio para efectuar el lance.

Manuel, invitó á comer en el Café de Paris á varios amigos. Con ellos pasó la noche, en medio de la orgia y de los vapores alcohólicos, recostándose en un confideute hasta la hora designada, y teniendo seguridad de ser llamado en tiempo oportuno.

Por su parte, Alfredo, pasó triste el dia. Reflexionaba, con prudencia, que era el representante de una desgraciada familia; pensaba en su querida madre idiota; en su desgraciada hermana que se arrastraba como una nueva Magdalena á sus piés, una vez que el rudo golpe abrió los ojos de su razon, ante el desastre de su casa, en los seres más queridos.

Temblaba, á pesar suyo, ante la idea de dejar en el más cruel abandono á aquellos desgraciados, sobre quienes debia ejercer su tutela.

En medio de sus temores, vislumbraba allà á los lejos, en confusos contornos, un mundo de dicha y de ventura al lado de su adorada Beatrìz, un paraiso preparado para dos almas, que convertidas en alegres mariposas revoloteaban en aquel oasis delicioso, en medio de gloria y de amor, de goces y de encantos, que no alcanzaba á distinguir.

Alfredo, suspiraba, llamando en vano al sueño para calmar la excitacion de su siste-

ma nervioso; daba vueltas y más vueltas en el lecho; se levantaba agitado; paseaba por la habitacion, y al volver otra vez á él, en lugar del reposo apetecido, solo hallaba molestar y cansancio y un estado de angustia inexplicable, del que no acertaba á darse cabal cuenta. El no tenia miedo, habia provocado el lance; pero, al acercarse la hora designada, miraba con cariñoso interés el cuadro que ofrecia su casa, pensaba en mil cosas á la vez, y en su cabeza se mezclaban ideas y más ideas en confuso torbellino, que acabaron por sumirle en un especie de indeferentismo, propio del que está convencido de tener que sufrir las consecuencias de un mal inevitable.

* *

Separándose de la larga calle de Rivadavia ántes de llegar á Flores, y por frente del

palacio de Basualdo, tomando á la izquierda, se atraviesan unos bañados que poco á poco se confunden con un suelo árido y desigual, como el que presenta el principio de una serranía. Atravesando zanjones de tosca y greda se penetra en las lomas con su primitiva vegetacion llenas de copudos talas, que por allí se muestran orgullosos desafiando á la época presente, que no quiere concederles la importancia que debieron tener en otros tiempos lejanos.

Este accidentado terreno, propio más bien de suelos montañosos, forma con sus árboles el llamado *Bosquecillo de los Talas*, donde á cubierto de los rayos del sol y á disfrutar de la fresca sombra, acuden familias principales á pasar un dia de campo, para sustraerse á la monotonía de nuestro suelo y de nuestras costumbres.

En aquel bosquecillo, donde se entrelazan los copudos árboles acariciándose con sus ramas, forma el follage la zina-zina, la cicuta y el abrojo, y por entre las faldas de las on-

dulaciones que forman las agrestes lomas, triscan y corretean, en los dias de campo, elegantes señoritas y apuestos jóvenes, que dan rienda suelta á su juvenil ardor, sin trabas de etiqueta que los contenga.

En el centro del bosquecillo, y formando una especie de plazoleta, se encuentra un suave declive por donde se deslizan las retorcidas raices de los añosos árboles que sirven como de escalones para detenerse en la pendiente, sin perder el equilibrio.

Cercado de un alambrado por el Norte, es el rincón predilecto para hacer fogatas, à cuyo calor se doren los corderos y se asen los costillares. De trecho en trecho se notan los apagados fogones con sus leños carbonizados, y los resíduos del festin mezcladas las cajas de sardinas y conservas con las botellas del Champagne, las cajas de galletitas y dulces, con las cubiertas de los peludos y mulitas, y todos los desperdicios imaginables, que se acumulan alli hasta que un aguacero los arrastra al bañado ó los mete en algun zanjón.

Por aquellos sitios han correteado muchas hermosuras como Dianas cazadoras; pendientes de aquellas ramas se han columpiado más de cuatro respetabilidades; y, al pié de aquellos tálas, se han escuchado palabras de amor y de locura, brotadas á impulsos del cariño ó de los licores espirituosos, y á la sombra de aquellos árboles se han sellado criminales amores, que buscaban la soledad para hacer su manifestacion.

Solitario el sitio y oculto de los caminos por el follaje que lo circunda, era este bosquecillo el sítio designado para que tuviera lugar el duelo pendiente.

No iban á resonar las histéricas carcajadas lanzadas por espiritus alegres y juguetones en aquel sitio, sino los apagados ayes é imprecaciones de la víctima; en lugar de los cuadros animados que diariamente presenta, debia ser teatro, entonces, de uno sombrio y lúgubre, donde no podia resultar màs que sangre, odió, venganza y esterminio.

Y, aquel suelo regado con las libaciones del Champagne, en medio de himnos en honor de la hermosura y del cariño, era el que recibiria en su regazo al cuerpo inerte que cayera bajo el filo de la espada para exhalar allí el último suspiro.

¡Cruel sarcasco!... ¡Estùpida necesidad!.. Pero al fin ineludible necesidad para encontrar justicia en la tierra!

*
* *

Los prímeros rayos del sol, hirieron la caja de un coupé que estaba estacionado al lado del alambrado, reverberando siniestramente con un efecto parecido al fulgor que despide una granada al reventar contra un fuerte murallon. Tres caballeros se paseaban por la plazoleta sin dirigirse la palabra, sombrios y taciturnos, como correspondia estar en aquellos momentos. Al escucharse

el rodar de otro carruage, los tres volvieron instintivamente la cabeza, viendo descender á cuatro jóvenes de él, tambien serios y pálidos, que se encaminaron sin titubear al sitio designado.

Alfredo, saludó cortesmente á los padrinos volviendo la espalda con desdén á Manuel, que presentaba ese aspecto indiferente del cínico *matasiete* en los momentos más críticos.

Los padrinos conferenciaron entre ellos largo rato, y sin duda pretendian entablar negociaciones, porque los cuatro se dirijieron á Alfredo con mesurado continente. Éste, ántes de que llegáran al sitio que ocupaba, se encaró con ellos friamente.

—¡Ya estámos perdiendo tiempo, caballeros!...Todo es inútil...No puedo escuchar ni una palabra,—decia temblando de coraje.—No hemos venido aquí á discutir... Asi, que cuanto ántes, acabemos de una vez.

Los cuatro padrinos quedaron parados ante la actitud del jóven Carlingue; pero, despues de consultarse con los ojos, viendo que

toda negociacion era inútil, se retiraron penosamente, como personas á quienes les era forzoso cumplir con un deber que les repugnaba.

Desenvolvieron dos sables, pausadamente, y entregaron uno á cada jóven, trémulos ante aquel penoso deber.

Manuel, recibió el suyo con calma relativa, pues se le veia pálido y ojeroso; y, Alfredo, al tomar el que le correspondia entre las manos, lanzó un rugido de salvaje cólera, como el tigre ántes de clavar sus garras en el temerario que le ha herido sus cachorros.

A la señal convenida, los sables despidieron chispas al chocarse. La acometida fué recia y vigorosa. Manuel, se defendia parando los formidables golpes que le asestaba el furor de su contrario. Los padrinos respiraban aceleradamente retorciéndose las manos y haciendo rechinar los dientes, y, el médico frio y sereno, esperaba con apósitos el momento de vendar alguna herida.

Al poco rato empezó á correr abundantemente la sangre por el rostro de Alfredo;

los padrinos acudieron; pero, éste, rugiendo como una pantera, seguia atacando sin cuidarse del golpe que habia recibido.

Manuel, á la vista de la sangre que corria dió un salto atrás reparándose *de fondo*, como para que cesase el lance; pero, Alfredo, le alcanzó con rabia rozándole una mejilla. Desde aquel momento el espectáculo fué horroroso Eran dos furias sedientas de sangre y de esterminio, que se atacaban y defendian encarnizadamente, ciegos, sin oir las voces de los padrinos que pretendian dar por terminado el duelo.

Los aceros siguieron chocándose con fuerza, hasta que el sable de Manuel dió, por último, sobre la cabeza de Alfredo... Este vaciló, cayendo desplomado al suelo, como cuerpo inerte.

Todos corrieron hácia él afanosamente. Despues de clasificada la herida de mortal, el médico empezó la cura en medio de las respiraciones angustiosas de todos.

El cuerpo fué colocado en uno de los cou-

pés, que partió del sitio con los padrinos y el médico. Mientras Manuel restañaba la sangre de la mejilla, se alejaba en el suyo á media rienda con direccion tambien á Buenos Aires, y con la idea de tomar el vapor que debia salir para Europa.





## XX

### En los caños

Habian pasado cerca de dos años desde los últimos acontecimientos. Estanislao Roque, habia sufrido una trasformacion, por retrogradacion social, como muchos desdichados que se convierten en la escoria ó sedimento de la última capa.

Desde el dia en que, huyendo de la casa de Dª. Catalina, pudo escapar de las garras de la policia, llevó una vida miserable y errante, entrando en un inmundo fonducho, confundido con la basura de meretrices y marineros, artesanos perdidos y gente vagabunda, para salir al poco tiempo recatándose de todo transeunte, y caer en un miserable rancho, ó en algun hueco, para venir, por último, á parar al pudridero social, al antro del crímen y del vicio: á los caños de las aguas corrientes, en el Bajo de la Recoleta, donde cubierto de harapos, plagado de miseria y aterido de frio, arrastraba su existencia, como casi todos los demás, entre los vapores inmundos del alcohol que les ponia en condiciones de sobrellevar aquella clase de vida.

La sociedad de los caños, carecia de organizacion, propiamente tál; pero, allí, habia tambien sus preferencias y allì se desarrollaban dramas de celos y de orgullo, de rivalidad y de perfidia, como en toda agrupacion.

Los más antiguos, que conocian el mecanismo, tenian derecho de eleccion entre las espantables furias que, bajo forma de mugeres, ocupaban los caños, constantemente borrachas. El que todavia no sentia los efectos del *delirium tremens*, miraba con desdén al que se revolcaba en babas y secreciones alcohólicas. Podian dividirse en dos clases los *atorrantes* de aquellos caños: los que caían bajo el peso de sus vicios hasta el delirium, y los que, eludiendo la accion de la autoridad, se confundian con aquellos para vivir en completa libertad. Los unos podian salir á todas horas en busca de alimentos, y los otros acosados por el hambre se retorcian en los caños esperando la noche para ir á registrar los cajones de la basura y sacar de ellos la comida, simulando deformidades para no ser en ningun caso reconocidos.

Estanislao Roque, ya salia al mundo, arrastrándose como un gusano y llevando encima de sus espaldas los guiñapos con que abri.

gaba su cuerpo sobre el hierro colado de los caños; cruzaba lentamente el Bajo y venia á caer á la trasera de Santo Domingo, donde saciaba el hambre.

Cuando caminaba encorvado bajo el peso de sus harapos y de su degradacion, no sentia ya envidia, ni aspiraba á salir del pozo en que habia caido. Estaba gozando sibaríticamente de la tranquilidad que disfruta todo aquel á quien el mundo tiene olvidado ó da por muerto.

Ya no tenia que ir huyendo, hasta de su sombra, viendo un enemigo en cada persona, y pensar que tal vez amaneceria en un calabozo. Ahora, saturado de caña, entre guiñapos y raterias, pasaba la vida pacíficamente, siendo un miembro importante de aquel mundo extraño, para dirigir una rateria segura.

Ni siquiera pensaba ya en el mundo en que brilló, en el que tuvo aspiraciones, en el que pasó tantas amarguras. Él creia de buena fé que le habian enterrado y que, por trasmi-

gracion, se hallaba convertido en atorrante de los caños. Por consiguiente, nada le importaba de lo que pasaba en el mundo, con tal de seguir él disfrutando de la tranquilidad de su agujero. Durante el sueño, mitad alcohólico, en lugar de soñar con amenos sitios, disfrutando delicias y holguras, harturas y goces, como era justo que su espíritu apeteciera, él soñaba con la posesion de un montón de caños, sin que nadie viniera á reducir su dominio, ni á acumular la miseria que bullía por aquellos sitios. Su alcoholizado cerebro, le trasportaba cuando màs á la parte trasera del Convento de Santo Domingo, donde engullía las piltrafas y devoraba los sobrantes de la comida conventual, saciando despues su sed en una enorme pipa de caña, donde caia beodo, nadando hasta quedar atolondrado y sin sentido.

El Convento de Santo Domingo, repartia los sobrantes de la comida á los pobres que acudian por la puerta trasera, siguiendo la tradicional costumbre de la órden.

Los atorrantes que podian acudir, estaban de parabienes, porque alli saciaban el hambre, cada veinte y cuatro horas. Pero, no todos, podian mostrarse á cara descubierta. Lossaturados de alcohol, en pleno *delirium tremens*, acudian sin falta; pero, los que todavia no estaban empastados, es decir, con el pelo bien apelotonado por la roña, la barba muy crecida y cerdosa, llena de mugre, que ocultase como á un oso, sus facciones; los que conservaban los rasgos de su fisonomia y tenian cuentas pendientes con la autoridad, éstos no podian salir. Si se aventuraban á ello, acosados por el hambre, entónces ó se empastaban un ojo ó se embardunaban el rostro, y simulaban claudicaciones y jorobas, como aquellos célebres caballeros de la Corte de los Milagros de que nos habla Victor Hugo en *Nuestra Señora de Paris*.

Estanislao Roque, cansado de revolver cajones y comer carne putrefacta, decidió ir á comer á Santo Domingo; no era posible que le conociera nadie; no precisaba empastarse. El alcohol le habia hinchado bófamente y su cuerpo encorvado habia cambiado de forma; su cabellera y barba, entre canas, estaban apelotonadas por la baba y la mugre, formando gruesos mechones tan repugnantes como hediondos.

A las once y media de la mañana, llegó á la trasera, que estaba atestada de personajes que parecian haber sido vomitados por la tierra sin saberse por dónde.

Entre las calles de Venezuela y Belgrano y entre las de Balcarce y Defensa, se encuentra una calle cortada que forma el á la derecha del Convento; calle sin empedrar todavia y que, al salir para Venezuela, tiene un terreno baldio, especie de esplanada que sostiene un alto murallón que arranca de la calle de Balcarce, haciendo esquina. Esta esplanada, donde se depositan los guiñapos é inmun-

dicias del barrio, suelas y fragmentos de botines rotos, pedazos de sombreros, árcos de barrica, cajas de conservas, latas oxidadas y multitud de desperdicios, sirve para tender la ropa, hecha gironas, de alguna familia que vive en uno de aquellos tugurios próximos; y, tambien, sirve de cenáculo á los atorrantes que alli engullen los sobrantes.

En la calle cortada, tiene el Convento una puerta, especie de albañal de la reposteria, por donde salian los desperdicios de la mesa, huesos y espinas, trozos de carne, pedazos de pan, sobrantes de sopa, todo ello en informe mezcolanza, para limpiar la cocina.

Al sonar las doce, se descorrió el ventanillo de la puerta, y, la gusanera que obstruia la calle, se agitaba, dirigiéndose en informe montón y atropellándose para recojer la racion cuanto ántes. El lego Mateo, descansando los cortos brazos en el repleto abdómen, presidia el reparto, que hacia un ayudante limpia-platos con toda equidad y presteza.

Los atorrantes avanzaban las manos con un tarro que ántes contuvo kerosene, ó con una sucia lata, ó un trozo de periódico; y, una vez pronta su racion, se retiraban penosamente entre las *atropelladas* de sus compañeros; pero, teniendo la precaucion, de asegurarla con los dientes, si les habia tocado alguna presa magra, temerosos de la acometida de algun famélico, mientras salían á la esplanada.

Unos gritaban, otros juraban si solo les habia tocado mondados huesos, con los que apedraban á los demás, y todos devoraban aquellos desperdicios con la avidéz que presta el hambre de veinte y cuatro horas.

Estanislao Roque, avanzó la mano con una lata roñosa y al retirarla rebosando hilos de fideos mezclados con espinas de pejerey y trozos de puchero, recibió la avalancha que dió con él en tierra, lanzándose sobre sus presas como perro hambriento; juraba y repartia puñetazos; y, viendo que

se habia quedado sin ración, metio mano al depósito de un periódico que salia por el ventanillo. El verdadero poseedor defendia su presa, y entre él y Roque se entabló una lucha desesperada que dió con ellos en el suelo. Alli, olvidándose de los sobrantes, se magullaban á puñetazos, y armaron tal escándolo que le fué preciso á un vigilante el intervenir para separarles. Como no obedeciesen, ciegos ante la realidad del hambre y de la falta de racion, á machetazo limpio les hizo obedecer, obligándoles á marchar hasta la Comisaria de la seccion.

Ellos intentaban volver sumisos á la esplanada; pero, el machete del vigilante, les llamó nuevamente al órden.

—Este tuvo la culpa,—decia Estanislao Roque, apuntando al compañero.—Él me volteó la comida al suelo.

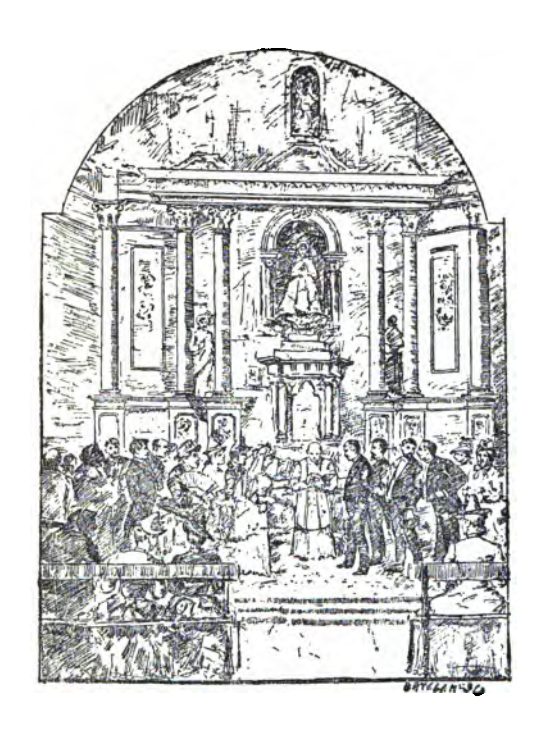
—Miente, señor; fué él, quien me *arrebuñó* la mia...

—No, señor, que fué él...

—Cállense,—decia el vigilante, echando mano al machete...

Y cabizbajos fueron conducidos hasta llegar los dos atorrantes á la Comisaria, formándose detrás de ellos una comparsa de muchachos vagabundos y vendedores de periódicos, que les insultaban y les tiraban con cuanta inmundicia encontraban á mano.





# XXI

## Cataclismo

EN CONTRA del uso establecido entre la aristocracia de Buenos Aires, tenia lugar la ceremonia en la iglesia.

Poco despues de las nueve de la noche, paraba delante de San Miguel la hilera de carruajes, de los que descendian graves personages y elegantes damas, formando en el atrio un compuesto heterogéneo de fracs y uniformes, de colas y sombreros que llenaba el pórtico, de la mejor sociedad porteña.

D. Ernesto, grave y satisfecho, estaba rodeado por uniformes de alta graduacion y tricornios diplomáticos, y la señora apoyada en el brazo de su futuro yerno, seguia á su hija llena de azahares y tules blancos, como la inocencia, que conducia el padrino, tio de Alfredo.

Siguiendo á la lucida comitiva, se avalanzaba á la iglesia un crecido numero de curiosos de toda edad y condicion, ávidos de inspeccionar el traje de la novia, de ver la ceremónia y tener derecho de criticar los detalles.

La nave central de San Miguel, no era bastante para recibir el lujoso acompañamiento que la habia invadido. Los grupos de seño-

ritas cuchicheaban coquetuelamente, mirando de rabillo á los jóvenes, que, sin duda estimulados por el acto, no cesaban de lanzar miradas incendiarias á las atrayentes y bellas niñas.

La ceremonia empezó al poco rato, siendo entónces mayores los apretones por llegar cerca del altar mayor. El humo del incienso envolvia el sagrado recinto en misteriosa nube, que disponia al recogimiento. La profusion de luces en los altares y arañas; las ricas colgaduras; los preciosos ornamentos; todo ello denotaba la alegria de la iglesia, y la numerosa orquesta derramaba torrentes de suaves melodias, que predisponian al espíritu á lo místico, ante la grandeza y elevacion de nuestro ritual cristiano.

La novia dejaba ver su rostro emocionado por la suprema felicidad que sentia al unirse con el vínculo sagrado al hombre elegido de su corazon. Al subir las gradas del altar, experimentó un estremecimiento nervioso, y con la vista baja y el rubor en las mejillas,

se dispuso á pronunciar el *sí*, por tánto tiempo deseado.

Alfredo, por su parte, rebosaba satisfaccion. Estaba palido, pero sentia una alegria infinita, que jamás habia experimentado. Miraba con ojos de orgullo á la que iba á ser su esposa, y al contemplarla tan elegante, tan hermosa, tan celestial, se estremecia de contento y se juzgaba el más feliz del universo.

D. Ernesto y su esposa, lloraban no sé si alegria ó de pena; de alegria tal vez no, porque las demostraciones de ínfima satisfaccion no se traducen en amargura; y de pena, tampoco, porque aquellos rostros no espresaban el dolor que, en cortados sollozos, embarga el pecho de quien lo siente. Era un llanto mezcla de pena y de satisfaccion, natural en esos casos, en que una hija une á otro sér su destino, teniendo que desprenderse del regazo materno, para caer en brazos de un hombre que lo mismo puede hacerla feliz que desgraciada.

Los demás concurrentes asistian graves á la ceremonia, escuchando la armonia que llenaba las naves, aspirando religiosidad y envueltos en un ambiente que de igual manera predisponia á la meditacion que al placer.

Al escucharse el timido *si* delante del sacerdote, la orquesta empezó la marcha triunfal del *Profeta*. Por algunas mejillas rodaron espontáneas lágrimas arrancadas por la oportunidad del momento y por lo tierno y patético del acto.

Seguidamente formaron un apretado nudo la madre y la hija, escondiéndo ésta en el regazo materno la emoción natural de aquel momento; se repitieron los abrazos y los apretones de manos; y, al poco rato, los carruajes partieron veloces, despidiendo luces y llevándose á la lujosa comitiva que, al aspirar otra vez el ambiente de la calle, recobraba su aire de fiesta y de alegria, del que participaban los novios en el elegante landó que se les habia destinado.

Las luces de la iglesia empezaron á desaparecer, una á una, bajo la candileja del sacristan, recobrando el templo su calma habitual, y correteando satisfechos los monaguillos por la buena propina que habian recibido aquella noche.

*
* *

La casa de don Ernesto presentaba un aspecto brillante. Su vasto zaguán, convertido en fantástico jardin, daba acceso á la crema de la sociedad. De los balcones, salian haces de luz y borbotones de alegria, que llamaban la atencion de los curiosos parados para observar los bustos que pasaban incesantemente por delante de las vidrieras, con aire arrogante y satisfecho. En los salones se revolvian elegantes parejas, animadas por lo estimulante del acto que se festejaba, notándose en todos los rostros la alegria y la expansion.

En un vasto salón estaban colocados artisticamente los regalos para los novios. Aquello parecia el departamento de la fantasía en una exposicion internacional, donde se veian los objetos más extraños y curiosos: grandes jarrones de ónix colocados en elegantes estuches de felpilla, juegos de lavatorio de cincelada plata despidiendo rayos de sus bruñidos medallones, aderezos de brillantes que hacian daño á la vista con sus cambiantes de luz, diademas de opacas perlas, anillos diversos, botonaduras, alfileres, juegos para chimenea, licoreras de subido precio, colecciones de abanicos, carteras, medallones, juegos de escritorio, mesitas de fantasía, *chifoniers*, servicios de agua de cristal bacará y de roca, candelabros cincelados, bronces diversos, estátuas, jardineras, acuarelas, paisages al óleo, y todo cuanto puede inventar la fantasia y el lujo para sobresalir en una exhibicion.

Todos los objetos estaban puestos de manera que dejasen claramente ver la tarjeta, y

colocados en los sitios preferentes con relacion á su mérito y valor. Por aquel bazar fantàstico, desfilaba la comitiva, pasando revista á los regalos, admirando el arte y criticando al tacaño donante de un objeto humilde que se escondia entre aterciopelados estuches y dando orígen á pullas é inderectas que harian asomar el rubor á más de cuatro rostros, contoneándose, por el contrario, ufanos y satisfechos los que figuraban en primera línea.

En todo casamiento es indespensable la pieza para el bazar, que bien podia bautizarse con el nombre de *Salon del Compromiso*. Alli se saca á la vergüenza pública al que deje de ser rumboso y desprendido, y esta amenaza obliga, en la mayor parte de los casos, á mandar el regalo que no está en consonancia con la posicion social, ni grado de relacion del obsequiante. Sabe que será sacado á la vengüenza pùblica en el Salon del Compromiso, y tiene que pasar por aquellas Horcas Caudinas, y empeñarse

en muchas ocasiones para no hacer un desairado papel.

Esta costumbre es sabiamente calculada, porque asi los recien casados tienen la seguridad de acomodar su casa con lujo y fastuosidad, convirtiéndola en un museo á costa del bolsillo de los que asistieron á la boda.

Si estos reglos, espresion del cariño y del bien estar, no fuesen objeto de la estúpida y comprometedora exhibicion, á buen seguro que no figurarian las personas que buscan la publicidad en la lista que sale en los periódicos. Estas personas que solo regalaron un objeto de relumbrón, acechan la ocasion de estar tomando los números el *reporter*, y apuntan al llegar á un regalo: *Un cenicero cincelado de raro mérito, regalo de don Fulano de Tal. Una pulsera de oro con brillantes, regalo de la distinguida señora doña Zutana de Cual.*

Y asi por el estilo. Tienen la satisfaccion de figurar con regalos de subido precio aunque no sea más que en la lista de los periódicos,

pues los supuestos regalos á la legua denuncian su grosera factura.

La fiesta estaba en todo su esplendor. Don Ernesto y su esposa se multiplicaban atendiendo á los numerosos invitados que llenaban los patios y los corredores, con aquella distincion peculiar de las personas de sociedad. Se oia el saltar de los corchos; los sirviertes cruzaban con bandejas de helados, y la algazára y la alegría llenaban, aquella mansión, de felicidad.

Al terminar la orquesta, llegaron hasta los corredores, unas voces discordantes, como de un fuerte altercado en el zaguán.

—Fuera de aqui, borracho... El señor està ahora ocupado.

—He de entrar...—decia una voz extraña y cavernosa.

—Lo voy á echar á palos; salga de aquí!

Numerosos invitados acudieron al zaguán movidos por la curiosidad, quedando sorprendidos ante la vista de un extraño persoje de harapiento vestido, luenga barba y en

completo estado de embriaguéz, que pugnaba con el portero, por entrar á ver á don Ernesto.

—Sinó, que venga el patrón... Yo tengo que hablarle. Que venga el patrón!—gritaba estentóreamente, golpeando el mosaico del piso.

El portero le dió un empellon. El borracho cayó al suelo como un montón de inmundicia. A los gritos, acudió don Ernesto, sorprendido de que hubiera álguien que osase armar escàndalo en su casa.

—¿Qué ocurre, Venancio?—preguntaba don Ernesto, al descender al zaguán.

—Nada, señor; sino que este atorrante queria entrar á viva fuerza, diciendo que tenia que verlo á usted, y yo le prohibia la entrada.

—Llame á un vigilante, y que lo lleve fuera,—decia don Ernesto, dispuesto á subir otra vez sin dar importancia al incidente.

—Si no me ha de llevar!...—aullaba el atorrante, levantándose trabajosamente del

suelo.—Si tenemos que hablar los dos de nuestros asuntos...

—Déle un nacional, que se vaya!—ordenaba al tiempo de subir la escalinata, don Ernesto.

—Contaré á todo el mundo lo que sucedió allí... *No recordás* ya de aquello?...

D. Ernesto, al escuchar las ùltimas palabras del atorrante, se volvió, rápido como el rayo, hácia él; y, atenazándole un brazo, le sacudia violentamente, mientras decia:

—¿Quién eres? Habla, habla!... ¿Eres Estanislao?...

—Diez mil nacionales... y sinó digo á gritos lo que te importa que calle!...—decia el atorrante en voz baja.

D. Ernesto, descargó una feroz bofetada sobre la mugrienta cara del extraño personaje, que le hizo vacilar, lanzando al mismo tiempo una imprecacion, que oyó Alfredo al descender rápido las escaleras.

El atorrante, repuesto del golpe, sacó un cuchillo de ancha hoja y se lanzó como un

tigre sobre D. Ernesto, el cual, al divisar la accion, le tomó fuertemente por la muñeca, arrebatándole el arma y hundiéndola con presteza en su pecho, al tiempo que decia con reconcentrada ira:

—¡Al fin, vengo la honra de mis hijas!!...

Estanislao Roque, exhaló un rugido de an-



gustia, y cayó pesadamente al suelo, para no volver á levantarse.

Alfredo, al escuchar las palabras que la ira habia hecho pronunciar á su suegro y al contemplar la catástrofe, quedó convertido en estàtua, agarrándose la cabeza con ámbas manos y mirando con estupor el cuadro que presentaba el zaguán.

Por su parte, D. Ernesto, al volver á la razón y al contemplar á su yerno, encontróse rodeado de amigos que expresaban la admiracion en sus rostros. Dejó caer pesadamente los brazos, al tiempo de exclamar:

—¡Dios mio!... He cometido un crímen!!...

Al poco rato, era conducido por dos vigilantes hácia la Comisaria, dejando la casa y la familia en la más cruel conternacion. Don Ernesto vió correr desalentado á Alfredo en direccion á su casa. Huia de alli para refugiarse en lós brazos de su arrepentida hermana y ocultar su deshonra en el regazo

de su madre idiota, que no podia comprender el dolor que destrozaba su pecho, y anegaba de horror su espíritu, momentos ántes tan satisfecho y tan feliz!

FIN

# ÍNDICE

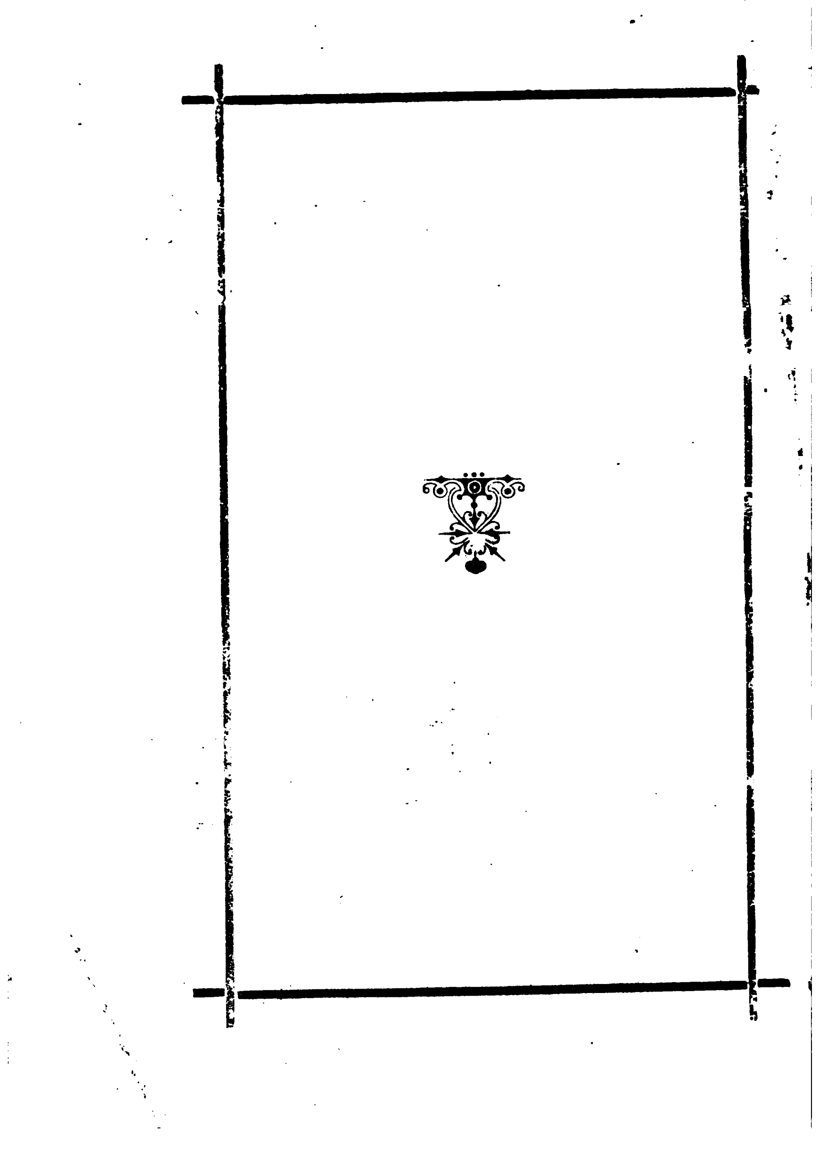
CAPÍTULOS — PÁGINAS

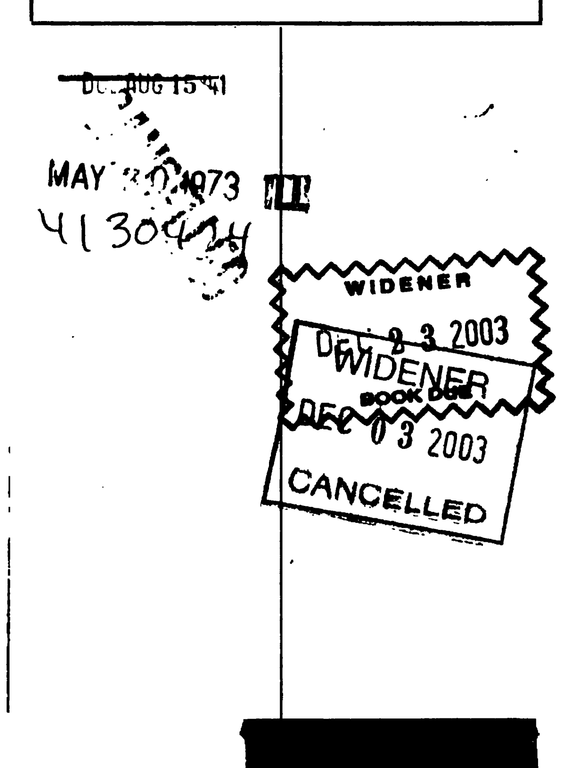
| CAPÍTULOS | PÁGINAS |
|---|---|
| I—El principio de un drama . . . | 7 |
| II—Hilachas . . . . . . . . . . . | 23 |
| III—Consecuencias . . . . . . . . . | 37 |
| IV—Centro de operaciones. . . . . | 57 |
| V—Recuerdos amargos. . . . . . . | 71 |
| VI—Por su peso . . . . . . . . . . | 85 |
| VII—Paloma y serpiente . . . . . . | 99 |
| VIII—En campaña . . . . . . . . . . | 123 |
| IX—Orgia. . . . . . . . . . . . . . | 133 |
| X—El oraculo . . . . . . . . . . | 145 |
| XI—Rosaura . . . . . . . . . . . . | 159 |
| XII—Miseria. . . . . . . . . . . . . | 169 |
| XIII—Estocada á fondo. . . . . . . . | 184 |
| XIV—Preparacion . . . . . . . . . . | 194 |
| XV—Dudas y cavilaciones . . . . . | 207 |
| XVI—Tableau . . . . . . . . . . . | 215 |
| XVIi—Desolacion . . . . . . . . . « . | 329 |
| XVIII—Captura . . . . . . . . . . . . | 243 |
| XIX—A muerte. . . . . . . . . . . . | 252 |
| XX—En los caños . . . . . . . . . . | 267 |
| XXI—Cataclismo . . . . . . . . . . . | 279 |

FIN DEL ÍNDICE

# FÉ DE ERRATAS PRINCIPALES

| Páginas | Líneas | Dice | Debe decir |
|---|---|---|---|
| 43 | 7 | resueñas | risueñas |
| 48 | 1 | sino que el | más que el |
| 48 | 5 | por una parte | por otra parte |
| 64 | 8 | persoma | persona |
| 68 | 22 | prinsipales | principales |
| 73 | 11 | la nacar | el nacar |
| 78 | 13 | sabia | solia |
| 127 | 1 | carrillo | corrillo |
| 135 | 7 | zinismo | cinismo |
| 151 | 20 | teniendo | tenia |
| 160 | 16 | retiscencias | reticencias |
| 161 | 5 | asustan | asustarian |
| 165 | 1 | easa | casa |
| 187 | 3 | famialia | familia |
| 191 | 8 | obstrayendo | obstruyendo |
| 194 | 4 | retiscencias | reticencias |
| 207 | 2 | melamcolia | melancolia |
| 212 | 4 | pensar | penar |
| 213 | 14 | seño | céño |
| 217 | 14 | humarado | humorado |
| 226 | 2 | encontrado | encontrando |
| 235 | 8 | Carlinguc | Carlingue |
| 240 | 15 | manequi | maniqui |
| 255 | 4 | falta | faltas |
| 255 | 22 | coufidente | confidente |




WIDENER
WIDENER
BOOK DUE
DEC 0 3 2003
CANCELLED